

*Lynne Graham*

UN MATRIMONIO DIFERENTE

## CAPITULO I

Leah bajó deprisa los escalones que daban al bar y entró. Estaba oscuro y lleno de bebedores que aprovechaban la hora del almuerzo para tomar un trago. No veía a Paul; no era lo suficientemente alta como para divisarlo entre las cabezas de hombres de negocios trajeados que tenía a su alrededor. Mientras se abría camino entre los clientes, sintió un estremecimiento. La idea de que la vieran allí, de que la reconocieran la aterraba. Por ello fue un alivio distinguir entre la multitud en el extremo opuesto del local la cabellera rubia de Paul. Paul, alto, sofisticado y atractivo, se puso de pie al verla aproximarse a él. Leah se sintió orgullosa.

- Llegas tarde – se quejó él.

- Lo siento, no pude escaparme antes –explicó ella jadeando, mientras se dejaba caer en el asiento y echaba otra ojeada al lugar, temerosa de encontrar alguna cara conocida.

- No sigas. Estás en otra parte de la ciudad.

Leah bajó la cabeza, escondiendo la cara ruborizada detrás de la melena rubia ceniza.

- ¡Ese hombre de allí me está mirando!

- La mayoría de los hombres miran a las mujeres bonitas... y tú eres exquisitamente bonita, mi amor – murmuró Paul en voz baja, adoptando un tono íntimo mientras le tomaba la mano-. Me fastidia ver que te miran todos cuando pasas.

- ¿De verdad? – preguntó ella asombrada por sus cumplidos.

- ¿Por qué no vamos a mi apartamento? – sonrió Paul dibujando el labio inferior con el dedo.

Leah se puso rígida.

- No puedo. Todavía no. Ya sabes cómo me siento – musitó. El miedo se había apoderado de ella.

Él cambió su expresión por un gesto frío y duro.

- Paul, por favor...

- Por lo que se ve, estás jugando conmigo mientras tu esposo está de viaje.

- Te amo – los ojos de ella se llenaron de tristeza y ansiedad.

- ¿Entonces cuándo vas a decirle que quieres divorciarte? – le exigió.

- Pronto. Estoy buscando el momento apropiado – Leah se había puesto pálida, y en los rasgos bonitos de su cara expresaba cierta tensión.

- Teniendo en cuenta que él solo duerme contigo una noche al mes, puedo esperar sentado aquí hasta el año que viene, según tú. Tal vez lo ames al desgraciado...

- ¿Y crees que es posible? Tú sabes bien que nuestro matrimonio no es como otros.

- ¿Y no quieren los periódicos aprovecharse de esa situación? – se rió Paul burlón.

- No me hace ninguna gracia, Paul.

- Bueno. Lo único que me tranquiliza es saber que si yo no soy tu amante, él tampoco lo es. Un verdadero misterio. Mírate. La esposa virgen después de cinco años. Y sin embargo a él rara vez no se le ve con una jovencita colgada del brazo. Quizás sea un homosexual no declarado.

El estómago de ella se revolvió. Pensó que había sido una locura contarle a Paul la verdad sobre su matrimonio. No se trataba de que fuese a usarlo en su contra. Le tenía verdadera confianza a Paul, pero se daba cuenta de que su confesión podía resultar peligrosa, si bien servía para calmar los celos de Paul hacia Nik.

- ¡No hables así de él! – se quejó Leah.

- ¿Acaso no estás cansada de él? No creo que jamás tengas la valentía de decirle que quieres ser libre nuevamente. Me parece que estoy perdiendo el tiempo contigo.

- No, eso nunca – dijo ella aterrada ante la idea de perderlo.

No podía imaginarse volver a los tiempos de su vida sin Paul. Una vida aburrida, vacía. Días interminables. Sin ninguna vida social. No tenía amigos. La observaban en todos los sitios a los que iba. La puerta de su cárcel se había cerrado el día de su boda, y ella había sido tan tonta, tan ingenua de no darse cuenta hasta que había intentado pasar las rejas.

- ¿Entonces cuándo? – presionó él.

- Pronto. Muy pronto. Te lo prometo.

- No entiendo por qué no recoges tus cosas y te vas. No se puede decir que no tengas motivos para divorciarte de él. El adulterio no va a pasarse de moda mientras ande por ahí Nik Andreakis .

- Tengo que hacerlo bien, Paul. ¿No crees que le debo eso al menos?

- No creo que le debas nada. Ni siquiera es tu esposo ante los ojos de la iglesia ni de la ley – Paul insistió.

- ¡Me tengo que ir! – dijo Leah mirando el reloj de pulsera.

Paul le rodeó los hombros y la besó con demostrada maestría.

- Te llamaré – le prometió -. Te quiero.

Leah salió corriendo. Estaba cerca de la peluquería en la que había reservado hora para una larga sesión de masaje. Era demasiado arriesgado encontrarse con Paul. Y su cabeza le decía que cuanto más tardase en confesarle la verdad a Nik y pedirle el divorcio, más se arriesgaba a que fuese descubierta. Pero, entonces, ¿qué importaría realmente?.

A Nik no le importaba lo que hacía ella. Lo veía una vez al mes cuando él pasaba por Londres, y el año anterior ni siquiera lo había visto con esa frecuencia. A veces Nik le pedía que organizara una cena de negocios. Pero no era frecuente. Había ocurrido pocas veces, y muy espaciadas. Incluso se solía comunicar con ella a través del personal de su empresa, en caso de necesitarlo.

Durante el tiempo que llevaban casados, Nik no la había invitado a salir nunca, ni siquiera la había llevado a una fiesta. Solía llevar a otras mujeres en ese caso, pero a su esposa jamás. Nik dormía en el ala de la casa que había acondicionado para sí. E incluso las pocas noches que habían dormido bajo el mismo techo, lo había oído salir tarde, y regresar al amanecer. Es decir que ni siquiera se podían contar esas noches como compartidas con él.

Por un momento recordó cuánto había llorado y se había preguntado qué había hecho para que las cosas fuesen así, y que podía hacer para atraer su atención. Con rabia, quiso borrar esos recuerdos de su mente. El tiempo se había ocupado de que aquellos tiempos hubiesen quedados sepultados. La joven novia había crecido y era más sabia ahora.

- Lo siento. Me olvidé de la cita – murmuró Leah en la recepción de la peluquería, y además insistió en pagarla de todos modos.

El propietario, Charlie, le ofreció comenzar con ella una sesión inmediatamente, pero ella se disculpó diciendo que se le hacía tarde, y se sentó a esperar a su peluquero.

- ¡Oh! Señora Andreakis, su guardaespaldas ha dejado un mensaje para usted – le dijo Charlie bajando la voz y la cabeza.

Leah se puso tensa y pálida.

- Tranquilícese – Charlie la miró con complicidad -. He dicho que estaba en la sesión de masajes.

- Gracias – ahora Leah se había puesto colorada.

- Será mejor que le de el mensaje. El señor Andreakis le está esperando en casa.

¿Que Nik qué? Nik la estaba esperando... ¿Nik, que nunca la había esperado en cinco años? ¿Nik estaba en casa cuando no lo esperaba hasta la siguiente quincena? Involuntariamente, Leah se estremeció; se le revolvió el estómago. Sintió terror.

Charlie se sentó a su lado, y le dijo:

- Pequeña, tu no eres el tipo de chica para jugar a esto.

- No sé lo que estás...

- Llevas viniendo a este salón desde hace cinco años. Y desde hace dos meses no haces más que ponerte colorada – suspiró -. Y no quisiera pasar a la historia como un estúpido capaz de facilitarle una coartada a la señora Andreakis. Me da la impresión de que tu marido es un tipo capaz de romperle los dedos a quien haga una falta así. Me dan temblores de sólo pensarlo.

- Lo siento – Leah se sintió avergonzada.

- Y yo siento no poder ayudarte más, porque ha sido bonito verte feliz por un tiempo.

- ¿Señora Andreakis?

Leah miró a Boyce, su guardaespaldas, que proyectaba una sombra grande y oscura sobre ella se puso de pie, Boyce le echó una mirada de desconfianza a Charlie, quien se encontraba demasiado cerca de la esposa de su jefe.

Tan pronto como se acomodó en la limusina se desmoronó. Charlie sabía que ella estaba viendo a alguien. Se sentía tan humillada. Y también se sentía terriblemente culpable. Se peluquero además tenía miedo de verse envuelto en un escándalo matrimonial. Aunque lo cierto era que nada de eso sería posible, ya que Nik no tenía ni la menor idea de lo que hacía ella. Pero el dicharachero Charlie, que tantas veces se había reído de sus depresiones, estaba sinceramente asustado.

Todo el mundo le tenía miedo a Nik. Y sin embargo ella jamás lo había oído gritar. Durante los primeros tiempos de su matrimonio, Leah había sentido terror hacia Nik, pero con el tiempo ese terror se había ido difuminando, y adquiriendo la forma real de la indiferencia de Nik hacia ella. Simplemente parecía que Leah no existía en la escala de seres humanos importantes para Nik. Él se había casado con Leah para obtener las acciones que su padre le había cedido a ella. Su esposa era parte de un acuerdo de negocios, nada más.

Y sin embargo, ella hubiera jurado que había habido momentos, al principio de la relación, en que Nik la había mirado con odio; un tiempo en que cada palabra de él sonaba como una amenaza hacia ella, cuando la sola presencia de Nik la hacía sentir en peligro. Entonces había aprendido a evitarlo siempre que podía. Había aceptado casarse con ella por las acciones. Pero no obstante el divorcio no parecía

ser una idea que lo convenciera. Y esto era algo que Leah no alcanzaba a comprender.

Y ahora Nik, que no había dado la más mínima señal hacia ella en cinco años, había vuelto a casa y la estaba esperando. Era algo que la ponía nerviosa. Subió los escalones de la enorme casa aferrada a su bolso como si buscara protección en algo.

«La esposa infiel », pensó con tristeza.

Pero ella no era su esposa en realidad, se recordó, como lo había hecho desde que había conocido a Paul. Tendría que haberle pedido su libertad mucho tiempo atrás. Pero su padre se hubiese puesto fuera de sí, y se hubiera sentido terriblemente decepcionado.

Leah se había pasado los primeros diecisiete años de su vida complaciendo a su padre, Max. Y hacía cinco años, por consejo suyo, se había casado con Nik, y ése había sido el error más grande de su vida. Nik le había quitado la libertad, y no le había dado nada a cambio. Pero todo eso era historia pasada, se recordó a sí misma. Hacía apenas dos meses que su padre había muerto, a causa de la enfermedad coronaria que había dañado su salud durante años.

- El señor Andreakis la está esperando en la sala – le informó Petros, el mayordomo.

Leah se puso más nerviosa aún. Como norma general, ella no veía a Nik hasta la hora de cenar, por lo que sospechó que algo no iba bien.

Nik estaba de pie, cerca de la chimenea recubierta de mármol. Era un hombre alto, que irradiaba una presencia extremadamente masculina. Alguna vez había sentido que su corazón se estremecía al mirarlo, que se le aflojaban las piernas, y que le costaba pronunciar cualquier palabra frente a él. Ahora en cambio, Leah lo veía como si entre ellos hubiera una mampara de cristal. Había aprendido a distanciarse de él, como primera medida.

Nik Andreakis, el legendario magnate griego, poseedor de un gran poder y una gran fortuna. Tenía una elegancia natural que aumentaba con el exquisito gusto en la elección de la ropa: zapatos de piel acabados a mano, o un fabuloso traje en tela de mohair y seda. Era un hombre por el que cualquier mujer se moriría, había pensado Leah con la ingenuidad y excitación de los diecisiete años.

Y Nik en efecto, era un atractivo hombre, seductor por donde se lo mirase. Un pelo grueso color ébano, la piel dorada, los ojos negros. Y lo sabía, le gustaba que así fuera, y se valía de ello cuando le venía bien. Una vez, aunque ella casi no lo recordaba, ella había sido el blanco de esa energía sexual que irradiaba.

Pero luego todo había cambiado.

Leah entró en la sala. La tensión flotaba en el ambiente. Los profundos ojos negros de Nik la miraron detenidamente.

- Tienes corrido el carmín – y los dedos de él volaron hacia su boca. Luego frunció el ceño y le dijo - No tenemos mucho tiempo, así que voy a ser muy breve y directo. Nos vamos a París.

- ¿A París? – preguntó Leah como un eco, más que sorprendida.

Pero Nik ya había abierto la puerta, y le decía impaciente:

- Vamos.

- ¿Quieres que vaya contigo a París? ¿Yo? ¿Ahora mismo?

- Sí.

- ¿Pero por qué?

- Un asunto relacionado con la herencia de tu padre.

Leah estaba más que sorprendida, ya que no se imaginaba que pudiera haber algo pendiente con relación a la herencia de su padre.

A pesar de que Nik no se había molestado en ir al funeral de su padre, había asumido con arrogancia la responsabilidad de dar instrucciones a sus abogados para liquidar sus propiedades. Mientras Leah lloraba la muerte de su padre, sumida en la gran pérdida que significaba para ella, e incapaz de ocuparse en ese momento de cuestiones materiales, Nik había vendido todos los bienes que tenía su padre, absolutamente todos.

Su hermosa casa, sus inversiones, sus exquisitos muebles y efectos personales habían sido convertidos en dinero en efectivo siguiendo las instrucciones de Nik. No le había dejado a Leah ni un solo recuerdo. Su padre, Max Harrington, podría no haber existido, si sus bienes hubieran tenido que testificar sus sesenta y tantos años de vida en la tierra.

Leah había quedado impresionada por la falta de sensibilidad de Nik, pero cuando se había dado cuenta de ello ya era tarde para intervenir. Como siempre, sus obedientes empleados habían cumplido sus órdenes eficientemente.

- ¿Algo que has pasado por alto?

- No. Algo que andaba buscando, finalmente lo he localizado – dijo con gravedad en el gesto -. Por lo menos es lo que creo. Y por tu propio bien, ruega que no me haya equivocado.

- ¿Por mi propio bien? No entiendo de qué me estabas hablando – dijo ella aterrada.

- Espero que no – dijo él dándose la vuelta.

Leah fue hacia la escalera. Una mano fuerte la frenó.

- ¿Adónde crees que vas?

- A cambiarme– contestó ella mirando la mano que la sujetaba, algo que le extrañaba, ya que Nik no la tocaba nunca.

- No hay tiempo para ello. El jet está listo para despegar.

- ¿Regresaremos esta noche? No llevo nada de equipaje – exclamó ella mientras él la llevaba hacia fuera.

- Te arreglaras sin él.

Luego, ya en la limusina, preguntó Leah:

- ¿Qué ocurre?

Nik no le hizo caso y se dispuso a hablar por teléfono durante un buen rato en griego.

Ella no entendía una palabra. A su mente acudió el recuerdo del día de la boda, cuando ella le había dicho que intentaría aprender su lengua, y él le había dicho:

- No pierdas el tiempo.

Ésa había sido la primera grieta que se había abierto en su mundo de fantasía. Antes de que se hubiera terminado el día, la grieta se había hecho más profunda, pero le había llevado algún tiempo de realidad el desvanecer por completo aquel mundo de fantasía que ella tanto ansiaba.

La situación con Nik la había desquiciado, pero sin embargo guardaba la compostura. Había aprendido a disimular sus emociones delante de él, y ahora estaba sentada tranquilamente en el coche, con las manos sobre el regazo, como si en su interior no sintiera un temporal.

- ¿De qué se trata todo esto? – preguntó Leah por segunda vez.

Hubo un silencio sepulcral.

- Creí que los asuntos de la herencia de mi padre ya estaban todos resueltos – insistió Leah.

- ¿Estás segura? – respondió Nik con calma.

Algo en el tono de su voz le inquietó. Se volvió hacia él, y se encontró con una mirada de hielo. Tenía la sensación de que se avecinaba un desastre, y el terror a enfrentarlo le provocaba un cierto mareo.

- Si al menos me explicarás. ¿Qué...? – comenzó a decir Leah.

- ¿Por qué tengo que darte yo explicaciones?

El desprecio de su contestación la silenció.

- Eres tan joven...Debes ser la secreta fantasía de todo hombre – le había dicho una vez.

¿Quién iba a pensar que esas seductoras palabras habían sido pronunciadas por el esposo que la había ignorado durante los últimos cinco años? Sin embargo, Nik había dicho eso la primera vez que se habían visto. ¿Por qué había mentido? ¿Por qué? ¿Acaso había sido por sus tremendas ganas de conseguir las acciones? Seguramente sí. Porque estaba claro que ella no había sido nunca la secreta fantasía de Nik Andreakis. Él la había usado, igual que su padre, que se había dejado llevar por la fortuna y el status de Nik.

Apenada por sus pensamientos, Leah miraba por la ventanilla. Echaba de menos a Paul. Paul, quien no había sabido siquiera quién era ella la primera vez que se le había acercado. Paul, el primer hombre que la había tratado como un ser humano con sentimientos y necesidades, y con opiniones propias. Paul sólo la quería a ella. No trataba de usarla.

En París le diría a Nik que quería divorciarse. No quería arriesgarse a perder a Paul. Y estaba deseosa de vivir su propia vida, hambrienta de la libertad que se dibujaba en el horizonte. Nik le había robado su libertad, los años de adolescencia, cuando ella tendría que haber estado saliendo con chicos, divirtiéndose y enamorándose. ¿Por qué no iba a tener derecho a añorar lo que nunca había tenido?

Sentada en el *jet* privado ojeó unas revistas, pero no dejó de notar que la azafata se apoyaba en el hombro de Nik, como si fuera de un harén, y quisiera ganarse los favores del sultán. La atractiva mujer trataba de seducirlo. Reconocía todos los síntomas. ¿Quién mejor que ella para reconocerlos? Al fin y al cabo ella también había sido una víctima de Nik. Pero ahora estaba lejos de él, y se sentía orgullosa de la distancia que había podido poner.

Nik Andreakis, era un hombre con un temperamento acorde con su origen griego, con un aspecto de estrella de cine, no se le movía un pelo, ni física ni emocionalmente. Era además un hombre despiadado, caprichoso, arrogante y perverso con sus enemigos o con aquellos que se le oponían. Si ella hubiese sido su mujer *real*, no se hubiera arriesgado a andar con otro hombre.

Una limusina los recogió en el aeropuerto de Charles de Gaulle, y los condujo por una ciudad atestada de coches. Se bajó del vehículo. El orgullo le impedía preguntar nuevamente adónde iban, simplemente observaba. Él se bajó también, y se dirigió al edificio más cercano. En la mano llevaba un maletín de ejecutivo. Y el edificio, por su apariencia, debía ser un banco.

Tres hombres los esperaban dentro. Uno de ellos a quien Leah reconoció como el representante de su padre, quiso hablar con ella, pero Nik se lo impidió de manera poco caballerosa. Siempre era así. Intolerante, grosero hacia quienes él consideraba seres inferiores a él. Como el hombre de mediana edad, cara colorada y tensa, que los acompañaba.

Subieron al ascensor. ¿Acaso había una nueva oferta de acciones en su valiosa línea de barcos? ¿Cómo podía ser tan codicioso un hombre con toda la fortuna y el poderío que tenía Nik? ¿Pero acaso no se había casado con ella por codicia?

El representante de su padre puso una llave en la mano de Leah sorprendentemente, y se dispuso a partir.

- Dámela a mí – dijo Nik tenso.

Debía de ser la llave de una caja fuerte, propiedad de su padre. Por primera vez no hizo caso y se dirigió directamente hacia donde estaba el representante del banco, que ponía en ese momento una caja fuerte sobre una mesa, y luego abandonaba la habitación vacía.

- Leah – protestó Nik.

Leah no quiso mirarlo. Pero dijo:

- Si es de mi padre, es mío.

- Ten cuidado con lo que dices.

Sus palabras la hicieron estremecer. Lo miró y se sintió paralizada. En el rostro de Nik se adivinaba la agresión y la violencia a punto de estallar.

Leah cejó en su intento, y súbitamente dejó la llave al lado de la caja.

- Si está en esta caja, puedes quedarte tranquila. Pero si no está, puedes considerarte afortunada si llegas a ver el día de mañana.

No entendía a qué cosa se refería que pudiera estar en la caja. Un sudor frío se apoderó de ella. Sus piernas se debilitaron. Sus ojos color zafiro lo miraron incrédulos. Pero él no la estaba mirando. Estaba metiendo la llave en la caja, temblándole el pulso.

Leah se lamió los labios secos en un gesto ansioso. Debía tratarse de algo más que acciones. Nunca había visto a Nik perder el control de ese modo. Y ahora, fuese lo que fuese lo que estaba dentro de la caja, estaba frente a él.

La caja estaba llena de papeles. Nik comenzó a revolverlos, dejando de lado las fotos y cartas, que quedaron esparcidas por toda la mesa. Estaba pálido, y su búsqueda se iba haciendo más desesperada a medida que avanzaba.

Leah fijó la vista en un sobre grande dirigido a una persona de la que jamás había oído hablar. Ni siquiera reconocía la letra. Entonces vio una foto grande en la que se veía a hombres y mujeres en actividades obscenas. Sintió disgusto. No entendía por qué su padre las guardaba.

- ¿Qué es todo eso? – preguntó a Nik, puesto que era evidente que él sabía bastante más que ella acerca de la caja y su contenido.

Él pasó la foto sin demostrar un ápice de asombro.

- ¿Qué es? – preguntó él repitiendo sus palabras con una mueca que simulaba una risa cínica -. ¡Es una caja de vidas destrozadas! Los secretos de otra gente. ¡Tu padre vivía a costa de sus víctimas y de su miedo, el muy cerdo!

Leah se puso lívida, pero lo increpó:

- ¿Cómo te atreves a hablar así de mi padre?

Nik no la estaba escuchando. Seguía buscando entre los papeles como un poseso.



- Qué me obligase a revolver entre esta basura es el último de sus insultos. ¡Yo, Nik Andreakis, ensuciándome las manos, porque no hay nadie en quien pueda confiar como para que hurgue entre esta colección de errores humanos! ¡Sus trofeos! ¡En lugar de tirarlos los ha conservado hasta el final, el muy cochino!

Leah casi no se sostenía de pie. No podía dar crédito al crimen que se le imputaba a su padre. Y en su incredulidad todo se le hacía confuso.

- ¿Qué estás diciendo? – la voz de ella sonó tan débil que apenas se oyó.

- ¿Estás sorda? – la miró Nik sin piedad -. ¿Por qué crees que me casé contigo? ¿Por tu cara bonita y tu educación de convento? ¿Por tu habilidad para actuar como una dama y saber colocar adornos florales en la casa?

- Por las acciones – alcanzó a pronunciar ella.

- ¡No había acciones! ¡Era todo mentira! ¡Ésa línea de barcos ni siquiera existió! – gritó él con furia, sus palabras retumbando en la habitación.

- Me estás mintiendo – contestó Leah a punto de desfallecer.

La atención de Nik estaba puesta en el documento que tenía en ese momento en sus manos. De pronto, sin aviso alguno previo, dio un puñetazo sobre la mesa.

- ¡Es sólo una copia!

- ¿Una copia de qué?

- ¡Y éste es el fin!

Nik parecía un león dispuesto a comérsela.

- El original te lo dio a ti, ¿no es verdad? ¿Te lo dio a ti para dejar a salvo...?

- ¿Qué cosa me dio? – casi no podía articular palabra Leah.

- Tú sabes de qué estoy hablando. No te hagas la inocente – dijo él yendo a un rincón de la habitación -. Si no está aquí, lo tienes que tener tú. Max no era ningún tonto. Y sabía que me desharía de ti si caía en mis manos. Así que te lo dio a ti. Entonces, ¿dónde está?

- ¡Basta ya! ¡Déjame en paz! – gritó a pesar del terror que sentía.

- Si no me dices dónde está el certificado, soy capaz de cualquier cosa. ¡He vivido extorsionado durante cinco años para proteger a mi familia, y no pienso vivir así un día más!

Nik había pronunciado por fin la palabra, «extorsionado». No podía ser cierto. Su padre no podía haberle hecho un chantaje. Leah estaba a punto de desfallecer.

- Siempre me he preguntado por qué lo había hecho así...que tú tuvieras que ser mi castigo de por vida – soltó Nik como pensando en voz alta -. Pero te diré una cosa, preciosa. Prefiero ir a la cárcel por estrangularte antes que cumplir esta otra sentencia.

Aterrada, Leah miraba la cara de Nik, y finalmente, de manera misericordiosa, dejó de verla, al mismo tiempo que Leah se desvaneció.

## CAPITULO 2

Leah recobró la conciencia en la limusina. Nik estaba inclinado sobre ella como cuando ella se había desmayado. En un movimiento brusco del coche, Leah se apartó hacia el lado opuesto del asiento.

- ¡Aléjate de mí! – le gritó presa del pánico.

- ¿Eres una criatura muy delicada, no te parece? De pronto te has vuelto un manojo de nervios – Nik la miraba con satisfacción perversa; parecía haber recuperado el control -. ¿Dónde está el certificado?

Leah se clavó las uñas. Necesitaba alguna sensación que le dijera que estaba despierta, que no se trataba de una pesadilla.

- Te he dicho que no sé de qué hablas.

- Bueno, si antes no lo sabías, ahora ya lo sabes, y quiero que me lo digas.

- No puedo creer que mi padre te hiciera chantaje...

- ¿Un asunto sucio, no? – Nik la trataba sin la más mínima compasión -. Pero él era un profesional, de alto vuelo. A él le interesaban los ricos y famosos. Le gustaban los personajes a los que pudiera sacarles el jugo. Era muy bueno en su trabajo. Nunca dejaba a sus víctimas totalmente secas, ni los llevaba al extremo de que quisieran matarlo. Los hacía pagar durante mucho tiempo y luego los dejaba en paz, pero siempre se quedaba con la prueba de sus delitos y trapos sucios para protegerse. Hizo una fortuna...

- ¡No me lo creo!

- ¿Crees que guardaba esas fotos pornográficas sólo por diversión? Si se quedó con la prueba de los trapos sucios de mi familia... -La voz de Nik se hizo más dura aún -. También tenía el certificado original, y como he intentado recuperarlo buscando por todas partes, es evidente que tú lo tienes.

- ¡Él no me dio nada! – gritó histéricamente.

- A mí no me vas a engañar. Inténtalo y te romperé...

- ¡Estás loco! – sollozó.

- Hasta ahora he sido paciente. He estado en la cuerda floja durante cinco años. La única forma de mantenerme a salvo era seguir casado contigo. Pensé que ibas a irte con papá. Pero no lo hiciste. Y hay una cosa que me ha quedado clara. Estás enamorada de mí...

- ¿Qué? – Leah lo interrumpió.

- Estás obsesionada conmigo. ¿Crees que no los sé? – Nik la miró con desprecio -. Cualquier mujer normal ya se hubiese desengañado y hubiera dejado de esperar que su amor fuera correspondido... ¡Pero tú no! Te has quedado hasta el final, fiel hasta el fin, ¡sin darme la posibilidad de que pueda quejarme del maldito trato que hice!

- ¿Fiel? – no podía creer todo lo que oía. Era increíble, pero Nik se creía lo que decía. Estaba convencido de que se había quedado a su lado por una cuestión de amor. El nombre de Paul quería abrirse paso entre sus labios, pero era mejor que no.

- No estoy enamorada de ti – dijo dignamente.

- ¡Escucha, estás hablando con el chico que fue tu regalo de cumpleaños cuando cumpliste diecisiete!

- ¿Cómo?

- ¿Me elegiste en alguna revista de sociedad? ¿O me viste personalmente antes? ¿Me echaste un vistazo y saliste corriendo a decírselo a papá? «Papá: éste es el que me gusta».

Nik hablaba en serio. Realmente hablaba en serio.

- ¡Tú tienes que estar mal de la cabeza!

- Hablaremos. Llevo cinco años esperando esta conversación. Todo lo que sé es que el querido Max hizo el trabajo sucio por ti. Me cazasteis como a un animal...

- ¡Tú eres un animal, un auténtico insulto a la especie humana! – estalló Leah -. ¡Y encima te lo tienes creído!

- ¡Dios! Mi joven dama sabe alzar la voz – dijo cínicamente Nik -. No parece gustarle la verdad. Hiere tu orgullo. Pero sé que he sido atrapado intencionalmente. Yo no sabía siquiera quién era tu padre la primera vez que fui a la casa. Me hizo una proposición de negocios una tercera persona, y fui citado allí. Y ocurrió justamente que tu padre no se encontraba en casa cuando llegué. Pero, ¡Oh, sorpresa! ¡Estabas tú! Llevabas algo blanco y romántico, y adornabas con flores el recinto, es decir estabas armada hasta los dientes con tus encantos virginales. Lo recuerdo perfectamente.

- ¡No fue así!

- Cualquier griego con sangre en las venas se hubiese rendido a tus encantos con mirarte dos veces – le dijo Nik con resentimiento -. ¡Y tú ahí, todo sonrisas tímidas y con rubor en las mejillas, comiéndome con esos ojos azules como si llevases una semana de ayuno!

- ¡Basta ya! – la voz de Leah casi se rompió.

- Entonces me invitaron a cenar y tú tocaste el piano, y cantaste como un ángel. Todas tus virtudes puestas en juego para mí. Y no sé cómo fue, pero finalmente el negocio pasó a un segundo plano, y se me olvidó. Para que sepas, había sólo dos preguntas que me interesaba hacer, pero no era pertinente hacerlas esa noche.

- ¿Sí? – Leah trataba de borrar los recuerdos penosos de ese día.

- ¿Tenías suficiente edad para obtener el consentimiento de tu padre? ¿Intentaba tu padre protegerte del mundo y de los depredadores como yo? El matrimonio no estaba entonces en mi cabeza, y nunca había estado.

Leah sintió náuseas. Nik siguió hablando:

- ¿Y de quién fue la idea de que me quedara a cenar? Tuya. Tú le dijiste a él que me querías y eso fue todo. Luego él escarbó y escarbó, hasta sacar a la luz cosas que sólo dos personas vivas sabían, y que ninguna de los dos iba a contar jamás.

- ¿Qué averiguó? – preguntó ella ansiosa.

- Tú lo sabes... Max sabía perfectamente que no viviría muchos años. Y no se fue a la tumba con el secreto – dijo Nik.

- Él no me reveló nada.

- Y si tú no lo tienes, debes saber quién lo tiene.

El chofer abrió la puerta y ella casi se cae del asiento. Miró la calle del barrio residencial casi con pánico. Hubiese querido correr. Ella sabía dónde estaba. Era el apartamento de Nik en París donde ella había pasado una noche de bodas inolvidable, sola.

- Inténtalo – dijo Nik con tranquilidad -. Corre y verás qué pasa. No llegarías ni a la esquina.

Aterrada, Leah entró en el edificio frente a ellos, y se metió en el ascensor.

- Recuerdos... – dijo Nik, como si pudiera ver lo que ella estaba pensando.

Leah sabía que aún no había salido del estado de shock. No decía nada, sabía que no estaba en condiciones de desafiarlo. Nik estaba preparado. Había estado esperando el momento de la venganza. Del mismo modo que habría esperado la muerte de su padre para liberarse de ella.

- Hay muchas cosas que puedo hacer por orden de otra persona, pero compartir la cama contigo no es una de ellas. Tu padre podía obligarme a casarme contigo pero no podía seguirme al dormitorio y forzarme a...

- ¡Cállate! – le gritó ella histérica.

- ¿Por qué no le contaste nunca la verdad de nuestro matrimonio?

Leah se tapó la cara en un intento de no oír más.

- Por favor, más no... – murmuró, y no le importó rogarlo.

Pero él le sujetó por los hombros con firmeza y le dijo:

- ¿Por qué aceptaste la triste realidad de tu cama matrimonial vacía durante todos estos años y no dijiste nada? ¿Por qué?

En un acto de arrojo, Leah salió corriendo y atravesó el hall del inmenso apartamento y alcanzó el dormitorio al otro extremo del corredor. Se metió en él y echó el cerrojo. Tenía el estómago revuelto, y tuvo que quedarse quieta un momento hasta que por fin pudo quitarse la ropa, y meterse en la ducha.

«Mi padre, lo extorsionaba», repetía sus palabras. Se sentía tan sucia. Era la primera vez en su vida que se sentía verdaderamente sucia. Y no sabía que podía hacer para sentirse limpia nuevamente.

Su madre. Que había muerto cuando Leah tenía cuatro años, era un recuerdo difuso. Era la hija de un pequeño aristócrata, que se había apartado de su familia por casarse con Max. Pero Max no le había dicho a su hija por qué. Nunca se lo había explicado.

La infancia de Leah había sido una sucesión de niñeras e internados desde una edad muy temprana. Max viajaba incesantemente, y siempre que le había pedido ir a vivir con él. Había llorado mucho antes de que se diera cuenta de que para su padre ella era exceso de equipaje, y que un hombre frío y distante. De todos modos reconocía que su padre se había preocupado por ella más que por ninguna otra persona.

Había estado siempre orgulloso de su belleza, de su educación, y su don para la música. Ahora se daba cuenta de que ésas habían sido unas ventajas de gran valor social para su padre. Max había sido ambicioso con relación a su hija. Había querido que se casara con un hombre rico y poderoso. Él mismo había vivido en contacto con la alta sociedad, y quería que su hija fuera miembro de todo derecho de esa misma clase social. Pero Leah había carecido de un verdadero calor de hogar. Y esa carencia afectiva la había llevado a hacer todo lo posible por ganarse la aprobación y el amor de su padre.

¿Cómo iba a imaginarse que Max no era un hombre de negocios legal? ¿Cómo podía imaginarse que su privilegiada vida había sido financiada con algo tan ruin como el contenido de la caja fuerte? Y menos aún, ¿Cómo podría haber sospechado que había extorsionado a Nik para que se casara con ella? Finalmente comprendía la farsa de su matrimonio, demasiado tarde.

Los cinco años habían pasado, no podían recuperarlos ni ella ni Nik. No le extrañaba que la despreciara. Y que estuviera seguro de que ella conocía el secreto que no debía conocerse, «para proteger a mi familia», había dicho.

Lo gracioso del caso era que ella no tenía la más mínima curiosidad por conocerlo. Nik podía seguir guardándolo toda la vida. En todo caso la familia de Nik eran extraños para ella. No conocía a su madre, ni a sus tres hermanas. Muchas veces se había preguntado qué les diría a ellas acerca de su matrimonio. ¿Pero se habría molestado en explicarles algo? Como Max, Nik no era amigo de dar explicaciones.

¿Cómo podía pensar que ella lo amaba? Era humillante. No sólo se trataba de un marido al que habían obligado a casar a punta de pistola, sino que además creía que su mujer, después de cinco años de desprecios e infidelidades, aún lo amaba.

El agua de la ducha seguía cayendo, y de pronto Leah sintió que una extraña fuerza se apoderaba de ella. Incluso empezó a sentir pena por Nik. Creía que ella podía usar el chantaje más allá de la muerte de su padre. La noticia de que ella estaba enamorada de otro hombre seguramente sería un alivio para Nik.

Leah había perdido cinco años de su vida, pero ni un día más. Su padre había ejercido plena autoridad sobre ella. Luego Nik había tomado el relevo, y ella lo había aceptado sin más.

Y había sentido miedo durante tanto tiempo... Miedo por el mundo que había fuera de su irreal mundo de privilegios. Temor por el desprecio de su padre. Temor de que la verdad sobre el matrimonio terminara con la débil salud de su padre si se enteraba. Pero no más miedos, se dijo.

Si Nik había sido una víctima, ella también lo había sido. Y sin embargo no armaba tanto escándalo como él. La vanidad de Nik la indignaba.

Un golpe fuerte sonó en la puerta.

- ¡Abre! – exigió Nik.

Leah hizo un esfuerzo por no oír. Ya tenía bastante con lo que había ocurrido anteriormente. No quería saber nada de él. Nik no tenía una sola virtud que pudiera conmoverla. Cinco años atrás sin embargo había sentido una gran atracción por él. Había elegido entonces con el corazón, no con la cabeza.

- ¡Leah! – volvió a golpear Nik con impaciencia.

No era un hombre que respetase a las mujeres. Iba detrás de todas ellas, rubias morenas, daba igual. Eso sí, todas tenían piernas largas, pechos imponentes y pelo largo. Leah no tenía ninguno de esos atributos, y alguna vez había sido un tormento para ella, ya que la imagen que tenía de sí misma, débil e insegura, no se había visto beneficiada con esta carencia.

Pero tenía muchas otras virtudes. Y debía agradecerle a Paul el haberlo descubierto. Paul le había enseñado a valorarse, poniéndola en primerísimo lugar. Él la había ayudado a aceptarse a sí misma. En cambio Nik siempre la había humillado y despreciado. ¿Y ahora por qué tenía que sentirse culpable? ¿Acaso no había pagado ya los pecados de su padre?

Cuando estaba cerrando la ducha y alargando la mano para alcanzar la toalla, un golpe enérgico tiró la puerta abajo. Ésta quedó pendiendo de la bisagra, y dejó la figura de Nik al descubierto. Su cuerpo vigoroso ocupando la puerta de la habitación.

- ¿Para qué te has encerrado aquí? – preguntó furioso.

- ¿Te has vuelto loco? – Leah se sentía intimidada por la presencia de él, pero también estaba furiosa.

- ¡Me hicieron responsable de tu bienestar!

¿Se refería a su bienestar o a su propia seguridad? ¿Era por ello que había tirado la puerta como un hombre de las cavernas? ¿Tenía miedo de que se hubiese tirado por la ventana o de que fuera a hacerlo? Evidentemente esto último lo hubiese puesto en un aprieto.

Leah, echándole una mirada de incredulidad, comenzó a recoger su ropa.

- Tu piel tiene el color de las camelias – dijo él.

Nik estaba mirando descaradamente, algo que la turbaba terriblemente.

- Tira la toalla – le exigió.

Leah no podía creer lo que oía. Pero Nik esperaba que su orden fuese cumplida. Lo demostraba en su gesto expectante.

Leah sintió que se le secaban los labios, que sus pulmones se quedaban sin aire, que un calor asfixiante se apoderaba de su cuerpo entero. Sus pechos de pronto se volvieron pesados, sus pezones se irguieron volviéndose más sensibles.

- Eres tan pequeña, pero guardas unas proporciones tan perfectas... – musitó él en el denso silencio.

Leah no podía creer lo que oía de la boca de Nik. Éste era un Nik que ella jamás había conocido, pero que de algún modo siempre había sospechado que podía existir. Era un hombre que despedía una vigorosa sexualidad. Había algo peligrosamente fascinante en la corriente sexual que emanaba de él, algo atávico y elemental. Daba la sensación de ser depredador como él mismo se había nombrado alguna vez con candor. Y lo era, ahora ella lo podía comprobar.

- ¿Me disculpas? Voy a vestirme, si no te importa – murmuró ella inexpresiva.

- ¿No hablarás en serio, verdad? – dijo él como si ella fuera la que se estaba comportando de modo extraño.

Leah estaba indignada. Nik podía dejar de lado el odio y el resentimiento que había entre ellos y pensar en el sexo. ¿Por qué? ¿Por qué estaba medio desnuda solamente? Parecía que la lívido de Nik despertase con poca cosa.

- Quiero vestirme – insistió.

- Eres tímida. Pero me has estado esperando durante mucho tiempo – dijo él con satisfacción.

Leah rió. No pudo evitarlo. Era una risa histérica que rompía el silencio como un cristal que se rompe.

- Basta...

- Se le cayó la ropa de las manos al darse la vuelta y taparse la cara con las manos temblorosas. Era un gesto histérico, descontrolado, que la asaltaba sin aviso. Estaba furiosa por su propia reacción, pero su furia aumentó aún más cuando sintió los brazos de Nik alrededor de ella, asaltándola por la espalda. Se quedó paralizada.

Él la había empujado contra un cuerpo tibio y vigoroso, amenazándola con un contacto físico tan turbador como desconocido. No podía creer que él la estuviera tocando. Parecía algo irreal. Durante cinco años se había comportado como un leproso que se aparta. Y ahora, de repente, quería tocarla, como si estuviera en su derecho. Pero no tenía ningún derecho, y no deseaba sus manos sobre su cuerpo.

- Tal vez no sepas dónde está ese certificado. Tal vez lo haya destruido Max. Pero quizás lo tenga alguien en sus manos esperando para activarlo como una bomba...

Las palabras que usó la hicieron temblar.

Nik lentamente la iba dando vuelta. Leah no se había dado cuenta de lo fuerte que podía ser un hombre comparado con una mujer, hasta que Nik la levantó del suelo como si fuese una muñeca y la apretó contra él.

Descalza no le llegaba ni al hombro, y antes de que él se inclinara hacia ella, las mejillas de Leah rozaron el pecho viril que asomaba por la camisa de seda, cuando se abrió inesperadamente su chaqueta. Leah apenas podía respirar ante la esencia de su masculinidad.

- Mirame – le dijo cortante.

- Por favor, déjame marchar – atinó a decir ella.

Nik le tomó la barbilla y se quedó mirándola, como si no la hubiese oído.

Leah sabía de los hechos acontecidos esa tarde y el ataque de furia de Nik, habían sido apartados de su mente, y que otras necesidades le urgían en es momento.

Leah sintió un torbellino de sensaciones que jamás había sentido. Su cuerpo estaba tenso, y parecía recoger todos los estímulos provenientes de aquella atmósfera.

- Nik... – se oyó decir, mientras sentía que sus pies se apoyaban en la alfombra.

- Hace tanto que no te oigo pronunciar mi nombre – dijo él en un tono profundo.

- No... – dijo ella.

El dedo pulgar de Nik recorrió el labio inferior de Leah, haciéndola temblar. Ella intentó moverse, pero la otra mano de él la sostenía con firmeza apoyada en su espalda.

Nik la miró intensamente, y con el pulgar separó sus labios y se internó en la boca de ella, mientras la palma le acariciaba la mejilla. Era un gesto más erótico que jamás había experimentado, y lo peor era que le estaba desencadenando una serie de reacciones físicas que reconocía como una traición de su cuerpo a sí misma.

Era evidente que él se divertía con sus reacciones, pero su mirada expresaba además una gran satisfacción. Leah lo notaba en la expresión de sus ojos.

Nik era un maestro en las técnicas y el arte de seducir, un arte que redundaba en su propio beneficio, aumentando su propio placer. Y estaba acostumbrado a buscar ese placer siempre que afloraba el deseo.

- Quiero... – Leah no podía decir más de una palabra.

- ¿Más? – Nik la soltó de pronto, y le sonrió -. La próxima vez que te pida que tires la toalla, hazlo, pequeña – le aconsejó suavemente.

Leah sintió que esa insinuación podía ser más dolorosa que un puñetazo. Cuando la puerta se cerró tras él, Leah se desmoronó. Lo había desafiado, lo había irritado. Estaba confusa. Todos esos años, nada, y ahora...

¿Por qué ahora? Recordaba lo que le había dicho momentos antes: que su padre no había podido obligarlo a compartir la cama con ella. Y, sin embargo, cuando afloraban sus instintos, parecía que cualquier mujer le venía bien.

Lo que estaba claro era que Nik tenía que demostrar que era un macho. Plantearle el divorcio en esas circunstancias hubiese sido contraproducente, porque lo hubiese llevado aún más lejos en sus intentos de intimar con ella.

No era el mejor momento de hablar de Paul.

Leah recogió sus prendas nuevamente.

La cuestión era que su marido se había dado cuenta de que existía, aunque sólo fuera de la forma que para él contaba una mujer: sexualmente.

Pero estaba indignada. No entendía cómo se había atrevido a tocarla. No tenía derecho. Y además, seguramente, le era infiel a alguna mujer. Y por descontado se hubiera aprovechado de su deseo, en caso de que hubiese existido. Él era así. Estaba acostumbrado a tomar, no a dar.

Nik había trabajado duramente para levantar las empresas familiares que había heredado, la herencia de los Andreakis. Nadie le había regalado nada, ni le había hecho favores. Y él no hacía tampoco. Pero seguía a sus enemigos hasta la muerte, y cuando tenía a su presa, regresaba victorioso. Luchaba constantemente por su supremacía.

Ése había sido el aspecto del carácter de Nik que Max había valorado más. Y finalmente le había servido a Nik en bandeja de plata, tratando de convencerla de que aunque él no hubiese hablado de amor, sería un perfecto marido.

¿De qué marido hablaba su padre? Ella jamás había tenido un marido. Pero cinco años atrás ella no había podido adivinar el futuro.

Lo curioso era que sus recuerdos de los primeros encuentros no coincidían en absoluto con lo de él. Había terminado la escuela secundaria, y había perfeccionado la técnica en arreglos florales, ¡qué tontería! Deberían haberle enseñado mejor, un curso sobre hombres...

Nik había aparecido en la entrada de la sala de música, sin que nadie lo hubiese invitado o llamado. Lo habían hecho esperar a Max en la sala de espera y él debía haberla visto por la ventana, porque para llegar a la sala de música tenía que salir de la sala de espera, atravesar el hall, pasar por la otra habitación y entrar a la sala de música a través de un ventanal. Así que, ¿Cómo podía tener el descaro de decirle que ella había preparado el encuentro?

Lo había visto de pronto en la entrada y, sí, se había enamorado de él a primera vista. Su presencia la había impactado. Era como un dios griego que se le había aparecido en todo su esplendor.

-Eres una bocanada de aire de primavera en este triste paisaje de invierno – le había dicho Nik.

Y probablemente lo había copiado de alguien, pero él había pronunciado esas palabras.

A ella no se le había ocurrido que él estuviese interesado en ella, sino en las plantas. Porque había surgido una conversación entre ellos. No había demostrado su falta de interés e ignorancia hacia el mundo vegetal, y ella se había dejado engañar.

Incluso le había dicho que sus ojos hacían juego con las violetas, y ese cumplido le había salido tan torpe como el primero, lo que le dio la impresión a Leah de ser un hombre tímido, a pesar de disimularlo con cierta sofisticación.

- ¿Tímido Nik?

Él no le había dicho nada sobre su cita con su padre. Parecía haberlo olvidado más bien, hasta que la empleada había ido a decirle que su padre le llamaba y entonces se había quedado desconcertada al encontrarla con Nik.

-Le diré que lo está esperando – le había dicho Leah a Nik, y había subido rápidamente hasta la biblioteca de su padre.

- ¿Quién es él? – le había preguntado a su padre con interés y ensoñación.

- Nik Andreakis – su padre la había mirado achicando los ojos.

- Lleva aquí un montón de tiempo. ¿No crees que debíamos invitarlo a cenar?

- Parece que ha tenido éxito...



- ¿Está casado?

Y lo habían invitado a cenar. Había sido culpa suya, enteramente culpa suya. Su padre había pedido disculpas a Nik y luego los había dejado solos, y en ese rato Nik le había hecho un montón de preguntas personales a Leah. No se había molestado en averiguar si tenía la edad apropiada. Sabía perfectamente la edad que ella tenía.

Al día siguiente la había llevado a dar una vuelta en coche, pero su padre dudó en darle su consentimiento. Este hecho la había puesto en evidencia delante de Nik, quien no habría tenido la menor duda acerca de la sobreprotección de su padre.

-Tengo la sospecha de que tu padre te va a mirar de arriba abajo a ver si tienes huellas dactilares en algún sitio cuando vuelvas, así que no te besaré. No sé qué estoy haciendo aquí contigo. Eres demasiado joven para mí.

Y ella había sufrido mucho en la semana siguiente a su encuentro con él, porque él no la llamaba ni daba señales de vida. A Max la historia le hacía poca gracia, y le había aconsejado que era mejor que no entregara su corazón.

Andreakis puede tener a la mujer que quiera. Pero no quiero que te ronde, a menos que tenga en la cabeza la idea de casarse contigo.

- ¿Y se lo has dicho? – le preguntó alarmada.

- Puede que tú no te valores. Pero yo sí. Te he enviado a los mejores colegios para asegurarme que tuvieses un lugar digno con quien estuvieras. Quiero que te cases bien. Un escarceo amoroso con Andreakis es algo que no está en tu agenda. Y puedes estar segura de que no ofrecerá ninguna otra cosa, a no ser que le resulte rentable.

Nik había aparecido la segunda semana inesperadamente, con una actitud agresiva con ella. Se volvió a quedar a cenar. Max se encontraba de un buen humor increíble. Pero estaba muy tranquilo, y los observaba todo el tiempo, agregando poco a la conversación.

Dos días más tarde, su padre la había hecho ir a su biblioteca y le había informado de que él era el dueño de innumerables acciones en una compañía naviera llamada Petrakis International, acciones en las que Nik tenía un interés extremo.

- Así que se las he ofrecido a él gratis como regalo de bodas – concluyó Max.

Leah se había quedado consternada. Sí, ella estaba loca por Nik. Pero que su padre le hubiese ofrecido un capital por casarse con ella le parecía humillante.

- Nik es griego. Comprende este tipo de trato – le había asegurado -. Y espero que tú también comprendas que un hombre tan duro como Nik jamás hubiese pensado en el matrimonio a no ser que fuese una ventaja económica para él. Esas acciones serán tu dote. La elección es tuya. ¿Lo quieres o no?

Leah había salido corriendo de la habitación, llorando de rabia y desesperación.

Al día siguiente, Max le había informado acerca de su deficiencia cardíaca. Le había dicho que no sabía cuánto iba a vivir, y que estaba sinceramente preocupado por su futuro. Era otro golpe para Leah. Max había puesto a Nik por los cielos. Según Max, Nik era como un diamante en bruto por el medio social en el que se había criado, pero la iba a tratar con respeto y honor como a su esposa. Ese tipo de arreglo era algo común en Grecia. Si se casaba con Nik estaría a salvo, segura por el resto de su vida.

- ¡Pero no me ama! – había protestado.

Max la miró fríamente y le dijo:

- Te desea...

- No tanto como a esas acciones – protestó en voz baja.  
- Depende de ti lo que este matrimonio resulte. Te estoy dando la oportunidad de casarte con el hombre que amas.

Leah volvió al presente, y se retorció las manos. Su padre le había servido a Nik en bandeja de plata. Se lo había dado encadenado y esposado a cuenta de un chantaje. ¡Cómo no lo había sospechado!

Se oyó un golpe en la puerta. Era una criada anunciando la cena. Leah no podía creer que fuera ya la hora de la cena. Paul la llamaba todas las noches a las ocho. Sabía que ella jamás salía de noche. ¿Le habría dicho Petros que se había ido a París? Levantó el auricular del teléfono de la habitación y marcó el número de su apartamento.

- ¿Dónde diablos estás? – contestó Paul inmediatamente -. Petros me ha dicho que «el señor y la señora Andreakis no estaban». ¿Qué quiere decir eso?

- Hemos volado a París...

- ¿Hemos?

- Mira, había un problema con la herencia de mi padre y tuve que venir. Mañana estaré en casa, querido. Te amo.

- ¿Qué tipo de problema?

- Nada importante – ocultó Leah. No quería contarle los detalles sórdidos del asunto a Paul, al menos por teléfono.

- ¿Va a mostrarte las maravillas de París, entonces? – se burló Paul.

- ¿Salir con Nik? ¡Estás bromeando! – forzó una risa, aliviada de que Paul no estuviera enfadado -. Te echo mucho de menos. He pensado en ti todo el tiempo.

- No veo la hora de que llegue mañana.

- Se me hará eterno... – dijo. «Pero no puedo usar nuevamente a Charlie», pensó, recordando a Boyce, y preguntándose cómo podía quitarse de encima al guardaespaldas.

Pero Leah se sentía un poco culpable de sus citas con Paul, ya que cuando ella se había casado en la iglesia, había hecho unas promesas en las que entonces creía...

«¿Por qué eres tan cobarde y no le planteas el divorcio, ya que a él le importas tan poco? » – le decía innumerables veces.

Leah suspiró hondo, bajó el auricular en un gesto que quería relajar su tensión.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo después de dejar caer el auricular. Nik estaba de pie, silencioso y quieto, como una estatua. Leah se quedó paralizada ante semejante visión.

Quiso decir «Nik... », pero no pudo articular una palabra.

- La cena... – murmuró Nik -. Pero termina la llamada primero.

Levantando el auricular como un autómatas dijo:

- Adiós – y colgó.

### CAPITULO 3

Su corazón bombeaba sin parar. Lo vio alejarse de la habitación. No podía haberla oído. En ese caso, seguramente le habría dicho algo. O reaccionado de alguna manera. En cambio, Nik había sonreído.

Al abandonar la habitación, lo oyó decir al criado que ya no lo quería. ¿Habría planeado salir a cenar fuera y luego habría cambiado de parecer? Esperaba que no fuera por su causa. Pero era difícil que Nik hiciera algo por ella.

Tengo que hacer unas llamadas. No me esperes para cenar.

Leah comió sin ganas. Se sentía culpable, irritada, confusa. Toda su vida había sido una persona honrada y sincera, hasta que había conocido a Paul hacía tres meses. Había sido un encuentro accidental, en Harrods. Habían charlado, reído, tomado café. Todo muy inocente. La segunda vez también se habían encontrado por casualidad.

¿Por qué se sentía de ese modo? No tenía más que pedirle el divorcio a Nik. A él jamás le habían importado los sentimientos de ella. Ella había tenido que sufrir el chismorreo público y de la prensa, viéndolo fotografiado con distintas mujeres. Pero eso no era excusa para hacer lo mismo que él.

Llevaba por el cansancio y la tensión de todo el día, Leah decidió irse a la cama. Se lamentó de no tener un camisón. Por fin se metió entre las sábanas desnuda. Y después de darle más vueltas a la cabeza, decidió pedirle el divorcio a Nik al día siguiente.

Se despertó sobresaltada. Las luces estaban encendidas, y pestañeó insistentemente como para saber si era un sueño o la realidad. No se acordaba siquiera de dónde había dormido, y cuando se sentó en la cama aún estaba totalmente desorientada. Pero entonces vio a Nik, algo alejado de la cama. Tenía un aspecto horrible, ése fue el primer pensamiento de Leah, luego atinó a taparse su desnudez con la sábana. Le brillaba el pelo negro, estaba sin corbata, y tenía la blanca camisa de seda medio desabrochada, lo que permitía la visión de un pecho masculino ancho y bronceado, adornado con ricitos de pelo negro. Los rasgos tensos, la piel pálida. Parecía estar bajo los efectos de un shock.

- ¿Qué ocurre? ¿Ocurre algo malo? – musitó ella a la vez que bostezaba y descubría en su reloj que era casi de madrugada.

- Me has deshonrado – dijo con un acento quebrado.

Leah lo miró medio dormida aún.

- No comprendo, ¿qué dices?

- Mi mujer con otro hombre... – le dijo con una expresión de ferocidad en los ojos.

Pero Leah estaba más asombrada por la frase «mi mujer», que había pronunciado, que por el descubrimiento de su infidelidad. Jamás usaba ese término. Y era ofensivo y ridículo incluso en el contexto de ese matrimonio.

- No lo niegas – agregó.

¿Qué pensaba? ¿Qué iba a estar como Penélope, esperando a su marido? Era cierto que había estado así durante casi cinco años, pero eso no podía durar eternamente. ¿Y qué le importaba además?

- ¿Cómo lo has descubierto? – preguntó ella no tan firmemente como hubiera querido.

- Parece que no te das cuenta de la magnitud de tu ofensa.

- ¿Has estado bebiendo? –preguntó Leah débilmente, pensando que tal vez fuera el motivo de su reacción melodramática.

- ¿Qué tiene que ver eso? ¡Te he oído hablar por teléfono con tu amante! ¡Y no podía creerlo!

- ¡Oh! – debía haberlo imaginado. Pero él era tan retorcido, que no había demostrado nada en su momento.

- Tengo las facturas del teléfono y también el número al que has llamado desde aquí, y es el mismo número.

- Te lo habría dicho si me lo hubieses preguntado – Leah sentía una extraña sensación desagradable que no podía identificar.

- ¿Qué me hubieras hablado de él? ¿No tienes vergüenza?

- ¿Por qué tengo que avergonzarme? – pero curiosamente la actitud de Nik la hacía sentirse culpable, y eso la irritaba terriblemente.

- Tú eres... mi esposa – dijo con violencia.

Instintivamente, Leah se puso en el extremo opuesto de la cama. La rabia iba transformándose en miedo. Hubiese querido gritarle que ella era una extraña para él cuando le había dicho que era su esposa, pero no se atrevió viendo el estado de ánimo de Nik.

Hubiese sido echar leña al fuego.

- Tal vez mañana cuando estés más razonable – le dijo ella.

- ¿Por qué lo crees? – preguntó Nick acercándose a ella reptando por la cama. Leah intentó alejarse, pero él le sujetó el brazo.

- ¿Qué estás haciendo? – preguntó ella, desconcertada y temerosa.

Él dijo algo en griego y la sujetó con el otro brazo.

Leah estaba aterrada.

- ¿Cuántas veces has estado con él?

- No sé. No... las... he contado.

- ¡Dios! ¡Lo mataré! Puede que esté vivo aún, pero lo mataré.

- ¡No digas cosas como ésa!

- ¿Y tu qué? ¿Qué hago contigo?

- ¿Conmigo? – Leah estaba horrorizada.

- ¿Dónde lo has conocido?

- ¡No voy a decirte nada de él! – dijo ella acordándose de sus amenazas.

- Paul Stephen Woods. Tiene veintiocho años. Es vendedor a tiempo parcial, y medio artista. Es hijo único, rubio, ojos azules, alto y ambicioso. No necesito que me cuentes nada de eso.

Leah estaba aturdida.

- ¿Por qué te comportas de este modo? Yo no soy realmente tu esposa...

- ¿No? Llevas mi nombre. Usas mi anillo. Vives en mi casa. Te alimento, te visto, te mantengo...

- ¡Y yo te odio! – dijo dolorida Leah.

- Si eso es cierto, vas a odiarme aún más en lo que te queda de vida a mi lado – dijo él severamente.

- ¡Déjame marchar! – murmuró Leah temblando.

- No lo volverás a ver – juró él clavándole la mirada llena de odio -. Pero jamás te perdonaré esto – dijo finalmente, soltándola.

- De acuerdo. Yo tampoco te perdonaré jamás – atinó a decir entre la almohada, sollozante.

Fue un error, porque Nik se dio la vuelta y le dijo:

- Vas a decirme la verdad ahora.

- ¿Qué verdad?

- Que ésta es una maniobra para que te preste atención. Has dejado pistas que hasta un ciego puede ver. Hasta has hablado con la puerta abierta.

- ¿Qué?

- Y lo has conseguido – dijo él con una sonrisa de hielo -. ¿Ni siquiera te has acostado con él, no? Perfecto. Has llegado al punto justo para sacarme de mis casillas, pero no te has atrevido a más.

Leah estaba indignada por su vanidad. Entonces se le escapó una mentira:

- ¡Sí me he acostado con él! ¡Y me da igual que te enteres o no, porque no me importas en absoluto!

- ¡Si ha puesto un solo dedo sobre tu piel desnuda, es hombre muerto! ¿Lo comprendes? Esto no es un juego, pequeña. Te lo advierto. Si te has entregado a él, lo mato.

Leah no podía moverse, ni respirar. No podía dar crédito a las palabras de Nik.

Había mentido. Y estaba de más decirle que se trataba de una relación seria. ¿Cómo se imaginaba que iba a tener un lío pasajero para darle celos? Estaba indignada, pero también aterrada de que Nik pudiera hacerle daño a Paul.

- Piénsalo seriamente. Casi pierdo la cabeza – le confesó Nik de pronto.

Y Leah se dio cuenta de que repentinamente se le había pasado la rabia, como por arte de magia.

- De acuerdo – dijo ella suavemente, odiando a Nik con todas sus fuerzas -. No me he acostado con él, pero...

- ¿Y quieres que te diga por qué? Un griego se divorciaría de una esposa infiel. Tú has llegado hasta donde has podido, no más allá. Lo único imprudente que has hecho en tu vida es haberte casado conmigo. ¡Qué idiota he sido! ¡Por un momento he pensado que te arriesgarías a perder tu status como esposa mía!

- ¡Eso es precisamente lo que quiero perder! ¡No te quiero! ¡Quiero mi libertad! – le grito desesperada.

- ¡No te creo! ¡No sobrevivirías ni un momento en el mundo real! ¡Te morirías como un bebé indefenso sin tus tarjetas de crédito!

- ¡Cómo te atreves!

Sólo te digo las cosas como son. Eres una creación de Max, un adorno hermoso y frágil, la esposa perfecta para un hombre rico...

- ¡Eres un desgraciado! – dijo ella indignada.

- Eso no quiere decir que no seas buena en tu papel, excelente como anfitriona... Una verdadera dama. Pero si quieres de verdad tu libertad...

- ¡Sí, la quiero! – gritó Leah.

- ¿Si? Deberías preguntarte por qué me compras los calcetines todavía – se rió Nik cínicamente, y salió de la habitación.

- ¿Qué tenían que ver sus calcetines en todo eso? No era más que una tarea trivial de la que se había ocupado desde los primeros tiempos de su matrimonio; y la seguía haciendo sin pensar demasiado en ello.

Mientras Leah se ponía el albornoz, pensaba que debía conseguir que Nik la escuchase y hacerlo comprender.

Nik estaba en la habitación principal. Leah se detuvo ante el umbral de la puerta, porque Nik estaba a medio vestir, un hecho que la violentaba.

- ¿Y ahora qué? – preguntó con impaciencia.

- Quiero que me escuches – Leah se cerró más el escote del albornoz, y lo miró a los ojos-. Amo a Paul. Quiero el divorcio.

Nik atravesó la alfombra de la habitación en dirección a Leah.

- Eres mi esposa – dijo en tono suave -. ¿Y por qué eres mi esposa? Porque querías serlo a cualquier precio.

- ¿No has escuchado lo que he dicho? ¡Lo amo! – dijo ella con los dientes apretados por la rabia.

- ¿Le compras calcetines también? – preguntó él con sorna.

Leah le dio una bofetada sin pensarlo. Pero luego se sintió consternada ante lo que había hecho. No era habitual en ella una reacción semejante. Se apartó de él con temor, al verlo acercarse a ella, con furia en la mirada.

- ¡No! – atinó a gritar.

- Aunque una bofetada no te vendría mal, puedo contenerme. Eres demasiado pequeña, demasiado frágil. Si fuera el tipo de marido que pega a su mujer, ¿no crees que te habrías enterado a estas alturas?

Nik tiró de ella con fuerza. Otro gesto amenazante de Nik, además de la mirada oscura y penetrante en el escote del albornoz, que en ese momento mostraba un hombro desnudo.

Mi idea del entretenimiento es muy distinta, es más íntima. La violencia no me gusta. Hay cosas más satisfactorias.

- ¡No te atrevas a tocarme!

- Una noche larga y tibia en mi cama es lo que te hace falta – le dijo Nik llevando su mano al hombro de Leah.

- ¡No seas desagradable! – Leah gritó desesperada.

- No rechaces lo que aún no has probado – Nik se rió mientras bajaba la cabeza y acercada su cara a la de Leah, tocándole el labio con la otra mano.

- ¡Basta!

- Me siento tan intimidado... – se burló él, apartándole un mechón de cabello rubio de la mejilla en un gesto casi tierno.

Leah se estremeció.

- Nik...

La boca de él fue a la búsqueda de la de ella, y le separó los labios. Ella se quedó sin aliento. La estrechó aún más, haciéndole sentir todos los músculos de su cuerpo viril. Ella se arqueó involuntariamente, aumentando ese contacto. La lengua de Nik exploró el interior de la boca de Leah. Un fuego salvaje se alzó en todo su cuerpo femenino. Leah se estremeció, se apretó contra él, y rodeó el cuello de Nik con sus brazos. Cerró los ojos, y sintió un calor intenso recorriéndola.

Después Nik liberó su boca y la miró impasible.

- ¿Cuál es su nombre? – preguntó de pronto.

- Su... ¡Oh! ¡Dios mío! – dijo Leah llevándose un dedo a su boca roja e irritada. Se le aflojaban las piernas.

- Te has equivocado en tus prioridades. Yo soy tu esposo.

Leah pensaba en alguna respuesta, algo en su propia defensa. Pero era incapaz. Sentía un torbellino de emociones violentas. Nik se quitó la camisa, dejando al

descubierto unos músculos dorados y fuertes. Leah no quería mirar, pero se le iba la vista sin quererlo.

Nik abrió la puerta y, bruscamente, sacó a Leah al corredor.

- Hablaremos más tarde, a la hora del desayuno.

La puerta se cerró en su cara. ¿Se estaba volviendo loca? ¿Era una pesadilla las últimas veinticuatro horas que había vivido?

Leah se metió en la cama, adoptando la posición fetal. Nik era un extraño. No lo reconocía. Y tampoco se reconocía a sí misma.

Desde que habían estado en el banco se había comportado de manera extraña. Primero con furia. Luego con una actitud más sarcástica que furiosa al creerse que ella había intentado atraer su atención.

Leah no comprendía por qué Nik quería seguir unido a su esposa con la que se había casado por chantaje. ¿Por qué aceptaba esa farsa? ¿Y por qué la seducía sexualmente, así, de pronto, después de cinco años de ignorarla?

Y lo peor, ¿Por qué ella se había quedado ahí, sin hacer nada, y le había permitido incluso besarla? Era cierto que Nik era un hombre muy experimentado. Tal vez cualquier hombre con esa maestría pudiera arrancarle a una mujer inexperta como ella las sensaciones que acababa de experimentar con Nik. Pero le asombraba que Paul no lo hubiese logrado.

Se avergonzaba de sí misma. El sexo, se decía, no era tan importante en una relación. Ella amaba a Paul. Lo amaba realmente.

Pero lo que realmente le preocupaba y la sorprendía, era que Nik todavía pudiera ejercer esa atracción sexual sobre ella, cuando creía que ya era un asunto más que pasado. Y Nik le había demostrado que no era así, y se había reído de ello. ¡Qué golpe para su orgullo!

A la mañana siguiente se encontró con la ropa limpia en la habitación. «Muy considerado de su parte», pensó con ironía. Se puso el traje azul de Versace, y trató de reparar los daños sufridos a su aspecto después de una noche sin dormir.

En la sala se encontró con Nik detrás del *Financial Times*. Al verla lo dejó a un lado y alzó la taza de café.

Deberías volver a la cama. Pareces la víctima de un vampiro que espera que le den el tercer bocado.

- Muy gracioso.

- Eres afortunada de encontrarte entera, después de lo que he descubierto anoche. Creo que he sido extremadamente tolerante y comprensivo, pero no abuses.

Leah tomó un *croissant* consciente de la mirada de él en todos sus movimientos. Nik vestía un traje azul, camisa blanca, corbata roja de seda. Estaba impecable, sin apenas signos de una mala noche. Y parecía haber recuperado totalmente el control.

Leah sintió odio hacia él. Sus manos temblaron al cortar el bollo.

- Quiero ver a un abogado esta mañana. Quiero el divorcio.

- Estás soñando, me parece.

- Yo...

- ¡Calla! – le ordenó él.

- No puedes impedírmelo.

- Simplemente hago como que no te he oído.

- ¡No pienso seguir sentada aquí para que me insultes!

- ¡Siéntate! – la voz de él sonó como un latigazo sobre la mesa. Leah se sintió tan intimidada que se volvió a sentar -. Quiero que me escuches.

Leah se puso azúcar en el café sin mirarlo. Pensó que lo dejaría hablar. Pero no le impediría el divorcio.

- Hace cinco años yo tenía veinticinco años y tú diecisiete. Eras una niña con un cuerpo de mujer. ¡Y no me excita la idea de acostarme con una adolescente, aunque sea mi mujer! Eso me parecía algo perverso. A algunos hombres les gustan las mujeres muy jóvenes, a mí no.

Leah seguía con el café en la mano. Jamás había pensado que Nik pudiera sentirse de ese modo frente a su joven esposa. Y se sintió culpable y molesta por no haberlo pensado.

- De todos modos, me odiabas – dijo ella pálida.

- Estaba resentido contigo. No creo que haya llegado a odiarte. Simplemente te descarté de mi vida. Estábamos obligados a estar juntos, y yo resolví esa situación a mi manera.

- Disculpa, si te repugno – dijo Leah nerviosa, e inmediatamente se dio cuenta de lo infantil que había sido su comentario. No quería revolver el pasado doloroso.

- Comencé a trabajar a los catorce años en uno de los barcos de mi padre. Él era un hombre anticuado. Quería que yo empezara desde abajo y fuera ascendiendo, porque él lo había hecho así. Yo sabía que necesitaba una educación. Los siguientes ocho años fueron años de dieciocho horas de trabajo. Mi vida consistía en matarme trabajando y estudiar para mantenerme al día; y a la vez hacía negocios y transacciones en la bolsa. No tuve una verdadera juventud. No tenía tiempo para nada – se quejó Nik con amargura.

Nunca le había hablado así. La turbaban sus palabras. Alzó la taza de café, buscando su calor para sentirse menos indefensa. Había tenido una vaga idea de lo que habían sido sus primeros años de trabajo, pero no hasta qué punto su juventud había carecido de alegría y placer.

- No entiendo para qué me cuentas todo eso.

- Quiero que comprendas lo terrible que era para mí verme obligado a casarme cuando no estaba preparado para ello.

- Lo comprendo - dijo Leah.

- Finalmente alcancé la cima. Por fin era libre como para disfrutar de lo que había podido disfrutar cuando era más joven.

- Eras libre para acostarte por ahí con quien quisieras. Y entonces te pusieron las bridas y te ataron a mí, ¿no?

- Dios... Sí, si quieres ponerlo en esos términos. Pero no anduve acostándome por ahí. Tú eres una mujer. No puedes comprenderlo. Es una etapa que debemos pasar los hombres. Y yo la viví más tarde que la mayoría.

«Sexista», pensó ella. Y además dudaba que hubiese dejado una sola mujer sin explorar, a excepción de su esposa, claro. En cambio ella no tenía derecho a lo mismo. La había dejado en un estante, olvidada. La invadió una amargura infinita.

- Me hago a la idea. Una excusa perfecta y original para el adulterio. ¡Es brillante realmente!

- No me estoy disculpando. Me casé contigo bajo amenazas. No lo hubiera hecho de otro modo. No estaba preparado para comprometerme de ese modo con ninguna mujer a los veinticinco años. Era mejor dejarte sola que compartir la cama contigo y andar por ahí con otras, como probablemente hubiese hecho.



- No lo dudo – dijo Leah con una mezcla de emociones, que iban desde el odio, la rabia, la humillación, y el resentimiento hasta la pena por los años pasados.

- Yo también tenía la idea de que era cumplir las órdenes de Max.

Leah se puso colorada, sintió vergüenza. Sus palabras eran peor que una bofetada.

- En los últimos años me he visto tentado por la idea de llevarte a mi cama. Pero sentía que era venderme al enemigo. Y dudo que hubieras podido disfrutar de una relación conmigo en ese plan.

- Realmente no quiero oír más – admitió ella.

Pero Nik la ignoró.

- Pero ahora Max ha muerto. Quizás no consiga el certificado ése, pero no creo que tú lo tengas tampoco, ni siquiera que sepas de qué se trata.

- No sabes lo aliviada que me siento. Dime, ¿hay necesidad de que sigamos con esta conversación sobre el pasado? – dijo Leah tensa.

Nik se rió débilmente.

- Ahora estoy preparado para el matrimonio.

Leah respiró hondo. Pestañeó. Se le hizo un nudo en la garganta, mientras sus ojos incrédulos no podían dejar de mirar a Nik.

## CAPITULO 4

- Te has quedado como si necesitaras un trago, un trago fuerte.

Con asombrosa calma, Nik se puso de pie y fue a servirle un coñac. Se lo puso enfrente, sobre la mesa y se fue hacia la chimenea.

- No es posible que hables en serio – le dijo Leah con la boca seca.

- Aparte de tu árbol genealógico, que deja bastante que desear, tú eres una esposa perfecta, lo que yo busco en una esposa.

- Perdóname, pero no puedo creer lo que dices.

- Eres guapa, atractiva, y ya eres mía desde antes – dijo sonriendo -. Y no he encontrado a otra con la mitad de las cualidades que tú reúnes.

- Gracias, pero no, gracias – Leah no podía entender su sarcasmo, y su proposición la dejaba perpleja.

- No he dicho que tuvieras derecho a rechazar mi proposición. Y estoy dispuesto a ser razonable. Lo he demostrado anoche. Podría haberte tirada en la cama y...

- ¡No! – Leah se puso rígida en la silla.

- Pero no lo he hecho. Te he dado tiempo como para que te hagas a la idea. No pretendo que te comportes como si los cinco pasados años no hubiesen existido.

- Amo a Paul.

- Y yo espero no volver a oír su nombre. Te lo advierto. Te tolero un error, pero no más.

- ¡No puedes hacerme eso! ¡No puedes amenazarme!

- No era una amenaza. Si te saltas las barreras que he trazado, tendrás que atenerte a las consecuencias. Y no digas que no te he avisado. No pienses que porque he sido tolerante anoche lo volveré a ser.

- No puedes obligarme a estar contigo.

- Intenta saltarte las barreras, y verás. Y no te engañes con que has encontrado el verdadero amor. Woods tiene una larga trayectoria en el arte de cazar mujeres ricas.

- ¡Si ni siquiera sabía que yo era rica! – gritó Leah furiosa.

- Hasta un ciego lo vería. Mira las joyas que llevas, la ropa que usas. ¿Por qué crees que vas con guardaespaldas? Eres una invitación para cualquier asaltante. La pulsera que llevas puesta vale más de lo que cualquiera de ellos pudiera ganar en toda su vida. Y no creo que se imagine que vas a donar toda tu herencia.

- ¿De verdad?

- ¿Es que quieres conservarla? ¿Las ganancias de todo el dolor y amargura que causó a sus víctimas?

Leah estaba descompuesta por las palabras que oía. Con una mirada de desprecio se dio la vuelta y se alejó de él.

- Volverás a Londres y harás el equipaje. Nos vamos a Grecia en cuarenta y ocho horas.

- ¿A Grecia?

- Sí. Ya es hora de que conozcas a mi familia.

- ¡De ningún modo seguiré casada contigo, y de ninguna manera me iré a Grecia!

- Ve a darte una buena ducha, y piensa mientras tanto cuáles son tus opciones – le aconsejó Nik secamente -. Y cuando termines, piensa entonces cuánto has pensado en Woods anoche, cuando estabas en mis brazos.

- ¡Cerdo! – era una palabra que no le gustaba a Leah pero le salió espontáneamente, sin pensarlo.

- ¿Y por qué me llamas así?

Leah se quedó paralizada ante la mirada de hielo de él.

- ¿Por qué? – insistió él.

- Bueno, ¿y por qué no, si lo eres? – por fin dijo ella.

- Puedo soportarlo – hizo una pausa y agregó. - Leah, podemos formar un buen matrimonio. Métetelo en la cabeza.

- Debes de estar bromeando.

- Sé que quieres seguir con el papel de víctima, le has tomado simpatía, pero te estoy pidiendo que nos des una oportunidad.

Leah podía adivinar en los rasgos de Nik la tensión de un orgullo doblegado, como si en la proposición que acababa de hacer de algún modo lo perdiese.

Leah no quiso verse afectada por el cambio emocional en Nik. Por lo que, en silencio, se alejó de él rápidamente.

- Leah, ¿quieres la información que tengo de Woods?

Leah sintió que se le revolvía el estómago. ¡Dios, Nik no tenía escrúpulos! ¿Cómo había averiguado tantísimas cosas acerca de Paul la noche anterior? Los datos personales sobre Paul podrían ser ciertos, pero lo demás no eran más que mentiras. El tipo de mentiras que Nik podía inventar cuando estaba dispuesto a lograr un objetivo. Y estaba claro que quería rebajar a Paul, y que ella perdiera la fe que había depositado en él. Pero Nik no se daba cuenta de lo fuerte que era ese amor. ¿Qué sabía él sobre el amor? Jamás lo había tenido en cuenta, ni para casarse ni para sus relaciones extramatrimoniales. Nik no podía comprender su relación con Paul. Paul la escuchaba, la animaba, estaba interesado en ella, la cuidaba. Y no estaba dispuesta a perder la oportunidad que la vida le había dado de amar y ser amada.

Nik podía encontrar muchas mujeres que pudieran cumplir los requisitos de una esposa para él. Una esposa guapa, atractiva, incluso una esposa que cerrara los ojos ante las infidelidades, algo que las mujeres, según él, no podían comprender.

Durante el vuelo a Londres un dolor de cabeza intenso se apoderó de ella. Atravesó el aeropuerto a tientas, y prácticamente llegó arrastrándose hasta su casa. La criada, al verla llegar con esa cara, rápidamente cerró las cortinas y la ayudó a acostarse. En la soledad, Leah lloró amargamente, sin pensar en nada, simplemente lloró y lloró.

A la mañana siguiente se sintió fuerte otra vez. Y fue capaz de hacer planes y cumplirlos. La única joya que tenía que le pertenecía enteramente era un collar de diamantes que había pertenecido a su abuela materna. Era lo único que podía ayudarla a conseguir la libertad. Necesitaba dinero para vivir hasta que se acostumbrase al cambio y pudiera ver qué podía hacer. Y si bien sabía que iba a ser una sorpresa para Nik, no dudaba que sería una tarea difícil para ella adaptarse a la nueva situación.

Al salir de casa de Nik, Leah no llevaba nada de lo que perteneciera a su antigua vida: ni tarjetas de crédito, ni joyas, ni trajes de noche. No tenía derecho al dinero de Nik, ni a que él la mantuviera. Después de todo, no había sido su esposa de

verdad. Entonces, ¿por qué iba a pedir el divorcio de él, si podía pedir la nulidad matrimonial? Su matrimonio había sido producto del chantaje. Su disolución iba a ser muy sencilla seguramente.

Vendió el collar de su abuela en una joyería. Le dio pena, y se sintió culpable por ello. Pero esperaba que su madre, si la veía desde arriba, la comprendiera.

Nuevamente en casa, buscó en los armarios la ropa más sencilla que tenía, vaqueros, faldas. Buscaría un hotel pequeño hasta que pudiera encontrar algo más barato para vivir. Y después buscaría trabajo, cualquier trabajo. De ninguna manera sería, como había dicho Nik, como un recién nacido desprotegido.

En ese instante, sonó el teléfono interno. Era Petros, informándole de que tenía una visita abajo esperándola. Un tal señor Woods. ¿Había ido Paul a su casa? Leah no podía creerlo. Como no había llamado la noche antes, ella había creído que él no se encontraría en casa, y había intentado llamarlo más tarde, sin dar con él, cuando había tomado la decisión de abandonar a Nik.

Paul estaba de pie en la sala, mirando un cuadro de Picasso, el pintor preferido de Nik.

- ¡No tendrías que haber venido!

- ¿Es auténtico? – preguntó Paul señalando el cuadro.

- Sí – tenía tantas cosas que contarle que no sabía por dónde empezar. Y además, no sabía qué cosas contarle y qué cosas reservarse. Notaba que, absurdamente, tenía un cierto sentimiento de lealtad hacia Nik. No le gustaba ver a Paul en casa de Nik. No le parecía bien, simplemente. Y tal vez por ello no podía echarse en sus brazos.

- Me han dicho anoche que no estabas en casa, cuando te he llamado.

- Pero estaba.

- ¿Sería Nik el responsable de que le hubiesen dicho eso a Paul? ¿Significaba que a partir de ese momento sus llamadas iban a ser controladas y censuradas? De todos modos ya no importaba. Se iría de allí.

- Le he dicho a Nik que quiero el divorcio. Hoy me voy de esta casa.

Paul sonrió, atravesó la alfombra del salón y le dijo:

- Querida, ¡es fantástico!

Cuando intentó besarla, Leah se apartó nerviosa.

- No, aquí no. No me parece bien.

Paul se rió y dijo:

- Espero que te sientas mejor en mi apartamento esta noche.

- Paul, no me voy a vivir contigo.

- Sí, podría ser perjudicial para tu divorcio. Tienes razón. Eres una chica sensata. Después del comportamiento de tu marido, no entiendo cómo puedes sentirte culpable de la pareja. Eso podría afectarte en el convenio de divorcio.

- No quiero nada de Nik.

- No seas tonta, Leah. Ya sé que tienes la herencia de tu padre, pero...

Leah se puso tensa. ¿Por qué no hablaban más que de dinero? «Una larga trayectoria en la caza de mujeres ricas», las palabras de Nik volvieron a su mente.

- Ése es un tema del que tenemos que hablar.

- Lo digo por ti. Tú no estas acostumbrada a las estrecheces. No soportaría ser el responsable de que te vengas a menos.

- No lo serás. Seré libre y seremos como cualquier otra pareja. Es mejor que te vayas ahora. No debieras estar aquí – Leah fue razonable.

- Relájate, por el amor de Dios – Paul iba de un lado a otro de la habitación, observando los muebles antiguos y los cuadros.

- ¿Cuántas de estas cosas son tuyas? – preguntó con un suave silbido de admiración.

Leah vio en los ojos de Paul una mirada de avaricia, y una cierta excitación reprimida ante lo que veía. Al notarlo. Leah sintió que algo moría en su interior.

De pronto miró el escritorio pequeño y elegante de su madre. Era el único mueble suyo. Se lo había regalado su padre cuando se había casado. Pero se sentía muy disgustada por la actitud de Paul para pensar en los recuerdos de familia.

- Ninguna. De hecho, firmamos un acuerdo prematrimonial por el que renunciaba a estas cosas – mintió Leah -. ¿Y sabes cuál era el asunto de la herencia de mi padre en París? Que el dinero va a tener que emplearse en saldar deudas.

- ¿Deudas? Estas bromeando.

- No. Cuando me vaya de esta casa no tendré un centavo.

- ¡Pero eso no me lo habías dicho nunca! – exclamó él, y se calló repentinamente -. Antes de irte debieras pensar bien este asunto. Bien sabe Dios que sólo quiero lo mejor para ti...

- Por supuesto – interrumpió ella.

- Me sentiría realmente mal si tú renunciases a todo esto por mí. Lo que quiero decir es que... ¿Y si las cosas no funcionaran entre nosotros? Si te soy sincero, es demasiada responsabilidad para mí. Debemos pensar muy bien lo que hacemos.

Entonces dijo que tenía una cita. Era evidente que quería irse para pensar a solas lo que ella le había dicho.

Leah se sintió estúpida, decepcionada. Era evidente que Paul quería que se divorciara de Nik pero siempre que se llevara consigo el dinero de él.

Subió y terminó. Paul iba a desaparecer de su futuro, pero tampoco quería a Nik en él. Dejaría atrás el pasado. Ya no necesitaba ningún hombre en quien apoyarse. Todos los hombres la habían manipulado, desde su padre, pasando por Nik, hasta Paul. Y ella los había dejado hacer. Sintió una furia incontenible.

Bajó sus maletas, llamó a un taxi. Boyce se preparó para acompañarla.

- No te necesito. Abandono a Nik.

Boyce se quedó pasmado. Pero pronto se enterarían todos.

Llegó el taxi. El taxista fue de gran ayuda en sugerirle un hotel. Al bajar compró el periódico. Lo primero era encontrar un lugar dónde vivir, y un trabajo.

Esa noche, a las diez, golpearon la puerta de su habitación. Cuando fue a abrir se encontró a Nik. Intentó cerrar la puerta nuevamente, pero sus manos fuertes se lo impidieron, forzándola a retroceder.

- ¿Cómo sabías dónde estaba?

- Boyce tuvo la brillante idea de seguirte – dijo Nik cerrando la puerta y apoyándose en ella.

- No tiene derecho a hacerlo – dijo ella amargamente.

- Él trabaja para mí. Y tú eres el objetivo número uno para cualquier secuestrador. Ha hecho lo que debía. Como yo, que voy a hacer lo que debo hacer.

- ¿Y qué se supone que es?

- No dejarte marchar.

Leah sintió un frío que la recorría de pies a cabeza.

- Eres como un perro que entierra un hueso y se olvida de él. ¡No tenías el más mínimo interés en ese hueso hasta que vino otro a desenterrarlo!

- Eres mi esposa.

- ¿Desde cuándo? ¿Crees que alimentándome y vistiéndome ya está todo cubierto? Bueno, puedes quedarte con tu ropa y tu comida y tu asqueroso dinero. No quiero nada. Igual que no te quiero a ti.

- Tú siempre me has querido...

- Has perdido el tren. Te he olvidado hace mucho tiempo – dijo Leah con una alegría llena de resentimiento.

- Pero aún quieres que pague por mi actitud –dijo Nik con rabia contenida -. Por eso te vas sin siquiera decírmelo. Ni siquiera una nota...

- ¿Y qué esperabas? Un «querido Nik, han sido unos cinco años horribles, adiós»?

- Lo has traído a mi casa – murmuró Nik bruscamente.

Leah se puso blanca, y se quedó muda ante la noticia de que Nik sabía que Paul había estado en su casa.

- Y seguramente no te hubiese importado llevarlo a nuestra cama también.

Leah se rió cínicamente. Por fin tendría la oportunidad de decirle algunas cosas.

- ¡Jamás hemos tenido una cama nuestra!

- ¡Basta ya! Estoy tratando de no perder los estribos – dijo Nik tensando los músculos de la boca.

- ¡Me da igual! Quiero que te vayas.

- No me iré sin ti.

- ¿Por qué? ¿Qué tengo yo de especial? ¿Por qué no te vas con todas esas mujeres con las que andas? ¿O crees que no me entero del todo de lo que pasa aquí? ¿O es que todas esas chicas atractivas eran una tapadera como lo era nuestro matrimonio? ¿Por qué quieres que me quede? ¿Es que eres homosexual y te sirvo para cubrir las formas?

En el mismo momento en que ella pronunció esas palabras, se arrepintió de ellas.

Los rasgos de la cara de Nik parecían a punto de estallar de furia.

- No... Homosexual no – mientras lo decía se quitó la chaqueta y se aflojó la corbata -. Tal vez necesites una demostración...

Leah sabía que no había peor insulto para Nik, y en cierto modo se sentía satisfecha por haberlo disgustado tanto como él a ella.

- ¿Qué estás haciendo?

- Algo que debí hacer hace años – Nik se quitó la camisa dejándola junto a la chaqueta.

- ¿Puedes volver a ponerte la ropa, por favor? – dijo Leah titubeando, y sabía perfectamente que sus palabras sonaban ridículas, un hecho que poco la ayudaba en esa situación.

- ¿Te asusta ver algo que tal vez te guste? ¡Dios! Y pensar que estuve a punto de malgastar mi tiempo en cortejar a mi esposa. ¡Pensar que había pensado en hacer cosas estúpidas, como comprarte flores o invitarte a salir! Sube a esa cama.

- ¿Te has vuelto loco?

Antes que pudiera moverse, Nik la había alzado y la había depositado en un diván que había detrás de ella. Se subió encima de ella con tanta rapidez que no le quedó ni la más mínima esperanza de poder escapar. La situación la sobrepasaba.

- Eres mi esposa – la voz de Nik sonó como un gruñido, y por el tono empleado parecía que con esa afirmación estaba justificado.

- ¡Sal de encima! ¡Me estás aplastando! – le gritó Leah furiosa, rechazándolo con fuerza.- Ve a buscarte una chica guapa de las tuyas. Por lo menos con ella no necesitarás mentir.

- No miento. ¿Cómo iba a mentir?

Nik se apretó contra ella, metiendo una de sus piernas entre las de ella. Se movía desvergonzadamente, haciéndole notar la dura protuberancia de su masculinidad.

- No es ninguna mentira.

- Eres desagradable. – le dijo ella acalorada, mientras notaba un calor entre sus piernas.

- Te deseo – dijo él hundiendo su boca en la curva del cuello de Leah.

- ¡No! – dijo Leah con pánico, a la vez que sentía que una espiral de sensaciones de calor se apoderaba de ella.

Él levantó su cabeza morena, y la miró con deseo. Entonces la besó apasionadamente, con un gesto que indudablemente quería expresar su posesión sobre ella y un intento por dominarla. Y ella lo sabía perfectamente; y luchaba por no sentir lo que sentía. Pero en cada movimiento de su lengua, él le demostraba que ella quería más y más. Leah alzó las manos hasta la piel satinada de los hombros de Nik, abrazándolo.

Rodaron por la cama, y él le quitó la camiseta, dejando al descubierto sus senos, que al rozar el vello del pecho de Nik le hicieron articular un gemido salvaje. Un segundo después, ella estaba echada de espaldas nuevamente, y las manos de él acariciaban las tiernas colinas que había descubierto un momento antes.

Ella cerró los ojos. Le faltaba el aliento, y la había abandonado totalmente su parte racional. La boca de Nik por fin alcanzó los pezones, y ella se arqueó de placer, con una ferocidad que jamás había conocido antes. Su corazón galopaba. Nik la acariciaba con la lengua y con los dientes, atormentándola con el placer de su boca en los pezones, que ya se habían erguido para él.

Entonces ella dirigió sus propios dedos a la cabellera de Nik, y gimió por la oleada de sensaciones que la invadía.

- Eres mía.- dijo él en un gemido, de manera que ella apenas se dio cuenta que hablaba en inglés.

De todos modos ella no lo estaba escuchando atentamente. Entonces Leah alzó la cabeza y tocó la boca sensual de él con sus labios, y luego, de manera más descarada, con la punta de su lengua, imitó inconscientemente lo que él acababa de enseñarle. Nik se estremeció y aceptó la invitación, reaccionando con una pasión que la desbordó. Los brazos de él la apretaron tan fuerte, que apenas podía respirar.

Rodaron nuevamente, envueltos en una excitación que ninguno de los dos podía controlar.

Leah oyó el desgarró de la voz de Nik. Ella estaba perdida totalmente en la ola de calor y la fragancia de su cuerpo. Él estaba tan excitado, que su fragancia era como un afrodisíaco que le ponía la piel de gallina. Cada parte de su cuerpo musculoso en contacto con la piel de Leah la volvía loca de placer. Cada caricia era una incitación a más.

Sus pechos se habían vuelto increíblemente sensibles de pronto, y él jugaba con ella con la maestría erótica que lo caracterizaba. Nik jugó también con los rizos de

su pubis, y se adentró en el corazón de su feminidad arrancándole un gemido de placer.

Ella no podía quedarse quieta; no dominaba sus miembros. La ola de deseo se había apoderado de ella. Sus caderas se movían con un ritmo que acababa de descubrir. Una sensación de placer casi intolerable iba creciéndole, hasta que por fin la obligó a pronunciar el nombre de él una y otra vez.

Nik dijo algo en griego y gimió contra su boca roja e hinchada de ella. -«No puedo esperar».

Entonces él entró donde ella más lo deseaba. Le subió las piernas con impaciencia, deslizándose por la tierna bienvenida que ella dispensaba gracias a los preparativos de él. Abrió los ojos grandes, sus ojos azules, intensos de pasión. Podía sentirlo, tan caliente, como suave y duro a la vez y por momentos tan amenazadoramente masculino. Ella buscó los rasgos tensos de la cara de Nik, y por un momento vio en él tal expresión de vulnerabilidad, que su corazón dio un respingo. Y entonces le deseó tanto que casi le dolió.

Él entró en ella lentamente, suavemente, con un gemido ahogado por momentos. Ella sintió un leve dolor, que se le olvidó en medio de una tormenta de desenfrenada pasión que la derritió por completo. Cada vez sentía más, e iba en busca de una nueva satisfacción. Él se movió más rápido. Ella lo abrazó. El corazón de Leah bombeaba cada vez más rápido, y entonces ocurrió una explosión de calor y placer que la transportó, dejando su mente en blanco.

*S`agapo... s`agapo* - dijo Nik penetrando en ella violentamente, luego su cuerpo entero tembló, con espasmos de placer, con toda la fuerza de quien por fin se deja arrastrar.

Leah aún no había vuelto a la tierra, seguía flotando en su propio placer. Se pegó a él, oliendo su fragancia, presionando sus labios sobre los morenos hombros de él. Se fue la luz. Y un silencio cayó sobre los dos. Leah estaba exhausta, y pasó de la irrealidad al sueño, con el cuerpo extendió encima de Nik.



## CAPITULO 5

Oyó la voz de Nik, hablando en griego. Pero ella estaba en la cama, ¿cómo era posible? Pestañeo para volver a la realidad. Luego centró su atención en Nik. Estaba de pie, mirando por la ventana, con un teléfono móvil en una mano. Leah se sintió confusa. A su mente acudieron imágenes de la noche anterior.

No podía explicar cómo había ocurrido. Eso era lo peor. Primero le había estado gritando furiosa, y luego...

Mientras se ponía rígida debajo de las sábanas, unos músculos poco familiares se quejaron y una leve molestia le recordó toda la pasión que había surgido entre ambos la noche anterior.

Leah se sonrojó. De no ser porque Nik estaba presente, hubiera pensado que era un sueño. O una pesadilla...

De pronto sintió cierta identificación con las atractivas chicas que rondaban a Nik, pero ella seguramente esta a la cola.

Porque las chicas de Nik seguramente sabrían en qué se metían. Y ella, en cambio, había sido apartada de su camino sin saber cómo. Había tomado la decisión de abandonar a Nik y eso le había dado fortaleza. Pero entonces él la había llevado a la cama, la había besado, e inexplicablemente la balanza de poder se había inclinado del lado del enemigo. Porque él era el enemigo. Cualquier persona capaz de reducirla a ese nivel era el enemigo.

Su vista, por otra parte, se recreaba en él. En su cabellera negra, en el ancho de sus hombros que dibujaba la tela de la chaqueta, en las caderas estrechas que en ese momento dibujaban las manos que se metían en los bolsillos del pantalón del traje, en las piernas largas que se separaban levemente. Entonces comprendió cómo había ocurrido.

Se dio cuenta entonces, de que había reprimido toda atracción sexual por Nik, como medida de autodefensa. Pero había sido peor, porque en el momento en que había tenido la libertad de aflorar, lo había hecho con suma intensidad. Se había traicionado a sí misma en brazos de Nik. Como siempre había dicho él que ocurriría.

Sintió ganas de llorar. Pero se abstuvo.

Nik se dio la vuelta, y fue hacia la cama. El depredador le sonrió. Tenía un aire de autocomplacencia, y la miró expresándosele. Se sentó entonces al borde de la cama, y le dijo:

- Es una mañana estupenda.

Ella oyó la lluvia golpeando en los cristales.

- En Atenas – agregó -. Y si me dices que no vas a venir... no, no te atreverías. No, después de lo que ha ocurrido anoche.

- Eso fue sexo, nada más – dijo Leah con gesto severo.

Nik sonrió y bajó la cabeza para decirle:

- Sólo sexo no. Sexo fabuloso, maravilloso, increíble. Si no fuese porque el *jet* nos está esperando, seguiría en la cama.

- Ayer te he dejado – dijo Leah con los dientes apretados.

- ¡Dios Mío! Y hoy estamos más cerca que nunca. La vida es impredecible. Piensa en esto como si fuera el primer día de nuestro matrimonio.

- ¡Es lo más nauseabundo que se te puede ocurrir! No quiero ir a Atenas – protestó Leah.

- Pero lo harás – le dijo él incorporándose -. Mi familia se reunirá para conocerte en casa de mi madre. No me importa si tengo que llevarte a rastras y gritando todo el tiempo. ¡Para que lo sepas, has tomado la decisión anoche!

- Lo has hecho a propósito – se quejó Leah.

- Sí – contestó él-. Bueno, y ahora, ¿por qué no te vistes? Le di instrucciones a la criada para que te hiciera el equipaje. Pensé que lo que tuvieras aquí no te serviría para Grecia.

Leah se incorporó en la cama. Se sentía mal realmente.

Fue al cuarto de baño. Su propia estupidez la había llevado a este suplicio.

Ella había creído que Paul esta enamorado. ¿Había sido Paul para ella una forma de evasión de su matrimonio? ¿Lo habría utilizado para sentir las fuerzas necesarias para abandonar a Nik? Porque la idea de que alguien la amaba le había dado fuerzas, le había dado confianza en sí misma.

Paul no la amaba. Pero, ¿ella lo había amado realmente?

Había sido muy doloroso descubrir que él la había visto solamente una vez como un objetivo rentable. Pero, ¿lo añoraba ella todavía? No. Todo había terminado. No quería volver a ver a Paul. ¿Lo había amado realmente? ¿O había sido producto de su gran soledad?

El baño estaba caliente. Leah se sentía débil, indefensa y mareada.

Lo que había sucedido la noche anterior había sido un error incalculable. ¿Debía soportar ahora la vergüenza de seguir al lado de Nik aún a sabiendas de que ella consideraba ese hecho como lo peor que podía ocurrirle?

Reunió fuerzas para ponerse de pie y salió del baño. Entonces se apoyó en la puerta para no caerse. Nik la miró extrañado y le preguntó:

- ¿Ocurre algo?

- Me parece que tengo gripe. Pero no es nada importante... – respiró hondo y agregó - Me quedo aquí. No volveré contigo.

- No te encuentras bien. No sabes lo que dices – la interrumpió Nik -. Te llevaré yo al coche.

- ¡No! – dijo ella con lágrimas en los ojos, y a punto de desfallecer -. ¿No me has oído? Tú no eres un hombre para mí.

Nik la alzó en brazos al ver que ella se quería apartar de él.

- ¡Por favor! – no podía hacerlo razonar para que la soltara -. No quiero ir contigo. Quiero quedarme aquí.

- ¡Dios! ¿Lo estás esperando, no es así? – preguntó él furioso -. ¡Si no estuvieras mareada te sacudiría!

Las maletas ya no estaban en la habitación, pudo comprobar ella con horror, mientras Nik abría la puerta de la habitación con una mano y con la otra la sostenía firmemente.

- ¡Déjame marchar!

- Si te dejas marchar, te caerás al suelo – dijo él y luego agregó un sonido gutural en griego, con una expresión dura mientras presionaba el botón del ascensor con violencia.

- Quiero el divorcio. ¡No quiero ir a Grecia! – dijo ella con pánico.

- Debieras haberlo pensado anoche – dijo él entrando con ella en brazos al ascensor.

- ¡Fue un error! ¡Bájame!

- No sabes lo que haces ni lo que dices – Nik la sujetó con firmeza, sin siquiera concederle una mirada.

- Sé... – no podía hablar casi. Pero hubiese gritado, de no ser porque había perdido las fuerzas tanto físicas como psíquicas, a cuenta de sus conflictos emocionales -. Te odio – dijo finalmente.

Nik la llevó en brazos hasta el *jet* y luego la envolvió en una manta. Algo más tarde. Leah oyó una voz que le resultó familiar.

- ¡Pobrecita! Me da tanta pena – no parecía sincera la mujer.

Reconoció a la azafata que le daba un vaso a Nik, y cuando éste la incorporó para darle un trago, agregó.

- Está fatal...

- Bebe. Te hará sentir mejor – la incitó Nik.

No había nada que pudiera hacerla sentir mejor. Nik se estaba aprovechando de su enfermedad. Bebió, porque supuso que ningún argumento le valdría a él. Lo que había hecho él no era mucho menos que un secuestro.

No puedo dejarte sola en el hotel en estas condiciones – murmuró él, como si hubiera leído los pensamientos de ella.

- ¡No te perdonaré jamás! ¡Ojalá te contagies! – titubeó Leah.

Inesperadamente, Nik se rió, mientras le rodeaba los hombros con sus brazos, como si desafiara el contagio. Nik nunca estaba enfermo. La idea lo divertía, porque tenía una salud de hierro.

A partir de ese momento. Leah perdió totalmente la noción del tiempo. Tampoco distinguía entre el sueño o la vigilia. ¿Había dormido?

Unas voces en griego le hicieron suponer que habían aterrizado. Sería el aeropuerto, pensó con amargura, y hundiéndose en una espantosa sensación de fracaso.

Una discusión la puso alerta. Alguien la apoyó sobre algún sitio, le levantó la manta, le puso el termómetro en la boca. Sus ojos se fijaron en un cielo raso blanco. Pensó entonces que se había equivocado. No era el aeropuerto. Debía ser un hospital. Oía la voz de Nik. Parecía enfadado, disgustado. Y la voz que antes parecía enojada, de pronto se había suavizado. Era una voz femenina muy expresiva. Con gran esfuerzo, Leah giró la cabeza para ver quien era.

Una mujer vestida de blanco estaba rodeada por los brazos de Nik. Ella le acariciaba el pelo negro y también la cara, y en ese momento se disponía a darle un beso. Leah cerró los ojos impresionada ante aquella visión.

Alguien le quitó el termómetro momentos después. ¿Se lo habían quitado enseguida, o había pasado algo de tiempo? Por momentos estaba inconsciente. La siguiente vez que abrió los ojos, la mujer le estaba dando algo a Nik, y esa vez pudo verla bien. Era una mujer bonita, de piel clara y ojos negros, que miraba a Nik con extrema calidez. Leah tosió fuerte. Ellos entonces se dieron vuelta para mirarla.

- Pensé que estabas dormida. Ésta es la doctora Kiriakos... – dijo Nik.

- Eleni – agregó su acompañante forzando un tono de informalidad con él mientras a Leah le habló con frialdad y distancia profesional -. Me temo que vas a sentirte algo peor antes que haya una mejoría, Leah.

Leah cerró los ojos, para autoprotgerse.

Pero ya se sentía peor. Estaba totalmente sudada, la cara, el pelo, la ropa. Le dolía todo el cuerpo. Tenía ganas de llorar, pero no tenía la fuerza para hacerlo.

¡Dios! Nik la había llevado a que la atendiese su amante. Sólo él podía ser tan cruel.

- Estaba muy asustado realmente. Parecías tan enferma. Pensé que podía ser neumonía o algo así. No sabía qué hacer. Estaba aterrado.

¿Aterrado, Nik? Era una imagen de Nik que no lo encajaba. Entonces, Nik volvió a hablar en griego con otra mujer, más joven, más dulce, y más expresiva. Le pareció que discutían acaloradamente. Pero Leah nuevamente se desvaneció.

Había una mezcla de ruidos de fondo. No podía distinguir de dónde venían. La mente de Leah era un caos de imágenes y sentimientos. Había tenido fiebre. Había transpirado y había estado con tiritona durante un tiempo que ella no podía determinar. El día y la noche se le mezclaban indistintamente.

Recordaba que la habían secado y lavado con una esponja repetidas veces, pero que había sido incapaz de hablar a causa de su debilidad. Recordaba también la silueta de Nik en la penumbra de una habitación desconocida. Nik sentado con expresión asombrosamente preocupada en la luz del amanecer. También había habido más gente, pero le costaba recordarlo.

Abrió los ojos. Una criada corrió las cortinas de un ventanal que dejó a la vista un cielo espléndidamente azul. Entonces la luz del sol la cegó, y tuvo que darse la vuelta. En ese momento se dio cuenta de que afortunadamente no le dolía la garganta, ni la cabeza, y que su cuerpo no se resentía con cada movimiento. La puerta se cerró. Tuvo ganas de darse un baño.

Intentó sentarse. Pero el cuerpo no le obedeció. Con un gemido de impaciencia, estiró las piernas para alcanzar la mullida moqueta. Era una habitación grande. La luz de una lámpara le hacía difícil distinguir los contornos.

Apoyándose en la cama, decidió ponerse de pie. Pero se tambaleó como un borracho, admitiendo entonces que no se encontraba tan bien como ella había creído. Pero la obstinación la llevó a la *suite* anexa a la habitación.

Descubrió entonces accidentalmente su cara en el espejo del baño. Estaba horrible. Pálida, demacrada, el pelo en una madeja lacia y húmeda. Haciendo un esfuerzo se inclinó para abrir el grifo de la bañera. Por lo menos si estaba limpia se sentiría algo mejor.

- ¡Dios! ¿Qué demonios estás haciendo? – Nik se puso a un lado de la bañera.

Se erguía alto y elegante. Su aspecto la intimidaba, estaba atractivo con su traje color crema, que no hacía sino acentuar el color de su piel oscura.

- ¿Estás loca? ¡Deberías estar en la cama! – tronó la voz de Nik, no satisfecho con haberla asustado al encontrárselo.

- Quiero bañarme – dijo ella extremadamente débil. Por momentos le parecía verlo al lado de Eleni Kiriakos.

El corazón de Leah pareció detenerse. Y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

- ¿Vas a darte un baño cuando apenas puedes ponerte de pie? - dijo él inclinándose para alzarla.

Leah estalló en llanto, desconcertándolo tanto como a sí misma. En ese momento pareció relajarse la tensión y ambos se abandonaron sorpresivamente a la expresión de sus sentimientos, como si alguien hubiese abierto de pronto la compuerta que los frenaba con firmeza.

Su efecto fue asombroso.

Nik soltó algo en griego, la alzó aun más y la acunó durante un segundo, mientras se disculpaba por haberla hecho sentir tan mal y le aseguraba que por supuesto que podía tomar un baño si tanto lo quería. Se trataba sólo de que ella había estado tan enferma, que él se había puesto muy tenso, y que tenía miedo de que pudiera descuidarse y tener una recaída. Nik parecía ponerse de rodillas, metafóricamente. Ella lo desconocía totalmente.

Diez minutos más tarde, Leah se metía en la bañera, y si no hubiese sido por la imagen de la doctora que se le aparecía por momentos, podría haberse sentido conmovida por la preocupación que parecía tener Nik. No podía entender, ahora menos que nunca, que su enfermedad la había dejado en un estado de confusión mayor, por qué Nik la había querido llevar a Grecia en un intento de hacer valer su matrimonio que no había valido nada desde el principio.

El lavado de su cabello la había dejado exhausta. Al salir del baño no se resistió a que Nik la llevase hasta la cama. Y a decir verdad le asombraba con la paciencia que la había esperado.

- Oigo el mar - dijo ella, identificando finalmente el sonido de fondo como olas.

- ¿Te acuerdas de algo del viaje hacia aquí? – le preguntó él mirándola fijamente.

- Nada – contestó ella en un suspiro.

- No estamos en Atenas. Como estabas enferma, no tenía sentido llevarte a casa de mi madre. Así que te traje aquí en lugar de llevarte allí.

- ¿Dónde es *aquí*?

- Tratos, una pequeña isla que compró mi padre poco antes de su muerte. Es el lugar perfecto para que te recuperes.

- ¿Una isla? – Leah se llevó la mano a la frente. La enfermedad no la dejaba pensar con claridad. Pero había algo que estaba claro por lo menos; no sabía nada de su marido, con quien llevaba casada cinco años.

Una criada sonriente los interrumpió para traer el desayuno. El estómago de Leah se alertó ante la vista de la bandeja, y entonces se dio cuenta de lo hambrienta que estaba.

- ¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí? – preguntó.

- Dos días...

- ¿Dos?

En ese momento golpearon la puerta. Entró una adolescente con pantalón corto, un gracioso top, y el cabello colgándole en rizos negros.

- Veo que estás mejor...

- Leah, esta es mi sobrina, Apollonia...

- Me llaman Ponia – interrumpió la joven -. Fui a recibirte al aeropuerto, pero seguramente no me recordarás. Estabas prácticamente inconsciente.

- Recuerdo tu voz – sonrió Leah, contagiada de la simpatía de la muchacha.

Leah volvió a sentir la embarazosa sensación de no conocer nada acerca de Nik. Era la sobrina de Nik. Podría tener docenas de sobrinas.

- Leah tiene que descansar. Es mejor que no le hables mucho – le advirtió Nik.

- Ponia se puso colorada, obviamente avergonzada por el comentario que ponía en evidencia su verborrea.

- Pero me gustaría mucho tener un poco de compañía – protestó Leah.

- ¡Asombroso! Pensé que serías mayor. O tal vez seas mayor de lo que aparentas. ¿Qué edad tienes? – preguntó Ponia.

- Ponia... – dijo Nik.

- Veintidós.

- ¿Te casaste a los diecisiete? – Ponia abrió los ojos grandes de asombro y miró a su tío.- ¿Y tú estás de acuerdo con mis padres en que diecisiete años es poco para salir seriamente con un chico? – le preguntó molesta.

Leah reprimió una risa al ver el gesto de Nik avecinando una tormenta, y salió en ayuda de la graciosa adolescente, cambiando de tema.

- Hablas inglés perfectamente, Ponia.

- Voy al colegio en Inglaterra. Me hubiese gustado saber tu edad. Te hubiese ido a visitar y te hubiese conocido hace años... A pesar de lo que todo el mundo decía.

Entonces Nik dijo algo en griego. Ponia se puso rígida, y su hermosa cara se tensó al mismo tiempo que bajaba la cabeza.

- ¿Qué habría dicho la familia Andreakis de la esposa de Nik, a quien no conocían?

- No dejes que te canse – dijo Nik resignado, yendo hacia la puerta.

- Los hombres son un poco pesados, a veces – murmuró Ponia, y luego le dedicó una risita a Leah.

- ¡Tienes razón! – dijo Leah riéndose, al mismo tiempo que se daba cuenta de lo deprimida que había estado hasta la llegada de Ponia.

- Me ha costado convencerlo para que me dejara venir a verte. Nik siente siempre pena por mí por el aburrimiento que sufro cuando vengo a ver a mi familia en vacaciones.

- Supongo que todos tus amigos están en Inglaterra...

- ¡Oh! No es eso. Es que en mi familia son todos unos viejos. ¡Viven en el siglo pasado!

- ¿Tus padres?

- Bueno, me parece que son los más jóvenes. Algo más de cincuenta años...

- ¿Los más jóvenes? Nik tiene treinta. ¿Tu madre, o sea su hermana, es tan mayor?

- Y sus otras hermanas son aún más viejas. Mi abuela tiene alrededor de setenta, o un poco más.

Leah siempre había pensado que Nik sería el mayor de sus hermanos. Pero parecía que había sido un hijo tardío. Era extraño que hubiese una diferencia de veinte años entre hermanos.

- Si hubiese sabido cómo eras... tenía mucha curiosidad por conocerte.

- ¿Por eso me fuiste a recibir al aeropuerto?

- No. Eso era para decirte que eras bienvenida. En mi opinión la familia te ha tratado muy mal.

Leah sorbió el café.

- Yo...

- Y tú tenías entonces la edad que yo tengo ahora – continuó la chica, mientras se levantaba de la cama e iba hacia la ventana -. Yo me hubiese sentido muy mal si la familia de mi marido no hubiera querido saber nada de mí... ¡me hubiera dolido mucho, y hubiera estado furiosa con ellos!

Por lo que parecía, Nik no la había mantenido alejada de su familia por propia decisión, sino que su familia la había rechazado. Pero ella no sentía ni pena ni furia. Pero su matrimonio no había sido normal. No debía preocuparse por algo como la

falta de interés de su suegra, o su distancia hacia ella. Tenía cosas más importantes en qué pensar. Pero se alegraba de no ser una extraña para ellos...

- No estoy furiosa – dijo secamente.

- Pero era tan injusto... No tenías la culpa de que Nik se enamorase perdidamente de ti, y dejase a Eleni Kiriakos. Quiero decir, que hubiese sido peor que se enamorase de ti después de que se hubiese casado con ella.

Por suerte, Leah se libró de contestarle, porque una criada entró para dirigirse a Ponia.

¡Dios! ¡Mi madre al teléfono! – protestó la joven -. Seguro que no hará ninguna pregunta, pero intentará sacarme toda la información que pueda sobre ti. Ella adora a Nik... frunció el ceño, y por primera vez se fijó en la palidez de Leah -. Deberías dormir un poco. Se te ve cansada. Te veré luego.

«Increíble», pensó, después de oír semejante revelación. Y sintió también que empezaba a salir de su estado de aletargamiento. Entonces se mordió los labios, para evitar un grito de asombro.

## CAPITULO 6

Leah no salía de su asombro. Nik y Eleni. Eleni y Nik. Hacía cinco años habían estado a punto de casarse. Hasta que el padre de Leah había intervenido en la elección. Sintió vértigo ante el significado de este hecho.

Eleni y Nik eran amantes. ¿Por qué insistía en que ella siguiera siendo su esposa? ¿Por qué había rechazado su propia libertad? ¿Por quería casarse con Eleni? ¿O estaba satisfecho con mantener a la buena doctora como amante? Una amante que no se reprimía en presencia de su esposa...

Leah se estremeció. No había nada en el juramento hipocrático que impidiera semejante comportamiento. ¡Ahora comprendía por qué Nik no había querido decirle todo lo que le había costado su boda con ella!.

Él decía odiarla. No podía ser de otro modo. Y ahora se estaba vengando.

Leah hundió su cara en la almohada, con la sensación de ser la más desgraciada y estar más sola que nunca. Del mismo modo que Max Harrington había manipulado la vida de Nik forzándolo a una vida que él no había elegido, cinco años atrás, ahora Nik quería que su hija sufriera el mismo destino presionándola para permanecer a su lado.

Nik se había sentido atraído por su esposa el día que ésta le había dicho que estaba enamorada de otro hombre. Hasta entonces había creído que ella aún lo amaba, y la había estado castigando con su indiferencia para que pagase los pecados de su padre.

Aun no sabía que Paul había desaparecido de su vida, pero estaba dispuesto a conseguir que así fuera. Tal vez por lo de «ojo por ojo, diente por diente». Él había sido privado de Eleni, quizás ahora quisiera que Leah también perdiese a su amor. Su padre siempre había sido inalcanzable a causa de su chantaje, pero ella era un objeto fácil para la venganza. Y Nik era un sádico. Incluso había representado el papel de hombre apasionado con ella, cuando ahora quedaba claro que había sido todo planeado para desquitarse. En su momento ella había pensado que él le había querido demostrar que podían tener un matrimonio *de verdad*, y que quería hacerla tambalear en su convencimiento de que amaba a Paul.

Pero ahora veía que el motivo por el que había hecho el amor con ella era aún más humillante.

Ella había caído en las redes de su maestría sexual. La había seducido para dejarla más confusa aún. Leah se sentía degradada por su propia vulnerabilidad.

El cansancio la había llevado a un sueño intranquilo pero largo. Se despertó pasada la medianoche, y se dio cuenta de que llevaba durmiendo doce horas. Era evidente que físicamente le había hecho bien, si bien se sentía muy hambrienta.

Se puso la bata y fue a buscar comida. Su mente vagaba por pensamientos oscuros y angustiosos cuando de pronto se encontró a Nik, silencioso, a su paso hacia la *suite*. Se llevó el susto de su vida.

- ¿Buscas un teléfono, pequeña?

En la penumbra, los rasgos de Nik parecían los de una escultura.

- ¿Un... teléfono?

- Por la duración de tus llamadas a Woods, pareciera que encuentras en ellas un buen sustituto del sexo – murmuró con insolencia -. Y llevas como cuarenta y ocho horas sin tu ración. De todos modos, si eso es lo que quieres, podría aceptar el desafío y llamarte desde un teléfono interno. Estoy dispuesto a demostrarte que también eso lo hago mejor que él.

- ¡Eres perverso!

- Me estás empezando a dar pena, tu pobre Adonis. ¿Cuánto lleváis juntos? ¿Dos meses y medio de manitas, suspiros, y dulces conversaciones?

- ¡Es cosa mía! – gritó ella apretando los dientes de rabia.

- Pero ya ves, me muero por conocer todos los detalles...

- Tengo hambre – dijo con debilidad.

- No creo que estuvieses hambrienta de él. Tal vez sí de un romance y de que te prestasen atención. Lo comprendo.

- Eres tan primitivo. ¡Deberías estar en una jaula! – Leah perdió el control ante la arrogancia de Nik.

- ¡Por lo menos me intereso de los motivos que te llevaron a sentirte atraída por un tipo de tercera clase como Woods! – le soltó él lleno de rabia.

- Tengo mal gusto, Nik. ¿No lo sabías? Después de todo una vez fui capaz de elegirte.

Leah se estaba poniendo cada vez más furiosa. Nik no estaba celoso de Paul, sino que se sentía herido en su orgullo de macho. No podía soportar que su esposa prefiriera a otro. Y no era momento para admitir que Paul era tan de tercera como Nik había dicho.

- Necesitas... – empezó Nik.

- Bueno, no necesito que me quites la ropa como la última vez.

Hubo un silencio impenetrable. Nik se quedó mirándola, y de pronto soltó una risotada. Leah estaba roja de rabia y desconcertada. Cuando hizo ademán de seguir su camino, él la retuvo y la devolvió a la habitación que acababa de salir.

- ¿Has dicho que tenías hambre, no? Pediré que te traigan comida – dijo abruptamente.

Nik la sentó en un sofá. Ella entrelazó sus manos en un gesto de ansiedad que pretendía sofocar la revolución interna que le producía sentirse bajo la influencia y el poder de Nik. Era imprevisible. Alguna vez eso le había atraído enormemente. Era tan distinto a ella. Pero ahora se daba cuenta del carisma que tenía. Lo había notado cuando se había reído.



¿Qué le extrañaba de la situación, entonces? Sí, era extremadamente atractivo, devastadoramente sexy, muy sexy realmente. No podía evitarlo. Él era así, simplemente. Lo había observado en fiestas, en cenas, cómo llamaba la atención de todas las mujeres. Y era algo que él sabía perfectamente. Probablemente su madre y sus hermanas lo adoraban. Así que natural que ella también se viera atraída por ese magnetismo. Y que una sola sonrisa suya la dejara indefensa. Era natural su reacción hacia él. No había nada más. Sólo que era una mujer, y que era humana.

- Me alegro de que te sientas mejor. Pero se te ve muy seria.

Leah respiró hondo, y descubrió en el rostro de Nik las huellas del estallido de humor que había expresado anteriormente.

- Tenemos que hablar.

- Es un poco tarde ya, pequeña.

Allí estaba el engreído de su marido. Nunca la había tomado en serio. Quizás no tomaba en serio a ninguna de sus mujeres. O tal vez fuera porque ella era rubia y pequeña, y una vez había estado loca por él.

Pero hacía cinco años él había alzado una pared de hielo entre ellos, y la había dejado en un mundo irreal que no era ni el de una mujer casada ni el de una soltera. Y ahora no se le ocurría que sus sentimientos pudieran haber cambiado, y ya no estuviera interesada por él. Ni lo mucho que había podido sufrir.

Nik había dado por hecho que ella no iba a sacrificar un mundo de privilegios para ganar su libertad. Pero esas eran las barreas que Leah tendría que romper.

- Nik, tenemos que hablar. Y si es posible, quisiera que no te pusieras furioso, ni que me amenazaras o fueras sarcástico.

Nik estaba apoyado en un escritorio, y la miraba con indulgencia, como quien mira a un niño que quiere demostrar su madurez a pesar de la obvedad de sus pocos años.

- Nik...

- Tu comida – Nik atravesó la habitación y fue a recibir la bandeja que le traía un sirviente.

- Come – le puso la bandeja en el regazo.

- Sé lo tuyo con Eleni Kiriakos.

- Ponia.- murmuró Nik casi inaudiblemente con el ceño fruncido -. ¿Qué es lo que sabes?

- Estabas comprometido con ella.

- Durante años – admitió él.

Leah miró la ensalada con apetito.

- Bueno, entiendo cómo te habrás sentido cuando Max te obligó a romper con ella, y perder a la mujer que amabas.

- El momento no era el mejor...

- ¿No era el mejor momento?

- Yo conocía a Eleni de toda la vida. Estábamos prometidos desde la adolescencia. No lo habíamos decidido nosotros. Había sido el deseo de nuestros padres, el acuerdo entre dos líneas de barcos. Eleni quería ser médica. Su padre no lo aprobaba, pero con mi apoyo le hizo ceder. Tanto Eleni como yo sabíamos que tarde o temprano íbamos a decepcionar a nuestros padres, pero mientras tanto jugábamos el papel que nos habían asignado.

- ¿Jugabais?

- Si hubiese dicho que no quería casarme con Eleni, su padre la hubiese obligado a casarse con otro y le hubiera impedido que siguiera sus estudios de medicina – explicó Nik -Eleni es una profesional entregada a su vocación, a la que se dedica al cien por cien. No tiene tiempo para otra cosa. No es el tipo de esposa que yo hubiese elegido, ni yo el tipo de hombre que ella hubiese deseado como marido.

Leah tragó saliva. Había algo que no casaba con la imagen que ella había visto en el hospital. Pero tal vez era el producto de una afectividad entre dos personas que se conocían de toda la vida, y que no se veían desde hacía años.

- ¿No estabas enamorada de ella?

- Hace tiempo creí que lo estaba. Pero en cuanto ella se sumergió en sus estudios, me di cuenta de que éramos incompatibles.

- Querías que se dedicara a ti exclusivamente.

- Me conoces bien.

- Simplemente era un comentario. ¿Y por qué has dicho que no había sido el mejor momento el de nuestra boda?

- El padre de Eleni me maldijo por cortar la relación a causa de la dedicación de Eleni a su profesión, y ella empezó a tener serios conflictos con su familia antes de que pudiera independizarse.

- ¿Y cómo reaccionó tu familia?

- Con horror y vergüenza ante mi comportamiento. Un compromiso es algo muy serio en Grecia, sobre todo para familias tan tradicionales como la mía. Me acusaron de deshonar el nombre de los Andreakis. Es cierto que el compromiso iba a romperse de todos modos, pero el que yo me casara inmediatamente con otra persona agrandó las cosas.

- Lo siento – dijo Leah pensando en su padre, que había manejado las cosas sin importarle el daño que pudiera hacer.

- Ahora es ya imposible. Eleni se casó con otro doctor el año pasado. Y ambas familias aplacaron su ira. Aunque no estaban dispuestas a concederme el derecho a elegir nuestras parejas, pienso que en el fondo sabían que no éramos el uno para el otro.

¿Por qué había malinterpretado una demostración de afecto amistoso entre dos personas? Tal vez porque no le habían enseñado a demostrar sus emociones, sino a mantenerlas inhibidas. Leah se quedó pensativa mientras comía lentamente la ensalada.

- Te comportas como si fuera invisible para ti. Cuando haces eso me dan ganas de romper cosas y gritar – dijo Nik.

- Es infantil...

Nik se encogió de hombros.

- Hay un niño en cada uno de nosotros.

Leah se quedó asombrada ante su contestación. No le había molestado aceptar su parte infantil. Nik era una caja de sorpresas.

- ¿Por qué no me dejas marchar?

- Eres mi esposa.

- No soy suficientemente buena para el papel.

- El certificado aun está por ahí – le recordó secamente él.

- Pero mi padre está muerto... Tal vez lo destruyó.

- No destruyó nada. Y Max era muy listo. Puede que lo desprecie, pero debo reconocerlo. ¿Quién sabe qué habrá podido planear? Ante la posibilidad de que nos

separásemos, seguramente alguien en alguna parte esté autorizado para usar ese certificado para hacerle daño a mi familia...

- ¡No seas paranoico! – murmuró Leah. Le empezaba a doler la cabeza.

- No es un riesgo que quiera asumir. Para él, hasta su muerte, tú estabas contenta con ser mi esposa. Y seguramente se aseguró de que lo pagase si se me ocurría divorciarme de ti.

De todas las razones que había imaginado para que Nik quisiera seguir unido a ella, la de que estuviera obligado a estar con ella eternamente era la peor. Y tal vez si no fuese porque ya estaba acostumbrado a esa condena, hasta se podría haber planteado que un accidente de ella podría liberarlo.

- Te has puesto pálida.

- Me duele la cabeza.

Recordaba la furia con que había ido a buscarla al hotel. Y se daba cuenta de que no tenía nada que ver con sentimientos personales. Simplemente no podía dejar que lo abandonase.

Ahora se daba cuenta de la verdadera dimensión de los hechos. Comprendía la rabia y el desasosiego que habría sentido él los primeros tiempos de su matrimonio. Y lo que habría deseado que ella se enamorase de otra persona en vida de su padre, para que lo dejara libre. Por eso la había acusado de ser estúpidamente fiel, obcecadamente fiel.

Leah quiso retirar la bandeja. Nik se inclinó para ayudarla.

- ¡Puedo sola! – dijo desencajada, pero él ignoró sus palabras.

Una vez que se acomodó nuevamente en la cama, se tapó con la sábana y se puso boca abajo, incapaz de mirarlo siquiera.

Se sentía sin una pizca de orgullo, sin un ápice de vanidad. En unos minutos, Nik había dado vuelta a todo. ¿Qué derecho tenía a pedirle la libertad? Le gustase o no, había sido su capricho por Nik lo que lo había llevado a esa situación. Ni siquiera Max la habría empujado a casarse con un hombre al que no amaba ni deseaba.

- Estarás más cómoda sin esa bata.

Leah se puso tensa. Por un momento se había olvidado de que él estaba aún en la habitación.

- Da igual.

- Necesitas descansar, dormir una noche de un tirón.

- De pronto sintió unas manos que le bajaban la bata, levantaban la sábana, y hacían caer la prenda. Luego volvían a poner la sábana en su sitio.

Nik suspiró.

- Ésta es mi habitación. ¿Te importaría si me traslado nuevamente aquí?

- Ya me voy – dijo Leah disponiéndose a levantarse.

- Quiero que te quedes.

- ¡Oh! – contestó débilmente.

No encontraba ninguna excusa para negarle que durmiera en su propia cama. La amargura y resentimiento, y la decisión de abandonarlo se habían hecho añicos, pero, sin embargo, ella seguía en medio del terremoto, buscando desesperadamente una excusa para no compartir la cama con él.

Ahora comprendía la razón del cambio de actitud de Nik. Ese día en París había sabido que su libertad era imposible sin el certificado en sus manos. Y se había enfrentado a los hechos: si no podía lograr ser libre, intentaría hacer su prisión lo

más llevadera posible. Si no podía casarse con otra mujer... debía encontrar algo positivo en la que ya tenía.

De pronto, Leah se sintió sin defensas. Ella era la culpable de esa situación. Primero había sido un hombre que había demostrado estar muy interesado en ella, pero luego había tenido una actitud distante y fría en los siguientes encuentros antes de la boda, que a decir verdad habían sido dos. Pero no se lo había imaginado. Estaba loca por él, y se había dicho que serían los negocios que lo preocupaban.

Un ruido la sacó de sus pensamientos. Entonces vio a Nik desvistándose. Leah cerró los ojos, pero escuchaba todos los ruidos, como el del agua de la ducha corriendo. Debía ser un ruido normal en la vida de cualquier mujer casada, menos para ella. Se imaginó el panorama. Toallas húmedas arrojadas a un costado, y todo en desorden.

Una vez había estado en la parte de la casa que habitaba Nik, después de haberse ido él por la mañana, y lo había visto con sus propios ojos. Y había tenido la terrible sensación de que no podían vivir más separados dentro de su matrimonio.

Siempre se había sentido como una extraña en su casa. Jamás había movido un mueble, ni puesto de ninguna manera su firma en algún detalle de la casa.

Aquel día que vio su baño había sido el comienzo de su alejamiento de Nik. Hoy, en cambio, era el día del quebrantamiento de aquel dispositivo para defenderse.

De pronto lo oyó cantar en la ducha. Parecía tan contento...

Al levantar la vista lo vio al lado de la cama, mirándola.

- Vete a dormir – le dijo.

Leah cerró los ojos. Oyó el suave ruido de la toalla caer de su dorado cuerpo. El colchón se hundió levemente, la sábana se movió y entonces se apagó la luz.

No hubo más que silencio. Leah estaba echada, quieta como un cadáver, pero más despierta que nunca sabiendo que iba a dormir con Nik desnudo a un palmo de ella. Cada movimiento de él la alarmaba y le aumentaba la tensión.

Tibia y relajada, Leah se movió lentamente, y el cuerpo a su lado, se tensó. Abrió los ojos azules y se encontró con unos ojos negros. Su mirada intensa la dejó turbada. Sintió un vuelco en el corazón, un calor en aumento. Se encontraba mareada, sin aliento, y con la sensación de haber perdido toda racionalidad.

La punta de un dedo se posó sobre el labio de ella.

- Abre la boca. Quiero probar cómo sabes – le dijo Nik con ansiedad.

Sugestionada por su mirada, Leah obedeció instintivamente. Con un gemido de satisfacción, él llevó entonces sus manos al cuerpo de ella, sobre las caderas y la espalda, mientras su boca hambrienta buscaba la de ella con intensidad.

La punta de la lengua de Nik se abrió paso entre los labios abiertos de ella, y luego probó el interior de su suave cavidad, algo que a ella le hizo estremecer.

Con manos insistentes, le bajó los tirantes del camisón, dejando al descubierto la punta erguida de sus pechos. Los acarició con suavidad. Acomodó la cadera a la de él, mientras sus muslos temblaban en respuesta al torbellino de sensaciones que experimentaba. Las manos de Leah, entonces, se adentraron en la cabellera negra de él.

Cuando él dejó de besarla, el corazón de ella bombeaba rápidamente. Nik jugó con los pechos de Leah, deslizo su lengua por el valle que se extendía entre ellos

mientras sus manos jugueteaban con los picos que había formado anteriormente. El calor surgió en el interior de Leah como un oleaje violento que respondía a las caricias íntimas de Nik. Leah gimió, gobernada por las exquisitas sensaciones que la atormentaban.

Se había transformado en una esclava de la pasión. Con un gemido suave que anticipaba otro beso apasionado, Nik la apretó contra él, llevando sus manos a los pequeños rizos en la juntura de sus piernas. Buscó la suavidad que se abría más adentro, y con suave maestría la invadió como para que en cada nuevo movimiento la respuesta de ella fuera cada vez más intensa.

Era una dulce agonía de deleite que la dejaba sin aliento. Las caderas de ella se movían, contoneaban y alzaban como por propia iniciativa, a medida que el deseo iba aumentando hasta un grado casi insoportable. Entonces Nik la levantó levemente y se internó entre sus muslos para que el cuerpo de ella se encontrara en el punto exacto con el de él. Nik gimió de placer, y se internó en las profundidades de Leah.

Leah pareció ceder y adaptar su cuerpo a la invasión de él, a pesar de que la sensación, que era aún nueva, la sorprendió. Nik se movía dentro de ella, creando en Leah una necesidad insaciable que ardía en su interior. Involuntariamente los dedos de Leah buscaron la espalda de Nik y la recorrieron. Entonces, Nik dio paso al éxtasis en el momento en que la poseyó tan plenamente que ella creyó volverse loca de placer. Y cuando ella se liberó de aquella tensión de placer, pareció consumirse durante un tiempo largo, interminable, que la dejó en una sofocada quietud.

- Se dice que los saben esperar alcanzan el cielo... – dijo Nik suavemente, abrazando el cuerpo de Leah contra el calor del suyo -. Pero la paciencia nunca ha sido una de mis virtudes.

Leah estaba totalmente exhausta, y no podía pensar. Y cuando su mente se disponía a ordenarse después del caos de sensaciones vividas, se durmió. Cuando se despertó nuevamente las cortinas estaban abiertas, el sol brillaba en el cielo, y había una bandeja con el desayuno a un costado de la cama. Buscó a Nik y descubrió que se había ido, lo que la hizo sentir infinitamente sola.

Era el mediodía, pero ella no hacía más que pensar en lo que había pasado al amanecer. Su camión estaba tirado en la alfombra como prueba acusadora de ello. Suspiró de pena ante la evidencia del horror.

Él la había despertado en medio de la noche, para que no supiese lo que estaba haciendo. Se duchó con fricción, pero no pudo borrar las huellas del íntimo contacto del él.

¿Por qué le echaba las culpas? Se preguntaba. ¿Por qué se engañaba pensando que él era el único responsable de lo que pasaba cada vez que la tocaba? La verdad era que cuando Nik la tocaba ella se derretía, perdía el control, algo obvio para Leah, y que seguramente no se le escaparía a él. Sin ningún esfuerzo, él le había enseñado a necesitarlo, sin saber bien de qué manera lo necesitaba.

Cinco años atrás el instintivo deseo de ella la había incomodado en presencia de él. No había estado preparada para semejante intensidad. Y cuando Nik había decidido que durmieran separados, había sido un alivio olvidarse de esas sensaciones que la habían afligido en presencia de él. Pero cuando Nik había decidido romper esa pared que los separaba, la pasión había emergido en toda su magnitud.

Pero ahora se daba cuenta de que no lo había dejado de desear, igual que no había dejado de comprar sus calcetines. Era tan penoso aceptarlo... No le extrañaba que se hubiera reído de ella.

Y los arreglos florales que colocaba en el ala de la casa que ocupaba él, tal vez querían recordarle que ella existía... Se había aferrado a ello como a la compra de sus calcetines.

Tampoco se había transformado de sencilla adolescente a una de las mujeres más elegantes de Londres por casualidad. Probablemente lo había hecho para él. Era patético amar a un hombre tan ciegamente...

Porque ella lo amaba. Había querido derrotar a ese amor con el arma de la relación con Paul y negarle su existencia luchando inconscientemente por conseguir la libertad que su dignidad le pedía. Pero nada había cambiado. Nik no la amaba, ni la amaría jamás. Sólo se veía unido a ella sin remedio. Por otra parte, para él el sexo era algo fisiológico casi. Se despertaba junto a un cuerpo de mujer y ya se sabía qué iba a pasar, lo único predecible en Nik. Así que no debía creerse que de pronto se había convertido en una tentación para Nik. Él era un hombre muy viril y sólo buscaba la satisfacción de sus instintos.

Pero no la dejaría marchar hasta que ese certificado no apareciera. De pronto sintió deseos de saber más. ¿Era un certificado de matrimonio? ¿Un certificado de nacimiento? ¿Un certificado de propiedad de acciones? Siguió enumerando posibilidades. Las dos primeras le parecieron poco posibles. Nik había dicho que estaba protegiendo a su familia. Nunca había hablado de él directamente. ¿Habría cometido algún tipo de delito su familia? ¿Desfalco? ¿Malversación de fondos?

Se puso un vestido azul y fue hacia la terraza que dejaba ver a lo lejos el mar y los acantilados. En otras circunstancias hubiera querido sacar la foto de la vista espectacular desde allí, explorar la casa, pero sólo ansiaba encontrar a Nik. Él estaba en la terraza, y cuando la oyó llegar se dio la vuelta.

Ella dudó ante sus ojos negros que parecían penetrarla, y se sintió tan desorientada que no sabía si acercarse a él o no.

No podía desviar la vista de sus facciones doradas e inmediatamente recordó cómo se había sentido horas antes.

Nik le dedicó una sonrisa y fue a su encuentro.

- ¿Cómo te sientes?

- Bien...

- ¿Sólo bien? Se te ve estupenda – él la miró recorriendo su cuerpo con una mirada posesiva. Se demoró en el cabello rubio ceniza, en la delicada perfección de su cara. La recorrió de arriba abajo, con descaro -. Estupenda... – agregó tomándole las manos.

Las palabras de Nik pusieron en alerta a su corazón.

- Nik...

- Y mía – él completó la frase con satisfacción.

Las palabras de él parecían frenar lo que estaba a punto de decir.

- ¿Interrumpo algo? – les sobresaltó la voz de Ponia.

- No, en absoluto – sonrió Nik, soltando las manos de Leah.

- El personal está preparando el almuerzo – explicó Ponia, observando cómo Nik acercaba una silla a la mesa y hacía sentar a Leah en ella.

Leah era consciente de que sus manos temblaban. Nik parecía comportarse con calidez. Pero seguramente era su comportamiento normal con una nueva amante.

Porque ése era ahora su papel. Aunque bien distinta de las otras mujeres a las que él se llevaría a la cama. Pero el encanto se desvanecía enseguida. Nik se aburría de las mujeres fácilmente. Ella lo había sabido siempre.

Les sirvieron el almuerzo.

Nik no le quitaba la vista de encima, algo que inquietaba a Leah, y que le hacía levantar la copa de vino más de la cuenta.

De pronto sonó el teléfono móvil de Nik. Nik atendió la llamada a unos metros de distancia, donde se encontraba el aparato.

- ¡Me muero de ganas de que el resto de la familia os vea!

- ¿Cómo? – Leah desvió la mirada del rostro de Nik, que le dedicaba una sonrisa desde donde hablaba por teléfono.

- Si parecéis recién casados en su luna de miel. Cuando decidí venir a veros, no me lo imaginé – dijo Ponia -. Me voy a nadar ahora. Os veré más tarde.

Leah bajó la cabeza, y volvió a sorber el vino.

Había decidido hablar con Nik seriamente. Pero entonces la había desafiado un Nik que la trataba atentamente, y que la hacía sentir una mujer muy deseable.

En ese momento, Nik se acercó a ella y la rodeó por detrás, sorprendiéndola una vez más. Y nuevamente comprobó que su corazón la traicionaba cuando sintió el calor del cuerpo vigoroso y masculino de Nik.

- ¿Qué ocurre? – preguntó él.

- Hay algo que tenemos que discutir...

- Olvídalo. Si la discusión tiene algo que ver con el divorcio, la separación, el celibato, o Woods, es mejor que te mantengas callada.

Leah sintió una sensación absolutamente inesperada: en cierto modo se alegró de las palabras de Nik.

- No se trata de eso.

- Entonces no es importante.

Y antes de que ella pudiera responderle, él posó la boca sobre la de ella, dándole al beso un sabor aún más dulce con el aroma del vino.

- Te deseo nuevamente.

Y ella lo deseaba tanto. De pronto se encontró imaginando escenas eróticas que la invadía sin poder evitarlo, una experiencia nueva para ella. Él le evocaba sin el menor esfuerzo la pasión vivida la noche anterior. Ni siquiera le tenía que decir palabras bonitas ni cumplidos. Unos pocos besos, y ella se transformaba en su juguete sexual, en una muñeca capaz de atender todas las demandas. Esa imagen le dio fuerzas para apartarlo de ella.

- Tengo que hablar contigo. Y pienso que es mejor que vayamos adentro.

- Podemos hablar en la cama – la miró él con descaro.

- ¡Si te acabas de levantar de la cama!

- Pero estoy deseoso de volver allí.

Y Leah se daba cuenta de que ella también lo deseaba. Que sus pezones se habían endurecido, que el calor volvía a su cuerpo.

Y que si bajaba la guardia un segundo, él se aprovecharía de su debilidad.

- Me parece que eres demasiado sexuado.

- ¿Te estás quejando? – dijo él sonriendo.

Leah se hundió en el sofá.

- ¡Dios mío! ¡Tus pies no tocan el suelo! – se rió Nik, sentándose frente a ella -. Habla, entonces.

- He estado pensando...

- ¡Peligroso! Es una costumbre que debes cambiar, ésa de pensar – interrumpió Nik burlonamente.

- Acerca de ese certificado...

- ¿Y qué tenemos que hablar acerca de ese certificado?

- Debemos encontrarlo. Y he pensado que tal vez puedas darme alguna idea del contenido del certificado.

- ¡No! – dijo él cambiando totalmente el humor.

- Cuanta menos gente lo sepa, más segura está mi familia. Por lo que se veía ella no formaba parte de su familia.

- No confías en mí.

- La confianza no juega ningún papel en este caso.

- Y la persona en la que menos confiarías es en la hija de Max Harrington.

- No he dicho eso.

- No hace falta. Me has tratado como si fuera una leprosa durante mucho tiempo.

- El pasado es pasado ya.

- ¿Cómo puedes decir eso si estás dispuesto a que yo conviva con él? Pensé que tal vez si supiera algo podría ayudarte a encontrar ese certificado – dijo ella apenada.

- ¡Ah! Ahora lo entiendo. Lo quieres como pasaporte a tu libertad. Crees que con ese certificado en mi poder te dejaré marchar.

- ¿No es eso lo que quieres tu también?

- ¡Lo quería desesperadamente hace cinco años! Y hace una semana pensé que tenía ese certificado. Pero algo ha cambiado en mí desde que descubrí que esa caja no lo contenía. Pensé que era el final de un asunto. No quiero perder el tiempo en una búsqueda infructuosa. ¡Se terminó todo!

- No – dijo ella reprimiendo las lágrimas -. No ha terminado, mientras aún estemos juntos.

- Eso no era lo que pensabas mientras hacíamos el amor. O cuando te morías de placer en mis brazos.

- Por favor... – dijo indefensa ante la acusación.

Nik se acercó a Leah y le rodeó los hombros con las manos.

- Cuando estás en la cama conmigo eres caliente como el mismo fuego. Te gusta todo lo que te hago. Te gusta todo lo que te doy. Y lo que te hago sentir. Conmigo te abandonas, pierdes el control, te mueres de deseo...

- ¿Cómo puedes hablarme de ese modo? – Leah se estremeció ante sus palabras.

- ¡Puedes ser una prostituta en mi cama, y no me importa nada cómo eres en la cocina o en el salón! – dijo con énfasis a la vez que la miraba profundamente -. Pero quítale de encima esas fantasías adolescentes de amor verdadero con Woods. No ocurrirá jamás mientras yo esté vivo. Eres mi mujer. ¡Hazte a la idea antes de que pierda la paciencia!

Nik dio un portazo. Ella entonces respiró.

Leah pensó entonces que tal vez sería mejor decirle la verdad a Nik acerca de Paul. Pero la idea, después de las duras palabras de Nik, no la convencía.

«Caliente como el fuego», «abandonada, una prostituta... » Tenía razón. Se había rebajado a un nivel absolutamente primitivo, se había dejado quitar sus



principios, su decencia, su inhibición. Y entre esos principios figuraba el principal: para ella no podía haber sexo sin amor.

Bueno, Nik podía volver a sus chicas guapas. A ella le daba igual. ¡No era cierto! La idea de Nik con otra mujer le resultaba intolerable.

Con un sollozo ahogado, Leah abandonó la habitación.

## CAPITULO 7

- ¿Está trabajando Nik? – preguntó Ponia.

- Probablemente – contestó Leah.

Leah acababa de darse cuenta de la ausencia de Nik. Cinco años de soledad seguramente la habrían acostumbrado a no echarlo de menos. Pero la relación entre ellos había cambiado tan súbitamente que Leah hubiera deseado volver a los viejos tiempos en que se sentía separada de él.

- Esta tarde estuvo en la taberna. Lo comentó uno de los pescadores. ¿Está enfadado por algo, no? – Ponia preguntó con un gesto de disgusto.

- Sí, hemos tenido una discusión.

- Aunque tiene un carácter muy fuerte, rara vez pierde el control. Pero da lo mismo, ya que mi familia no sabe muy bien cómo manejar sus cambios de humor. Mi abuela jamás alza la voz. Ninguno de ellos la levanta. No saben qué hacer cuando Nik se pone así. La única vez que lo vi, me resultó fascinante.

Ponia miraba atentamente a Leah, para ver su expresión y esperar su respuesta. Pero Leah permaneció en silencio, aunque con el ceño fruncido.

- Yo debía tener unos once años cuando oí hablar a mis dos tías sobre Nik. Se preguntaban entonces quiénes eran sus padres naturales. Yo ni siquiera sabía lo que quería decir eso.

Leah se quedó pasmada.

- ¿Sus padres naturales...?

La cara de Ponia se puso seria.

- Por supuesto yo fui lo suficientemente estúpida como para ir a preguntarle a mi madre y ella se puso furiosa. Pasaron años hasta que pude comprender que en mi familia la adopción era un tema tabú.

- Sí – reconoció Leah, simulando saber de qué se trataba. Pero internamente no salía de su asombro.

- Nadie habla de ello nunca. Todos los de fuera piensan que Nik es hijo de mi abuela. ¡Si mi abuela tenía entonces cuarenta y ocho años!

Leah se estaba sintiendo incómoda ante la conversación. Era evidente que la curiosidad de Ponia no había sido satisfecha en su momento, sino todo lo contrario.

- El que fuese un secreto seguramente lo hizo más difícil para Nik.

- El tema de la adopción es mejor aceptado ahora que hace treinta años – dijo Leah respirando hondo -. Pero es un tema muy delicado, no debíamos hablar de ello, Ponia. Y, por otra parte, yo no sé nada más que tú.

- Lo siento, no sé cómo se me ocurrió hablar del tema..

- Porque soy parte de la familia, supongo. Pero creo que Nik tiene derecho a mantener una cierta confidencialidad acerca de ello. Y puede que me equivoque, pero no creo que le apetezca que le hables del tema.

- No se me ocurriría.

Después de despedirse de Ponia, se quedó pensando en lo que había descubierto ese día. Era algo que le inquietaba. No sabía nada acerca de Nik, y eso le molestaba. En la habitación descubrió un enorme piano, y decidió sentarse en la butaca frente a él.

O sea que Nik era un Andreakis adoptado. Y Leah no debía molestarse por el hecho de que Nik jamás lo hubiese mencionado. Nik tenía tres hermanas, pero seguramente sus padres habrían querido tener un varón. Era evidente que la familia lo habría querido ocultar. Era cierto que nadie fuera de la familia lo sabía. Ella misma había leído muchas noticias sobre él en los periódicos, y en ninguna de ellas se hacía mención a ello.

¿A qué edad se habría enterado Nik de la verdad? ¿Habrían sido más sinceros con él que con la gente de fuera? En caso de que se lo hubieran ocultado, habría sido un shock seguramente.

Leah interpretaba un concierto de Chopin, que era el tipo de música con la que solía acompañar sus pensamientos más profundos.

Esperaba que Ponia fuese discreta. Seguramente Nik no querría que se enterase más gente, y por eso no se lo había dicho a ella. O tal vez era un tema que no le importaba ya, en su vida de adulto.

Era evidente que él estaba muy unido a su familia. Incluso había sido capaz de casarse con alguien a quien no amaba para protegerlos, dejando sus propios intereses a un lado. Aunque le era difícil apreciar su sacrificio, teniendo en cuenta que a ella también la había sacrificado.

«Dios mío», pensó. ¿Cómo podía vivir ella en un matrimonio en el que no se compartía nada más que una cama?

Pero era tarde para esas reflexiones. No tenía elección. Si hubiese tenido elección, ¿realmente hubiera tenido fuerzas para dejar a Nik? ¿Era mejor aceptar estas migajas que quedarse sin pan?

Leah, fuera de sí, levantó las manos del teclado.

- ¡No pares!

Leah se quedó rígida. Lentamente giró la butaca, y se encontró con Nik en la sombra, al lado de la ventana. Parecía estar tenso. Le brillaban los ojos, llevaba la camisa medio desabrochada y una barba incipiente y oscura.

- Toca para mí – dijo cortante.

Leah volvió al teclado, y tocó nerviosamente, expresando en cada nota discordante un cierto desafío.

De pronto unas manos le apresaron las muñecas. Se hizo el silencio, interrumpido apenas por su respiración entrecortada. Sintió un escalofrío en todo el cuerpo cuando él se inclinó por encima de ella.

- ¿Por qué? – preguntó él, soltándole las muñecas.

- No soy tu esclava – murmuró temblando. Pero no era ese el motivo de su agresividad en el piano. Leah recordaba la primera vez que había tocado para él. La música era para ella una forma muy personal de expresión. Tanto que no la podía compartir con él.

- Toca – dijo él nuevamente.

- No tengo partitura.

- Puedes tocar durante horas sin ella – le recordó él.

Leah, intimidada y disgustada por la presencia de Nik comenzó a tocar con desenfreno, un trozo de aquí, otro de allá. Pero no quería tocar, por lo que cometió varios errores, y finalmente abandonó.

- Eres muy obstinada. Detrás de ese aspecto frágil, se esconde una personalidad fuerte.

Sin embargo, Leah se sentía muy débil en ese momento. Se levantó lentamente, sin mirar alrededor.

- Háblame de él – le dijo Nik con calma. Pero le había interrumpido el paso, y no la dejaba salir.

- No sé de qué me hablas...

- De tu amante...

- No creo que te interese saber nada de él.

- ¿No? ¿Dónde lo has conocido?

- En Harrods.

- ¿En Harrods?

- Sí, nos conocimos allí y me invitó a tomar un café.

- ¿Ligaste con él en Harrods?

- ¡No ligué con él!

- ¡En Harrods! – repitió él como si no pudiese creerlo -. ¿Y dónde fue a parar el asunto después del café?

- A ningún sitio. Me lo encontré nuevamente a la semana siguiente.

- Déjame que adivine, el mismo día, en el mismo sitio, a la misma hora...

- No me acuerdo.

- Esperabas verlo otra vez.

Leah se quedó callada. Fue hacia la ventana y se quedó mirando la oscuridad de la noche iluminada por las estrellas, y el mar allí abajo. Nik no tenía derecho a hacerle esas preguntas. Se puso furiosa.

- O sea que el *affaire* comenzó en Harrods... ¿Y en qué zona de Harrods?

- ¿Y qué importa dónde?

Nik se sentó en un sofá y estiró las piernas, simulando que se relajaba.

- Quiero hacerme una idea de la escena. ¿Fue en una lencería fina o en el salón de comidas?

- Me niego a contestar a una pregunta así.

- Mejor dejarlo librado a la imaginación. Pero, cuéntame, cómo fue ganando territorio...

- Muy fácil.

- Yo no estaba allí, ésa es la única razón por la que le fue fácil.

La arrogancia de Nik la decidió a no confesarle la verdad sobre su ruptura con Paul. Veía que Paul era la única arma para defenderse. Y Leah tampoco le confesaría que en brazos de su marido había sentido algo más que atracción sexual. Por nada del mundo iba a dejarle saber que estaba enamorada de él.

Recordaba perfectamente aquel día en París en que tanto la había despreciado pensando que ella aún lo amaba. Y no se perdonaría jamás decírselo.

El que amase a Nik no quería decir que no supiera lo despiadado que podía llegar a ser. Y el admitir su amor la haría totalmente vulnerable.

Tal vez fuese el tipo de mujer que asociara el amor con el dolor, una víctima de su propia condición.

Sentía una rabia hacia Nik, pero era consciente de que también disfrutaba de que en ese momento él tuviese puesta toda la atención en ella.

- No lo amas. Si lo amases te hubieses ido a la cama con él en la primera oportunidad que se presentase.

- ¡Lo creas o no, hay gente que es capaz de contenerse!

Nik se acomodó en el sofá y con ojos burlones le dijo:

- No parece que te hayas contenido mucho conmigo.

Leah se sintió peor aún.

- No es que me queje – sonrió Nik -. El deseo es algo que está de acuerdo con mis instintos naturales... me parece mejor que enamorarse cruzando miradas entre coles de bruselas. ¿Fue en la planta de comida, verdad? Un verdadero romance.

- Paul tiene más de romántico en un solo dedo de lo que tú puedes tener en todo tu cuerpo – le gritó Leah enfadada.

- Sí, te invito a un café. Yo te hubiese llevado a un hotel cercano y te hubiese derramado champaña sobre los pechos... Y te aseguro que a ti te hubiese gustado más.

Leah se puso pálida. De pronto pensó en cuántas mujeres habrían sido bañadas en champaña por su marido.

- ¡No me metas en un mismo saco con todas tus mujeres! ¡Me voy a la cama!

Y decidió que no iría a su cama. Por lo que entró en el dormitorio principal, recogió unas pocas cosas, y salió.

Un cuarto de hora más tarde, ella estaba acostada en la cama de un dormitorio al final del corredor y con la puerta con cerrojo.

Si estaban condenados a estar juntos, eso no quería decir que tuviese que dormir con él. Y se arrepentía de haber estado en la cama con él. Se había perdido el respeto.

Un ruido la alertó. Entonces vio una sombra oscura y silenciosa que entraba por la ventana de la habitación. Estuvo a punto de gritar, hasta que vio los rasgos de Nik que iluminaban con la luz de la luna.

- Dime, ¿este juego de camas separadas es parte del plan para hacer más romántica nuestra relación? ¿Se suponía que yo iba a trepar con una rosa entre los dientes y una caja de chocolates?

- Hay una altura considerable desde la ventana hasta la playa ahí abajo. ¡Te podrías haber matado!

- Y si me cayese, sería un engorro para ti. ¿Tendrías mucho que explicar?

Nik ni se había inmutado ante las muestras de horror que había dado ella al saber cómo se había arriesgado. Y era un riesgo inútil, absurdo para alguien como ella. Pero no para Nik. Le gustaba el riesgo.

- ¡Estás loco! – dijo ella nerviosa ante lo que podría haber pasado.

- Dar patadas a la puerta no era un buen sistema con Ponia en casa. Y hubiese asustado a los criados. No me hubiese gustado hacerte quedar mal.

- ¿Y tú no hubieses quedado mal? – preguntó ella, impresionada todavía por lo que había hecho.

- No, porque es la habitación de mi esposa, y estaba con cerrojo. Para los griegos eso es una provocación.

- ¡Te podrías haber matado! ¿Y hubiera valido la pena?

Nik se metió en el otro lado de la cama, y le dedicó una sonrisa de satisfacción.

- Pregúntamelo por la mañana – aclaró él, acercándose a ella.

- ¡No! – gritó Leah con pánico -. ¡Si vas a dormir aquí, yo dormiré en otra parte!

- Tú no dormirás conmigo. Dormirás en el suelo.

- ¡Por supuesto que no! ¿Qué te crees que soy?

- ¿Esperas que me disculpe por lo que te he dicho hoy? – dijo él apoyándose sobre las almohadas.

- ¿Qué?

- Pero lo que tú te has tomado como un insulto, yo lo considero un cumplido. Muéstrame a algún hombre casado que no quiera una esposa apasionada.

Leah se estremeció.

- Me has llamado prostituta.

- No es cierto. He dicho que me alegraba que te comportases como una de ellas en mi cama. Aunque necesitarías unas pocas lecciones para tener el diploma – murmuró él con provocación -. Y me muero por dártelas. ¿Qué más puedo decir en mi defensa?

Leah se estremeció. Nik la fascinaba incluso cuando estaba enfadada. Tenía un tremendo carisma.

- No podemos vivir juntos de este modo.

- Acabamos de empezar – Nik saltó de la cama, y la estrechó antes de que ella pudiera remediarlo.

- ¡No! – la furia de la boca de Nik la silenció. La fuerza de sus brazos la tomó por sorpresa. Leah apretó los puños y le pegó. Pero inmediatamente el deseo también se apoderó de ella.

Los labios de él presionaron la boca de Leah, sumergiéndola en una oleada de excitación. La sangre galopaba en sus venas, el calor en su cuerpo iba aumentando.

Sintió el frío de la sábana en la espalda cuando él la apoyó de espaldas en la cama. Lo miró con desesperación, y él fue hasta sus pechos, que tomó y acarició con gesto posesivo. La respuesta de ella no se hizo esperar, y tampoco la pudo ocultar.

- Esto no es lo que quiero... – murmuró ella suavemente, tratando de vencer el deseo que la amenazaba.

- Pero tú me deseas...

- ¡No!

- Sí.

Nik jugó con sus labios. Ella descubrió la dulzura del whisky en su boca, y la aceptó, resignada a que la maestría de él la llevase por caminos de placer inexplorados.

- Me deseas... tanto como yo.

Leah gimió de placer cuando él se acercó con su boca a los pezones, tensando el cuerpo de ella como un instrumento de placer.

- Admítelo... – le exigió Nik, hundiendo sus manos detrás de la cadera de ella y empujándola contra él.

- ¡Sí, sí! – por fin admitió Leah.

Había sido un grito de derrota. Ella se había rendido al calor de su boca y sus manos seguras, pero en su interior, ella sentía que había cedido algo más importante aún, imprescindible para su supervivencia.

## CAPITULO 8

Leah estaba sentada en la playa, a orillas del mar, abrazada a sus piernas flexionadas, escuchando el susurro del viento. El ritmo de las olas tenía un efecto tranquilizante, y el calor que iba dorando poco a poco su piel, la dejaba en un estado de pereza y calma que casi la adormilaba. ¿Cuántos días habían pasado? ¿Diez, once? Había perdido la noción. Lo importante era que Nik estaba con ella. No estaba por llegar, ni por irse, ni la iba a dejar sola durante interminables semanas, y ese convencimiento le daba una creciente seguridad.

Se sentía feliz, tanto que por momentos le daba miedo.

Cuando hacía un balance de su vida anterior, no recordaba haberse sentido así nunca. Y le asombraba que un motivo tan práctico como el que había llevado a Nik a poner lo mejor en su matrimonio hubiese producido el cambio, y que la hubiera hecho feliz.

Pero ella amaba a Nik Andreakis. Era normal que se sintiera feliz por compartir interminables horas con él, por que él hiciera el amor una y otra vez, haciéndola sentir la mujer más deseable del mundo. ¿Entonces de qué se quejaba?

Nada era perfecto. Y ella tenía lo que siempre había deseado. Tenía a Nik. Tenía de Nik más de lo que cualquiera de sus mujeres había tenido. Se comportaba como un marido. Empezaba a hablar de «nosotros», «nuestros», y parecía pensar en términos de una pareja. Y eso era un logro en él.

Aunque tuviese unos lazos familiares estrechos, era evidente que Nik era una persona individualista. Y si bien era aparentemente extrovertido, guardaba en su interior un aspecto muy reservado de su carácter, que contrastaba también con la arrogancia que a veces mostraba. En cuanto a las emociones le resultaba más fácil ser sarcástico que cándido.

Leah jugaba con la arena y se preguntaba si realmente importaba que no la amase. Porque él la deseaba, la deseaba siempre, en todo momento. ¿Pero alcanzaría eso? ¿Adónde iría a parar ese sentimiento con el tiempo? ¿Se aburriría Nik? ¿Qué sería de ellos después de un año de relaciones? Ésa era una pregunta que nadie podía contestar.

Unos pasos interrumpieron los pensamientos de Leah. Dimitri, un empleado de la casa, se acercaba a ella, con un paquete que parecía ser el almuerzo preparado como para hacer un picnic. La saludó en un inglés pausado y cuidadoso, y después, con gran ceremonia, extendió el mantel sobre la arena. Puso en él dos botellas de vino y dos vasos de cristal.

- *Kyrios Andreakis* llegará de un momento a otro – le informó Dimitri.

- Gracias. Esto tiene muy buen aspecto – respondió ella.

Leah espió en la caja sin desenvolver y se le hizo agua la boca.

- Yo no esperar, ¿*kyrie*?

- No hace falta – respondió Leah, tratando de disimular su entusiasmo, cuando el criado dejó el sacacorchos sobre el mantel.

Era el último día que pasarían en la isla, pensó Leah con tristeza. Al día siguiente volarían a Atenas, y conocería al resto de la familia. Ponia se había ido hacía dos días, comprendiendo que tal vez era una molestia para dos enamorados.

Nik se aproximó a ella con una sonrisa ancha. Llevaba un par de vaqueros gastados y transformados en pantalones cortos, y el pecho desnudo. Su aspecto era irresistible, pero la sonrisa era lo que más seducía a Leah.

Por un momento pareció tener un aire juvenil y vulnerable, pero luego dejó paso a una mirada más profunda, interrumpida por el pestañeo de color ébano, por el que cualquier mujer se hubiese rendido a sus pies.

- Te queda bien el blanco – le dijo mirando la ropa de Leah y sentándose en la arena.

- Iba de blanco el día que nos conocimos – no supo por qué se lo dijo, en realidad se le había escapado.

- Sí – contestó Nik tenso, y levantó el sacacorchos.

No quería hablar del pasado. Era evidente. Pero ella, sin querer, ignoró su incomodidad.

- ¿Te has tomado una gran molestia viniendo hasta aquí para estar conmigo, no?

- ¿Sí? Dame tu vaso.

Leah alzó los dos vasos, y centró su atención en la boca sensual de Nik mientras éste servía el vino.

Tenía la sensación de que cuanto más cerca estaban, él más se alejaba de ella, poniendo una distancia casi invisible, como si no confiara en ella. ¿Y por qué iba a confiar en ella? Al fin y al cabo, él pensaba que ella aún suspiraba por Paul.

¿Por qué no le había dicho la verdad aún? ¿Por orgullo? ¿Por ego? ¿O porque la existencia de Paul lo había llevado a querer a demostrarle que era su verdadera esposa? Nik era muy competitivo, posesivo, defendía su territorio. La había mantenido atrapada como a una mariposa, a quien había impedido el vuelo durante cinco años, pero en el momento en que ella había podido escaparse y levantar sola el vuelo sin previo aviso, había querido establecer un desafío. No había podido soportarlo. Y si le contaba la verdad, ¿perdería Nik su interés en ella? De pronto Leah se sintió incómoda ante esa realidad. No le parecía muy conveniente jugar con una persona como Nik.

- Esto es para ti – le dijo él extendiéndole una caja ante sus ojos.

Cuando la abrió le encandiló el brillo del zafiro y el diamante que formaban el hermoso anillo.

- Es exquisito – atinó a decir ella, con cierta timidez, y luego por fin, se atrevió a mirarlo.

- Es un anillo para la eternidad...

- Sí, lo sé – dijo ella haciendo esfuerzos por no llorar de emoción.

- ¿Por qué estás tan impresionada? Es un regalo simplemente. Bebe tu vino antes de que se caliente – la incitó Nik.

Él sabía perfectamente por qué ella estaba tan asombrada. Nik jamás le había comprado un regalo. Nunca le había dado más que dinero. Incluso en las Navidades y cumpleaños no le había regalado más que dinero. Había ingresado cuantiosas sumas en su cuenta, pero jamás le había dado nada para desenvolver. Y todas las joyas se las había comprado ella. Muchas veces en las cenas que preparaba, le preguntaban por alguna pieza especialmente bonita, y ella decía que Nik se la había regalado, pensando en que efectivamente el dinero era de Nik, pero sabiendo que no era del todo cierto lo que decía. Y el recuerdo amargo de otro tiempo en ese momento le dio ganas de llorar.

- No lo quieres – afirmó él con una actitud hostil, que la sorprendió.



- ¡Por supuesto que sí! – dijo ella poniéndoselo junto al anillo de boda rápidamente, en la sospecha de que si no lo hacía en cualquier momento se lo quitaría y lo arrojaría al mar.

Nik aflojó la tensión del rostro. Ella entonces se dio cuenta de que a él también le inquietaba la situación, y de que se sentía culpable de esos terribles años de regalos impersonales.

- Mi padre solía regalarme dinero también. Y nunca esperé otra cosa de él. La única vez que me hizo un regalo...

- ¿Fui yo? Y yo no fui un regalo propiamente dicho, ¿no? – dijo él con una risa forzada y triste.

- Iba a decir que lo único que me regaló fue el escritorio de mi madre. Y ya sabes que no vale gran cosa. Es bonito, pero él no sentía nada especial por ese mueble. De hecho estaba en el ático, y lo tuvo que hacer restaurar, pero él dijo... ¿Sabes lo que dijo? – terminó ella con entusiasmo.

- ¡No me interesa en lo más mínimo! – dijo él con impaciencia, y una sombra que expresaba intensas emociones.

Nik se acercó a ella para que le prestara atención.

- Lo que quiero decirte es... - dudó Nik -. ¡Dios! ¡Desearía no haberme pasado cinco años siendo un cerdo, y un arrogante, haciéndote pagar lo que Max hizo conmigo! ¡Aunque ahora no veo las cosas de ese modo! – Nik daba golpecitos nerviosos en la muñeca de Leah, expresando lo difícil que le resultaba admitir esos sentimientos y simplemente no podía pensar en el escritorio del que le hablaba ella.

- Ahora comprendo tu manera de comportarte en todo ese tiempo...

- Tú tenías diecisiete años y estabas encaprichada conmigo...

Ella bajó la vista y bebió el vino.

- Y creo que entonces también tuve la vaga idea de que eras inocente y de que no sabías nada del chantaje de tu padre. Podría haber sido más amable. Tú eras casi una niña. Eras más inocente de lo que es actualmente Ponia. Cuando os veo juntas ahora, veo cosas que no quise ver hace cinco años.

- Eso no importa ahora...

- Debo haberte hecho mucho daño.

- Sí. Pero ya lo he superado – Leah forzó una sonrisa inestable. Se sentó de rodillas y alargó la mano hasta la caja de la comida para desenvolverla -. ¿Qué quieres comer?

- ¿La comida? – explotó Nik.

Se acercó a ella y, sujetándola fuertemente y tomándole la cara entre sus manos, le dijo:

- Olvídate de la comida – le dijo Nik algo enfadado. Pero también empleaba un tono de disculpa y deseo.

Y olvidó rápidamente la comida, tan pronto como él acercó la boca a la de ella. Leah perdía el control en sus brazos. Le deseaba una pasión que la consumía. No se trataba de una seducción de los sentidos, sino de un asalto repentino, en el que se despojaban de la ropa en un acto desesperado. La excitación se abrió paso, borrando todo, excepto la necesidad que tenía del cuerpo de Nik.

Leah echó la cabeza hacia atrás cuando él se dispuso a recorrerla, con gemidos de placer y satisfacción. A partir de ese momento no hubo más que sensaciones, alcanzando juntos el éxtasis. Y finalmente la dejó en una quietud casi sobrenatural.

Nik le dijo algo en griego abrazándose a ella.

- ¿Te he hecho daño? – preguntó él entonces.

La había sorprendido una vez más. Leah entonces le recorrió la espalda morena con su mano, en un gesto que también indicaba posesión. Pero era evidente que Nik siempre la sorprendía, dentro y fuera de la cama.

- No – dijo ella sonriendo.

- ¡Dios mío! Podría estar aquí todo el día – dijo él, y se giró con ella encima -. Cada vez que te miro estás más hermosa, *agape mou*. A los diecisiete parecías un ángel, pura, inmaculada. Ahora eres una mujer, con los labios hinchados de mis besos, tu pelo hecho un lío – murmuró él entusiasmado -. Pero todavía me quitas el aliento.

- ¿Sí?

- ¿Y todavía lo dudas? La última vez que hice el amor en la playa era un adolescente – la incorporó al mismo tiempo que él se levantó, y con una sonrisa burlona le dijo - Ahora comamos.

Toda su tensión se había ido. Había dicho todo lo que necesitaba decir. Había mostrado arrepentimiento por todos esos cinco años. La culpa lo había golpeado por fin. Y era ahora cuando comprendía que no sólo él había sido la víctima de Max.

Max había podido prever que Nik guardaba rencor a su hija y se sentiría una terrible amargura por ser obligado a casarse. Y seguramente también había calculado que tendría otras mujeres. Pero de lo que no se había preocupado en absoluto era de que ella fuese feliz. Sólo le había interesado un marido poderoso y rico.

- ¿Por qué estás tan seria?

- Estaba pensando en Max.

- Dondequiera que esté, se debe estar riendo como una hiena ahora mismo. Aquí estamos, haciendo lo que él quería que hiciéramos, y tarde o temprano seguramente también tendremos un hijo...

- ¿Un hijo? – Leah no podía creerlo.

- Sí, una de esas cosas rosadas, que se pasan el día llorando y que requieren bastante práctica en sus cuidados. Hay gente a la que les gustan mucho. Pero tal vez a ti no te gusten.

- Sí, me gustan. Sólo que no se me había ocurrido pensarlo – realmente no lo había pensado, pero en ese momento la idea le gustó.

Nik la rodeó con sus brazos, y la abrazó.

- Tal vez el año que viene – le dijo él con una sonrisa que premiaba la respuesta afirmativa de ella.

- Sería un problema para ti si rechazara esa idea, ¿no? Teniendo en cuenta que estás obligado a estar conmigo...

- ¿Es eso lo que piensas?

- Es la verdad, ¿no es así? – Leah deseó no haber hablado, porque temió que la felicidad de los días pasados se desvaneciera.

Nuestro matrimonio será lo que nosotros hagamos de él – se dio la vuelta, y la colocó entre sus muslos. Entonces la miró intensamente y le dijo -. Compréndelo. Acéptalo. No mires atrás.

Entonces la besó, y le sirvió vino y le ofreció comida. Pero ella no tenía hambre realmente. Lo observaba atentamente, y por primera vez fue optimista acerca del futuro juntos. Si él podía olvidarse del pasado ella haría lo mismo. Y tal vez lo primero que debía hacer era contarle la verdad sobre Paul.

- ¿Nik...?

En el mismo momento en que ella se disponía a hablar alguien desde la casa llamó a Nik. Éste se puso de pie en un salto, y con enfado dijo:

- ¡He dicho que ninguna llamada, ninguna! ¡Ninguna interrupción!

Entonces el criado se acercó y le respondió:

- Es urgente.

- ¡Espero que sea muy urgente! Quédate aquí...espérame – le dijo a ella en un aparte.

Lo vio alejarse por el sendero que iba hacia la casa. Leah se sirvió unas fresas del almuerzo. Miró su anillo desde todos los ángulos, y de pronto se sintió eufórica. Aunque sería un esfuerzo contarle la verdad sobre Paul cuando regresara. Porque el sol le había dado sueño.

La despertó un ruido. Estaba sobresaltada, desorientada. Vio un helicóptero en el cielo, colgando como un pájaro gigante negro. Un momento después estaba atravesando la bahía. Se quitó el pelo de la cara y miró el reloj. Había dormido un par de horas y Nik no había vuelto.

Recordó entonces la llamada telefónica. Al menos ella habría creído que había sido una llamada telefónica urgente. Descubrió las medias a un costado y se las puso sonriéndose y se acomodó el vestido arrugado. Cuando llegó a la mansión notó un silencio abrumador. Dejó las cosas del picnic a un costado. El personal parecía haberse esfumado. Sintió que algo no marchaba bien, era un presentimiento. Nik estaba en su oficina mirando algo en su escritorio.

- Te has olvidado de mí. Pero te perdono – dijo ella bromeando desde el quicio de la puerta.

Él levantó la vista y la miró con ojos de hielo. Leah sintió que la pulverizaban. Y supo que su sexto sentido no la había engañado. Él la escudriñaba con el gesto grave, reprimiendo una rabia que se le escapaba en la mirada, intimidándola como él lo sabía hacer.

Leah se puso pálida.

- ¿Qué ocurre?

- ¿Cómo lo sabes? – preguntó él con ira contenida.

- ¿Qué es lo que ocurre? – preguntó ella con ansia.

- Ven aquí. Tengo algo que mostrarte.

Sobre el escritorio había una colección de fotos. Leah se acercó a ellas y se inclinó para verlas bien. Sintió vértigo en el estómago. Hubiera querido morir. En las fotos estaba ella con Paul.

No podía creerlo. Miraba una tras otra como para convencerse. Paul y ella caminando por una calle llena de gente, besándose en un pub, abrazados a la entrada de otro establecimiento, sonriéndose. Se le debilitaron las piernas. «¿Por qué ahora? », hubiese querido gritar. ¿Por qué en ese momento que eran tan felices?

- ¿De dónde han salido? – dijo ella.

- ¿Sabías que tenías a un fotógrafo detrás de ti?

- No.

- ¿Sabes lo que vale en el mercado una foto de mi mujer con otro hombre?

Leah miraba a la nada, sin poder reaccionar. A pesar de las precauciones que había tomado, la habían reconocido y le habían tomado fotos. Y ella ni siquiera lo había sospechado.

Nik habló de una suma extraordinaria y se quedó como esperando alguna respuesta de parte de ella. Pero Leah no podía pensar ni hablar.

Esta foto ha sido ofrecida a la prensa. Si el dueño del periódico no hubiese sido uno de mis amigos más íntimos y su editor no se hubiese dado cuenta, ¡las hubiesen publicado!

- Las has comprado...

- ¡Eres mi esposa! ¿Qué iba a hacer? – gritó él con furia.

- ¡Deja de gritarme! – dijo ella desesperada -. Lo lamento, no he podido evitarlo. Y además lo de Paul terminó. ¡Terminó cuando volvimos a Londres! Debería habértelo dicho antes.

- No mientas – la interrumpió.

- No miento. Terminó hace tiempo.

- ¡Serías capaz de decirme cualquier cosa con tal de protegerlo! – dijo él dando un golpe sobre las fotos, tensando las facciones en señal de disgusto.

- No me estás escuchando. No me crees.

- Da igual. ¡Nunca me han humillado tanto!

- ¿Daba igual entonces su relación con Paul? La idea de su matrimonio se venía abajo nuevamente. Había sido estúpida ilusionándose. A Nik sólo le importaba su imagen pública, su honor de macho humillado. Mientras él se había mostrado con todas las mujeres que le había apetecido, ella no tenía derecho a nada. Debía tener una conducta irreprochable en ese sentido.

Se sentía mareada. Lamentó haberse sentido culpable y haber sentido necesidad de pedir disculpas a Nik. Su deseo había sido no causar más daño a la relación entre ellos, pero ahora Nik había demostrado que su matrimonio era vacío, al menos por parte de él.

- ¡Si para ti esto es una humillación, es que has tenido una vida fácil! – dijo ella. Él se quedó quieto, sin poder creer lo que oía.

- Yo he vivido cinco años de humillaciones. Todo el mundo sabe lo que tú valoras tu matrimonio, Nik. De eso te has asegurado muy bien. Pero cuando las cosas ocurren del otro lado se trata de una ofensa inadmisibile. Alégrate de tener los contactos y el dinero para impedir su publicación. Yo no contaba con ellos – dijo ella en un raptó de dignidad -. Y tuve que soportar las miradas de lástima de tus invitados en las cenas que organizabas...

Nik se puso blanco.

- Yo no me consideraba casado.

Leah miró nuevamente las fotografías, y respondió.

- Yo tampoco...

- Eso es diferente – siguió Nik irracionalmente, llevado de la ira.

- Sí, yo fui más sensible – dijo ella con lágrimas asomando a sus ojos, pero reprimiéndolas al fin -. Y más cobarde también como para hacer algo. Pero no voy a agachar la cabeza como si fuera una pecadora y tampoco voy a decir «lo siento».

- *Theos mou...* – dijo él en griego con los puños apretados.

- Porque no lo siento. De hecho me hubiese gustado que tu amigo las publicase para que supieras lo que es durante un par de semanas. ¡Yo he tenido que soportarlo durante cinco años! – le gritó e un arranque de rabia y desesperación -. ¿Te sorprende Nik?

- Tú, desgraciada... la miró con impasividad, como si todos sus sentimientos hubieran desaparecido de pronto.

Ella continuó.

- Pero es algo natural en los hombres, es algo que las mujeres no podemos comprender – dijo ella recordando las palabras de él, y hubiese querido callarse, pero descubrió que no podía frenar su deseo de hablar -. Sólo hice lo que tú, pero más tarde que la mayoría, como dijiste. Eso sí, no he sido tan retorcida como tú, justificándome, ni haciéndolo para hacer daño a nadie ni humillarlo.

Nik se dio la vuelta en silencio y se marchó, dejándola sola, temblando y dolorida en su interior. Se preguntaba de donde le habrían salido sus palabras. Pero supo que desde dentro de su ser. Tantos años aguantando la amargura y la pena, habían desembocado en esa explosión.

Nik se había sentido humillado. Algo muy grave para un griego que aún estaba en la época de las cavernas. Su apreciado honor, era lo que más le pesaba. Había esperado que le pidiera perdón a sus pies. Con menos no se hubiera conformado. Lo que menos esperaba era el desafío de sus palabras. Él se regía por unas reglas, pero ella debía regirse por otras.

Leah se tapó la cara con las manos. Se sentía vacía. Había sido una tonta una vez más. Nik no la había dejado abandonarlo, la había llevado a la cama, había desplegado nuevamente sus encantos sobre ella, y ella había vuelto a caer. ¡Y en realidad le importaba tan poco a él! Era muy doloroso saber que al hombre al que amaba no le importaba nada.

## CAPITULO 9

La limusina viajaba a gran velocidad entre el tráfico de Atenas. Por el rabillo del ojo veía a Nik servirse un trago. Le sirvió otro a ella sin que se lo hubiera pedido. Bebió sin fijarse en el contenido. Parecía zumo de naranja. La atmósfera era tensa. Ella se sentía nuevamente amenazada.

¿Dónde había dormido él la noche anterior? Era de madrugada y él aún no había llegado. Tampoco había ido a almorzar. Aunque ella no podía decir que se sintiera decepcionada por su ausencia. Eso sí, había tenido que maquillarse a fondo para disimular el rojo de sus ojos. No le apetecía en absoluto conocer a la familia de Nik en ese estado. Estaba hecha un manojo de nervios.

Se había alzado un silencio denso entre ellos. Por momentos lo toleraba y por momentos hablaba de cosas intrascendentes para disimularlo.

Cuando volvamos a Londres intentaré arreglar el escritorio de mi madre. Max me dijo que lo cuidara. Tal vez podría tener un...

- ¿Cajón secreto? – dijo él sarcásticamente.

Leah estaba resuelta a encontrar ese certificado, se lo había jurado. No era justo que ella fuera el rehén para que la familia de Nik estuviera a salvo de algo. Aunque pensaba que era paranoico de parte de Nik pensar que ese certificado fuese aún una amenaza, a pesar de la muerte de Max.

Sin querer, Leah dejó escapar ese pensamiento por la boca.

- No pienso correr ese riesgo – dijo Nik.

- ¡Voy a terminar pensando que estás tapando un crimen o algo así, algo verdaderamente horroroso! – dijo ella temblorosa.

- ¡No es nada tan dramático! – dijo él con una risotada -. Puedes tener la conciencia tranquila.

- Me gustaría que me dijeras algo sobre el certificado – dijo ella dudando.

- ¿Y poner a tu alcance la tentación? ¿Crees que no sé lo desesperada que estás por ser libre? ¿Me crees tan estúpido?

- No le haría daño a tu familia – dijo Leah pálida.

- Espera a conocerlos.

- ¿Y eso qué quiere decir?

- Ya verás.

Nik se apartó de ella. Decididamente tenía un gesto amargo. Leah comenzó a pensar que la reunión familiar que iban a tener no iba a ser muy tranquila. ¿O estaba equivocada?

¿Por qué se obstinaba en actuar como si para ella las fotos con Paul no hubieran sido una sorpresa? Los nuevos y frágiles lazos que ellos habían trazado se habían visto destruidos por el recuerdo brutal del pasado.

Leah reconocía que en su intención de defenderse, había usado esas fotos para desahogarse, y que tal vez había sido un error.

Estaba furiosa. La culpa no era de Nik. Estaba furiosa porque no era capaz de tomar las riendas de su vida. Se sentía víctima de su padre, de quien había intentando ganarse la aprobación hasta el fin de su vida, e incluso víctima de Paul Woods.

Debía aceptar que la frustración, el arrepentimiento y la humillación habían sido producto de su pasividad. Nik no había participado en su decisión de aceptar el

matrimonio que le había propuesto su padre. Ésa era una realidad devastadora. Y lo peor era que ella no la había querido ver hasta ese momento.

En ningún momento, durante los cinco años de matrimonio, se había atrevido a discutir la situación, y Nik no había estado en posición de exigir su libertad. En parte no se extrañaba de que Nik pensara que ella había estado obsesionada con él, o que no quería perder su status y su holgada posición económica.

Y ahora pensaba cómo se habría sentido ella si le hubieran mostrado una serie de fotos íntimas con otra mujer... se habría puesto furiosa. Pero Nik había sido siempre muy discreto. Nunca se había dejado sorprender en una actitud de ese tipo con una mujer. Habían llenado las revistas de chismes y sospechas, pero nunca habían tenido ninguna prueba de que él tuviese una relación íntima con una mujer. Reconocía que jamás había tenido la intención de lastimarla.

Nik le había dado el status que su padre había querido para ella, como precio de su silencio. ¿Qué más podía esperar? El amor no había sido parte del trato ni siquiera entonces. Y de un modo u otro ella iba a tener que soportarlo.

- Ayer... – dijo ella sin saber muy bien qué iba a decir, pero con la firme intención de acortar el abismo que se había alzado entre ambos.

- Quería matarte – murmuró Nik con una entonación neutra -. Pero no me había dado cuenta de lo amargada que estabas. Nunca se me había ocurrido ponerme en tu lugar. Tú siempre parecías contenta. No mostrabas ningún signo de infelicidad.

- No estabas allí para verlo, y además yo aprendí a esconder mis sentimientos.

- ¿Por qué te quedaste conmigo? Necesito saberlo – dijo Nik -. Ahora me doy cuenta de que no podía ser por dinero, cuando estabas dispuesta a perderlo todo e irte con Woods. ¿Entonces por qué seguiste a mí lado durante tanto tiempo?

Leah tenía las mejillas encendidas. La mirada de él era como una acusación que pesaba sobre ella.

- La primera vez que te vi... bueno, sé que te parecerá estúpido ahora, pero para mí fue amor a primera vista.

- No me parece estúpido – dijo él.

Era difícil decirle esas cosas, y Nik quería ayudarla haciendo ver lo que estaba diciendo no era una tontería. Pero a Leah le costaba hablar de los sentimientos. Había sido tan fácil decir «Te quiero» a Paul cuando él se lo había dicho la primera vez...

- ¿Te ha pasado alguna vez? Quiero decir, algo así, ¿como un amor a primera vista? – susurró ella, de modo casi inaudible.

- Sí – contestó él -. Fue algo instantáneo, y me dio mucho miedo. Estaba como atontado, había perdido el control. No me gustó.

Leah bajó la cabeza. Era evidente que se refería a Eleni Kiriakos. Él tenía entonces dieciocho años, recordó Leah. Pero le dolía de todos modos saber que otra mujer había sido capaz de despertar en Nik un sentimiento tan intenso. Y se imaginó que si Eleni no hubiese estado tan preocupada por sus estudios, Nik hubiese seguido enamorado de ella.

- Me estabas contando como te sentías... – le recordó Nik.

- Era tan inocente... Al principio pensé que tú sentías lo mismo. Tú solo estabas ligando conmigo, pero yo no tenía experiencia, y no me di cuenta – dijo ella con amargura -. Así que puedes echarme la culpa por lo que hizo Max. Si no me hubiese enamorado de ti y lo hubiese demostrado tan claramente, tal vez él no hubiese pensado nunca en chantajearte...

- No fue culpa tuya, sé que te eché las culpas en el banco, pero dije lo que primero que se me ocurrió. Tú no tenías la culpa, pero eras la hija de Max, y la presión con la que había vivido hasta su muerte combinada con el descubrimiento de la caja que no contenía lo que yo buscaba, me hicieron perder la cabeza. Tal vez sea un poco tarde, pero lamento el modo en que te enteraste de los tratos de tu padre.

Leah estaba extrañada de que no hubiesen llegado ya a la casa de su madre. Por lo que había dado a entender Nik, no era muy lejos. Pero luego pensó que tal vez no quería que conociera a su familia en un momento de tensión como ése que atravesaban: prefería guardar las apariencias.

-Creo que es importante que seamos sinceros el uno con el otro. Me has dicho que tú me amabas al principio de nuestro matrimonio... ¿Cuándo dejaste de amarme? – preguntó él bajando la mirada.

- Simplemente te excluí de mi vida. No recuerdo cuándo.

- ¿Entonces por qué seguiste conmigo?

- Mi padre estaba tan orgulloso de mi boda contigo, que también quería ganarme tu amor.

Nik suspiró profundamente.

- Mira, de todos modos no pretendo que te sientas mal por ello. Tuviste la mala suerte de dar conmigo, y que yo estuviera como estaba contigo. Max nunca me hizo caso, y luego tú tampoco. No fue un trato ventajoso. Pero era algo a lo que estaba acostumbrada, a que me organizaran la vida.

- Pero te hice daño. Debo haberte hecho mucho daño continuamente – la voz de Nik sonaba severa.

- Si no tienes grandes aspiraciones y el suficiente respeto por ti misma, aceptas que te hieran, porque en cierto modo crees que tú lo has provocado. Y yo lo provoqué.

- Tú no provocaste ni el diez por ciento de todo lo que yo te he hecho pasar.

Leah dejó de mirar a la nada y fijó los ojos en Nik. Se pasaba nerviosamente los dedos por el pelo, y estaba pálido.

- ¿Por qué te tienes que sentir culpable? – preguntó ella confundida -. Nosotros no estábamos casados realmente.

- Pero ahora sí lo estamos. Tienes el vaso vacío. Déjame que te sirva otro trago – dijo él.

Leah se sentía un poco mareada. Si no hubiese sido porque estaba bebiendo zumo de naranja, habría jurado que estaba afectada por el alcohol.

- ¿Hemos pasado por esta calle antes? – preguntó ella viendo una iglesia que resultaba familiar.

- Tal vez Giorgio esté tratando de encontrar un atajo – dijo Nik.

- Me da la sensación de llevar toda una vida metido en este coche.

- Las conversaciones importantes pueden tener ese efecto.

- Pensé que eran indignas de ti.

- No, cuando mi matrimonio está en juego.

Leah no podía creer lo que oía. No era el tipo de afirmación que pudiera hacer Nik. Bebió nuevamente el zumo.

- ¿Sabes? Eres magnífico... – murmuró Leah como si hablase sola, y era verdad, no había más que verlo tan alto, moreno.

Nik se sentó más cerca y le tomó la mano.



- Quiero que me perdones por mi actitud de ayer.

Leah sentía que Nik le estaba diciendo lo que ella quería oír. Y había algo que le decía que no era sincero. «Mi matrimonio está en juego». No podía ser.

De pronto se dio cuenta de que hasta que el certificado no apareciera, Nik querría seguir casado con ella. El día antes, ella, por primera vez, se había enfrentado a Nik. Y tal vez él temiera que Leah estuviera dispuesta a separarse sin medir las consecuencias para su familia y para él mismo.

- No debes decir eso. En realidad yo fui un poco insensible.

- No, fui yo el insensible.

- Pero yo...

- Fue culpa mía – la volvía a interrumpir, un poco irritado.

- Pero yo debí...

- No quiero oír una palabra más – dijo él con una sonrisa increíblemente atractiva.

Pero Leah notaba el enojo que él apenas podía reprimir y que tensaba la atmósfera.

- Nik... No voy a dejarte otra vez – le dijo ella, sintiéndose culpable por el hecho de que él se viese obligado a frenar sus supuestos impulsos a marcharse de su lado - . Sé que no puedo, a no ser que encuentre ese certificado.

- Imposible – dijo él, cortante.

- Pero tú me dejarías ir inmediatamente si apareciera.

- Yo no diría eso.

- ¿Abrirías una botella de champaña y bailarás, entonces?

- No digas tonterías.

Nik sostuvo el vaso que ella estuvo a punto de tirar, y luego lo dejó a un lado.

- ¿Es ésa la misma iglesia de antes? ¿No estará perdido Giorgio?

Nik descolgó el teléfono y le dijo algo al chofer.

Leah movió los hombros y se quitó los zapatos.

Luego se preguntó por qué había hecho algo así. Y la verdad era que se sentía muy relajada, y a la vez excitada.

Nik la observaba. Luego le tomó la mano. La sangre de Leah se aceleró. Sus pechos se pusieron alerta. Sus pezones se habían vuelto más sensibles.

Hubo un silencio largo. Y luego, Nik, en un movimiento rápido, se aferró a las caderas de Leah, y la puso encima de él. Entonces la besó apasionadamente, desesperadamente.

Leah le miraba como si estuviera al margen de la escena.

- ¿Nik?

- No sabes lo que estás haciendo... – murmuró él.

- Sé lo que quiero hacer – entonces Leah se rió, y le lamió la línea de la boca.

Las manos de Nik se posaron en los antebrazos de ella, y en un movimiento que pareció apartarla, la apretó aún más contra él. La volvió a besar con pasión. Leah disfrutaba de su beso, y la excitación creciente se iba apoderando de ella como una ola que la envolviese.

De pronto él se paró, apoyando su cara contra la de ella, y le dijo.

- Soy un desgraciado... Soy todo lo que tú me has llamado y más, y ahora daría diez años de mi vida por hacer el amor contigo. Es una agonía...

Leah pensó que a la frase seguramente seguiría un «pero».

- En tu naranja había vodka, Leah.

- ¡Oh!

- Es algo desagradable lo que he hecho, pero necesitaba que hablases y que estuvieras relajada. El coche, además, está girando todo el tiempo, haciendo círculos. Por favor, perdóname.

Cuando Leah se apartó, Nik tembló, como una reacción que contrastaba con la tensión y la excitación de ese momento. Y Leah se rió, porque de pronto le pareció muy gracioso. Sabía que esa duplicidad en él debía molestarla, pero la imagen de Nik hecho un auténtico lío de sensaciones, le hacía gracia.

- Tienes conciencia...

- Sí, y ahora mismo me está matando. ¡*Theos!* Siempre es así contigo. Te deseo tanto, que haría cualquier cosa.

Leah descubrió en las palabras de Nik un poder suyo que no conocía. No se le había ocurrido que fuese tan deseable para él. Pero ella se daba cuenta de que excitación era mutua. No obstante, él era un macho que buscaba, sobre todo, sensaciones físicas. Seguramente no tenía nada que ver con las fantasías adolescentes que Leah había albergado durante tanto tiempo, pero igual le gustaba lo que él decía, y se daba cuenta de que nunca había valorado sus propios encantos.

- No tengo pechos grandes.

- ¿Qué?

- O piernas largas.

- ¡Dios! Yo creo que eres perfecta – le acarició los labios con la boca -. Eres tan perfecta... No puedo creer que seas mía...

- Dime más... – le invitó Leah, echando la cabeza hacia atrás, y sonriendo burlonamente.

Pero Nik no siguió, porque se dio cuenta entonces de que la limusina había parado.

- Hemos llegado.

Leah hizo un esfuerzo por volver a la realidad, lo que le costó unos segundos. Nik entonces le tomó la cara con una de sus manos en un gesto tierno, y le dio un beso que poco hacía por que ella se pudiera desprender de él.

El aire fresco la golpeó. Nik le rodeó la espalda con su brazo, y la ayudó a ponerse de pie firme, mientras ella se estiraba la falda de su traje.

- Si me tambaleo es culpa tuya.

Nik se rió suavemente e inclinó la cabeza.

- Todavía estás débil a causa de la gripe – le dijo él -. Definitivamente tienes que descansar en la cama antes de la cena. Y como soy un buen esposo que te cuida y que se preocupa por ti...

- ¿Un qué?

- Te voy a acompañar – completó la frase él.

Mientras Nik la conducía por las escalinatas que daban al impresionante edificio que tenían delante, y cuyas puertas estaban abiertas como para recibirlos, Leah pensaba que era evidente que Nik había devuelto a la relación entre ellos el encanto anterior a la discusión. Y Leah se sentía aliviada y feliz nuevamente. Pero le preocupaba la facilidad con la que él lo había hecho. Era casi un milagro.

En ese momento apareció Ponia, vestida y arreglada como nunca antes la había visto Leah. Con el pelo recogido, y un elegante vestido que realzaba su figura menuda.

- ¡Llegáis tarde!
- Nos hemos perdido – dijo Nik sin darle importancia.
- ¿Perdido?
- Pero nos hemos encontrado nuevamente – murmuró él en un aparte, como para que sólo Leah pudiera oírlo.
- Sí – dijo ella con una trémula sonrisa, y los ojos brillantes.
- Bueno. Ellos esperan que Nik te deje y vuelva con ella otra vez. Es desagradable. Es por eso que te están tratando como si fueras la mujer invisible.

Leah sintió ganas de reírse. No sabía realmente si lo que decía Ponia era cierto. Le fue presentando a todos los invitados. Y todos, sin excepción, la habían recibido con frialdad y formalidad. Había sido el tipo de bienvenida que hubiese espantado a cualquier nuera con expectativas acerca de un encuentro con su familia política. Leah comenzó a pensar que probablemente la muchacha tenía razón. Porque la sensación que le daba era que la habían recibido como a una enferma contagiosa.

Pero en el momento en que Nik fue a su lado, y le puso una mano alrededor de los hombros, todos cambiaron de actitud. No hacían más que escuchar a Nik, y estar receptivos hacia él. El efecto del cambio repentino era casi cómico. Sin embargo, Leah notó que la actitud de dos de las hermanas de Leah y sus respectivos hijos, adultos ya, no era sinceramente cariñosa. Recordó entonces lo que le había dicho Ponia. Que Nik mantenía a toda la familia; sólo los padres de Ponia eran independientes económicamente. Los demás eran mantenidos o empleados de Nik.

- Ven, que te presento a mi madre – le dijo Ponia impaciente.

Ariadne estaba sentada sola al fondo de la habitación. Parecía muy nerviosa. Tenía las manos entrelazadas y apretadas, y estaba tensa indudablemente. Leah se acercó sonriendo, esperando que su sonrisa le devolviera a la mujer cierta tranquilidad. Leah deseaba conocerla, y estaba predispuesta de antemano a que le cayera bien.

- Ésta es Leah – anunció la chica.
- Por favor, siéntate conmigo. Pide que nos traigan café – le dijo Ariadne a su hija -. Se ve muy feliz a Nik, creo. ¿Eres feliz tú también?
- Muy feliz.
- Hacía tanto tiempo que quería conocerte... que ahora no sé qué decir. Eres muy hermosa, y muy inteligente, por lo que dice Nik. Has hecho estudios de música, y sabes francés y alemán... Yo he aprendido inglés por mi hija. Quizás la próxima vez que vengas a Grecia puedas venir a visitarme – le dijo con una sonrisa ansiosa.
- Me gustaría mucho.

Leah notó que Ariadne estaba incómoda mientras hablaba con ella. Como si los demás miembros de la familia pudieran ver mal que ella recibiera a la esposa de Nik con agrado, y no por obligación, como hacían ellos.

- Me he encariñado con Ponia, en el tiempo que ha estado con nosotros.
- Has sido muy amable en recibirla. Nik la malcría mucho.

La voz de Ariadne se había desvanecía al ver a un hombre alto, de pelo gris, y luego volvió a elevar el tono de voz, diciendo con alivio:

- Ése es Stavros, mi marido.

Los ojos de Leah se achicaron. Había algo familiar en el rostro de Stavros, pero no sabía qué. Por un momento le recordó a Nik. Pero no tuvo tiempo de

comentarlo, porque enseguida se acercó el hombre con una sonrisa franca y una conversación que apagó momentáneamente la de su mujer.

Le preguntaban qué opinaba de Grecia, de la familia.

- ¡Si quieres hospitalidad griega de verdad, ven a nuestra casa! – le dijo Stavros jocosamente, haciendo que su voz llegara hasta todos los rincones del salón -. Lamentablemente nos casamos tarde, y fuimos agraciados con el nacimiento de nuestra hija, pero nuestra vida a veces se torna un poco aburrida para Ponia. ¡Ella cree que tenemos un pie en la tumba ya!

Nik atravesó el salón. Hubo saludos entre ellos.

De todos los invitados, Stavros era quien más afectivamente lo había tratado, pero en cambio Nik tenía hacia él una actitud contenida. Pero Leah dejó de pensar inmediatamente, porque Nik la había mirado con deseo, y los efectos de su mirada eran devastadores, y la hacían olvidar todo lo demás.

- Se te ve muy cansada – murmuró Nik.

Leah se ruborizó, pero Nik ya se la estaba llevando, con audacia sin igual. Leah miró hacia atrás disculpándose ante los demás, y vio en los ojos de Ariadne un gesto de perplejidad. Se dio cuenta entonces de que Nik no había hablado con su hermana, y se lo hizo notar.

- Por supuesto que hablé.

- No, en mi opinión.

Pero entonces Nik la silenció con un abrazo y un beso que la dejaron sin aliento. Leah emergió del beso aturdida, y un poco inhibida porque pensaba que sus familiares podrían haberlos visto, y que seguramente le censurarían.

- ¿Entonces, qué piensas de mi familia?

- ¿Quieres que te diga francamente?

- Si no, no te lo hubiese preguntado.

- Son horribles. Por supuesto que deben ser más cálidos de lo que aparentan...

- Probablemente más fríos.

- ¡Oh, Nik! – susurró ella.

- No seas tonta. Yo ya soy mayorcito como para que me adornes las cosas.

- Stavros y Ariadne son muy simpáticos. Parecen quererte mucho. E incluso Stavros se parece a ti... Sí, eso fue lo que me hizo pensar que ya lo conocía.

- ¿Estás loca? Si no es familia mía – dijo Nik frunciendo el ceño.

Por supuesto que no había lazos de sangre con Stavros, era sólo el cuñado de Nik.

- ¡Pero tú no eres familia de ninguno de ellos! – dijo Leah, arrepintiéndose inmediatamente de lo que había dicho.

Segundos después, Nik entraba en un dormitorio y cerraba la puerta de un portazo.

- Dilo otra vez – la exhortó.

Leah abandonó la pelea y se echó a los pies de la cama.

Lo siento, me he olvidado de que supuestamente yo no sabía nada – dijo Leah con lágrimas en los ojos.

- Evidentemente. ¿Y desde cuándo lo sabes? – le preguntó Nik irritado.

- Si te lo digo, debes prometerme que no te enfadarás con la persona que me ha dicho que eres adoptado – Leah apenas pronunció la última palabra, porque temía la reacción de Nik -. Porque ella pensaba que yo lo sabía...

- ¿Ella?

- ¡Nadie de mi familia pudo habértelo dicho!
- Fue Ponia.
- ¿Ponia? – Nik no podía creerlo.

Leah le contó sin ganas la conversación que había mantenido con Ponia. Nik estaba muy sorprendido.

- ¡Y todo este tiempo ella lo sabía! *Theos mou*, ¡no tenía la menor idea de que ella pudiera saberlo!

- Yo le dije que era un asunto muy privado, y no creo que vuelva a decir nada del tema. Se sintió muy violenta después – le dijo Leah, sin agregar su propia opinión, en el sentido de que le parecía que no tenía sentido seguir guardando ese secreto.

Después de conocer a la familia Andreakis no tenía la menor duda de que para ellos el tema de la adopción pudiera ser tan altamente confidencial. Y si Nik se había criado en esa atmósfera tendría la misma actitud hacia el tema, que sería demasiado delicado para él como para comentarlo.

Nik se quedó en silencio. Era evidente que estaba muy turbado por lo que ella había dicho. Leah hubiese querido compartir sus pensamientos, pero no era el momento. De todos modos él parecía tan afectado que ella no pudo reprimir ponerse de pie e ir hacia él y abrazarlo.

Nik se puso rígido ante la sorpresa de su gesto.

- Olvídalo. No tiene importancia – le dijo Leah, asombrada ante su atrevimiento y la corriente de ternura que la llevaba a ser protectora con él.

Nik la sorprendió con una risa, y luego la rodeó por las caderas, acercándola más a él.

- Si tú lo dices.

Leah se preguntaba cómo habría sido la vida de Nik rodeado de los personajes que estaban allí en el salón. No le habría sido fácil crecer a su lado. Y aunque contemplaba la posibilidad de que fueran fríos con ella especialmente, sospechaba que había algo más.

¿Sentiría resentimiento sus hermanas y su familia por el poder que tenía Nik, no siendo éste un Andreakis verdadero? ¿Sería porque sus padres lo habían adoptado siendo mayores, y sus hermanas, casi adultas, les hubiese sentado mal la noticia? Pero era injusto de todos modos, porque Nik era muy generoso con ellos.

Y lo más curioso era, ¿a quién de ellos protegía Nik? ¿A cuál de ese grupo tan siniestro protegía?

Leah de pronto sintió un deseo irresistible por saberlo.

- Pareces que estás a millas de distancia – dijo Nik.

Leah abandonó sus pensamientos y se vio forzada a volver a la realidad.

- Y te quiero aquí.

Instintivamente se acercó a él y se movió con la sinuosidad de una gata contra Nik, como quien busca una caricia. La respuesta de él no se hizo esperar, devorando la boca de ella.

La pasión de Nik la había tomado por sorpresa, pero rápidamente la había inundado de deseo. Reconocía el cuerpo de Nik, y lo deseaba con una intensidad que le hacía perder el control. La chaqueta de Leah cayó al suelo. Los dedos de Nik le acariciaron la espalda y le desprendieron el sujetador. Una mano subió hasta uno de sus pechos, haciéndola gemir de placer.

Nik la tendió sobre la cama y jugó con sus pezones. Un fuego lento la consumía. Leah temblaba de placer con el hambre que Nik saciaba en ella. Ella lo miró con pasión cuando él se echó encima, y se quitó la ropa con manos impacientes.

Ella volvió a sentir aquel húmedo cúmulo de sensaciones salvajes que él le desataba. Y ella se sentía deseada por Nik, lo veía en sus ojos que no se apartaban de ella, y de sus pechos desnudos y su falda subida hasta las caderas.

- Mientras conversaba y tomaba café no podía pensar en otra cosa que en esto. No podía concentrarme. Ahora siento que las sensaciones sobrepasan lo que yo anticipaba.

Leah lo miró, sus pechos subían y bajaban al ritmo de su respiración. Desnudo Nik era magnífico, una mezcla armoniosa de huesos y músculos y piel bronceada. Ella sintió un escalofrío recorriéndola cuando él le desabrochó totalmente la falda. Y se quedó allí, quieta, disfrutando de ese momento.

La lengua de Nik volvió a meterse en la boca de Leah. Ella cerró los ojos y lo abrazó, desesperada por el contacto con él. El corazón de Leah se agitaba más y más. Rodaron juntos, mientras él le quitaba la última prenda que aún los separaba.

- Sí – gimió ella, arqueando la espalda como reacción al delicioso tormento.

Él acarició donde ella deseaba más, pero le negó aquello que más ansiaba, aquello que ella anhelaba.

- No sé por dónde empezar. Quiero todo lo que me puedas dar... – musitó él apoyando la boca contra la de ella.

Leah era prisionera de su excitación. Él le dijo algo en griego y presionó la espalda de ella, volviendo a besarla con intensidad y pasión. Leah se quemaba entre sus caricias, y se moría por más.

- Ahora – dijo él alzándola suavemente y presionando sus muslos a medida que se internaba en ella con una embestida firme.

La intensidad del placer que Leah sentía, la hacía perder todo control.

- Te necesito – le dijo ella en un momento de éxtasis.

El mundo bajo esas sensaciones se había vuelto un mundo bajo el imperio de los sentidos. Lejos quedaba la realidad de todos los días. No había nada más que las demandas de su cuerpo deseando el de él.

Es hora de levantarse, *pethi mou*.

Leah sonrió medio dormida. La boca de Nik la acariciaba, pero cuando ella se estiró para alcanzarlo, vio que él ya no estaba allí. Abrió los ojos y se encontró con él al lado de la cama, con el pelo húmedo aún de la ducha, dedicándole una sonrisa.

- La cena estará dentro de una hora.

Leah estaba invadida aún por las escenas de aquella misma tarde, y sentía que debería hacer un esfuerzo por volver a la realidad.

- Vístete formal – le aconsejó él mientras se ponía una camisa de seda blanca -. Pienso que habrá baile. Por lo que se ve, mi madre quiere impresionar a todo el clan.

- ¿Y por qué quiere hacerlo? – preguntó Leah mientras se sentaba y se quitaba el pelo de la cara.

- Los miembros de nuestras familias dejaron de verse cuando Eleni y yo rompimos el compromiso. Y desde entonces ha habido una relación más bien fría.

Pero no me parece la mejor oportunidad para fiestas de sociedad. Hubiese preferido una reunión familiar más íntima, algo más adecuado a la ocasión.

Leah sabía perfectamente a qué se refería, pero era un tema que, afortunadamente, no le importaba. Era evidente que el encuentro de la familia Andreakis con la exnovia de Nik y su familia el mismo día que iban a conocer a la esposa de Nik no era mera coincidencia. Como tampoco había sido casual que la madre de Nik hubiese ignorado a Leah en el momento de conocerla.

- Si mi madre fuese una mujer más joven le diría algo acerca de su comportamiento contigo esta tarde.

- Por favor, no discutas con ellos por mi culpa – pero Leah se alegraba de que él se hubiera dado cuenta de la actitud de su madre, y que estuviera de su parte.

- No me imaginé que fuese capaz de hacer algo así. Si no te respeta como es debido no vendré más a esta casa.

- No hagas eso – le dijo Leah.

- Si te soy sincero, sólo vengo aquí por compromiso. Odio esta casa, y me desagrada la mayoría de la gente que normalmente encuentro aquí.

Leah estaba sorprendida de las confesiones íntimas de Nik. Era la primera vez que acertaba la distancia emocional con ella.

Pero le inquietaba el saber que pudiera ocultarle tan bien las emociones.

- Nik, deja que se acostumbren a mí. Ponia me decía esta tarde que están esperando a que rompas conmigo y vuelvas con Eleni.

- Eleni está felizmente casada, así que no sé por qué abrigan esas esperanzas.

Leah se dio cuenta entonces de que Nik no sabía nada de la ruptura del matrimonio de Eleni.

- Según tu sobrina, Eleni se ha separado de su marido.

Nik dejó de anudarse la corbata y dijo:

- ¿Y desde cuándo?

- No lo sé – dijo nerviosamente Leah.

- Ariadne debiera ponerle un candado en la boca a su hija.

Entonces se hizo el silencio. Leah se levantó de la cama y fue a la *suite*. Era evidente que la noticia sobre Eleni lo había sorprendido y lo había dejado en un estado de ensimismamiento. ¿Qué significaba para él la noticia de que Eleni estuviera libre de nuevo?

Pero se dijo que no debía dar rienda suelta a la imaginación.

Nik no la había esperado para bajar al salón. Leah había hecho su aparición con un vestido de noche azul, a juego con sus ojos, y que dejaba al descubierto sus hombros desnudos. Y lo primero que había visto había sido a Nik conversando con Eleni en un rincón del final del salón. Parecían muy inmersos en la charla, y Eleni no tenía el gesto triste de una mujer que acaba de romper su matrimonio y busca las palabras de un amigo, sino que se la veía feliz. Nik, en cambio, tenía un gesto serio, grave.

Ponia la saludó de lejos con la mano, pero no pareció dispuesta a interrumpir la conversación que mantenía con el joven sentado frente a ella.

De pronto Nik la vio y se puso de pie. En ese momento, anunciaron que la cena estaba lista.

- Has sido muy oportuna interrumpiendo la conversación. Pero estás encantadora.

Leah no pudo resistir preguntarle:

- ¿Se ha separado Eleni?

- Sí.

Pero una cena formal no era el mejor momento para hablar de ello.

Para su sorpresa, se encontró sentada a la derecha de la anfitriona, y frente a Nik. Y Eleni sentada varios sitios más allá. Incluso la señora Andreakis había intentado darle conversación en perfecto inglés. Leah le contestó con generosidad, pero en su interior sentía un cierto desconcierto.

Fue un alivio levantarse de la mesa. Enseguida Ponia se acercó a Leah y le dijo:

- Quiero que conozcas a alguien.

Se trataba del joven que la había acompañado. Se llamaba Dion, y, por su gesto, parecía estar acostumbrado a que lo mostrasen como un trofeo.

- Vamos a comprometernos en año que viene.

Leah recordó lo que había sentido cuando había conocido a Nik. Le parecía tener cien años más que entonces. ¿Quién podía asegurar que Ponia era demasiado joven para saber lo que quería?

- A los catorce años me dijo que se iba a casar con él – dijo Nik, que había aparecido por detrás, en el momento en que la pareja se alejaba -. Y me dijo por qué.

- ¿Por qué?

- Quería verlo sonreír, y él sonríe continuamente a su alrededor. Tiene veintidós años, está terminando sus estudios en Harvard, y es muy serio, tanto como ella inconsciente. A él le da miedo que ella se aburra de él dentro de un año.

- ¿Piensas que es posible eso?

- No – pienso que tiene las suficientes agallas como para hacer lo que su corazón le dicta. Incluso fue capaz de hacer frente a la familia de él, y no dejarse llevar por el orgullo, cuando ellos restaron importancia a la relación entre ellos. Yo la envidio por esa fuerza y esa claridad.

Y Leah supo que hablaba de su relación con Eleni, y se hizo muchas preguntas acerca de esa relación. ¿Eleni lo habría dejado romper la relación sin importarle realmente?

Nik bajó con Leah. Pero ella no podía relajarse. La idea de la posibilidad de perderlo alguna vez la aterraba. Porque la certeza de que él no podría abandonarla si no encontraba el certificado no le servía de nada.

Le presentaron a los padres de Eleni. Fueron educados y amables, pero fríos en el fondo. Al fin y al cabo ella era la mujer que le había robado el novio a su hija.

Leah pidió excusas para salir a tomar el fresco. En ese momento Stavros se acercó a ella.

- No he visto a Ariadne esta noche.- le dijo ella.

- Lamentablemente mi mujer no se encontraba muy bien. Se ha quedado descansando.- suspiró.

- ¿Está enferma?

- Está enferma de los nervios. Pero sólo le pasa aquí, con su «adorable» familia. Y la actitud de Nik, que la trata como si fuera la peste, no la ayuda en absoluto.

Leah se puso colorada; no estaba preparada para esa confesión.

- Lo siento... yo... – Leah no sabía qué decir.

- Os he observado juntos. Tú y Nik estáis muy unidos. Le he prometido no hablar contigo de ello. Así que hablaré contigo para ver si puedes hacer de intermediaria.

- ¿Intermediaria?



- Entre nosotros y Nik. Nik sabe... Puedo decirte exactamente la fecha en que cambió su actitud con mi esposa. Quise hablarle entonces. Quería saber lo que él sabía, qué tontería le habían dicho que pudiese hacer que cambiase tanto con ella. Pero Ariadne tuvo un ataque de nervios cuando se lo comenté, y tuve que callarme, pero contra mi voluntad.

- Stavros, no sé de qué me estás hablando – le dijo Leah incómoda.

- ¿Tú también? – el hombre suspiró con pesadez -. Por supuesto que lo sabes. Nik se enteró de ello cuando estabais recién casados. No creo que no te lo haya dicho. Hace treinta años Ariadne le dio, pero nunca renunció a él realmente, y por otra parte siempre ha pensado que hizo lo mejor para él.

Leah comprendió de golpe. Se sentía como si una ola la hubiese tomado por sorpresa y la hubiese dejado atontada. Ariadne no era la hermana de Nik, sino su madre. Y había dado su hijo a sus padres para que lo criasen como propio, a la vista de ella, pero sin ocuparse ella de él. Y Nik lo sabía. La última pieza del puzzle acababa de encajar. ¿Era éste el secreto por el que su padre había podido chantajearlo?

- Quiero estar seguro de que Nik sabe la verdad – dijo Stavros, demasiado conmovido como para estar atento a la reacción de Leah -. Toda la verdad, no sólo lo que su abuela haya querido decirle. Nik nunca fue adoptado. Se hizo un certificado de nacimiento como para que Evanthia y Alexos aparecieran como padres de Nik. Pero no pudieron engañar a las hermanas de Ariadne con la historia de la adopción. Alexos quería un hijo varón e insistió en quedarse con Nik, un hijo a quien podría criar como propio y que era por lo menos un Andreakis a medias.

- Tú conoces la historia completa...

- ¡Si la hubiese conocido hace treinta años, no hubiese permitido que lo hicieran! – dijo Stavros con rabia -. Hicimos mal las cosas. Pero debieron dejar que nos casáramos cuando supieron que Ariadne iba a tener a un hijo nuestro. ¡Eso es lo que no puedo perdonarles!

- Tú eres el padre de Nik – susurró Leah, mirando a Stavros con asombro.

- ¿No lo sabías? ¿Me estás diciendo que Nik no lo sabe tampoco?

- Es algo de lo que no hemos hablado – dijo Leah débilmente.

- Tal vez no lo sepa. Tal vez nos eche la culpa de su triste infancia. Y tiene motivos...

- ¿Podrías contarme la historia desde el principio?

Stavros fue breve. Él era estudiante por aquel entonces, cuando se enamoró de Ariadne Andreakis. No tenía dinero ni pertenecía al medio social que pudiera impresionar a los Andreakis, y se habían opuesto a esa relación. Y Ariadne no tenía la valentía de enfrentarse a su familia. Cuando descubrieron el embarazo de Ariadne, ésta hizo un viaje con su madre. No le dijeron nada a Stavros. Él ni siquiera conocía la existencia de Nik, hasta que se encontró con Ariadne diez años más tarde.

- Quería morirme al saber todo lo que ella había tenido que atravesar sola. Y al saber que tenía un hijo que no podía reclamar. Pero esa vez estaba decidido a no dejar que me separasen de Ariadne. ¡Incluso hice que se casara conmigo pese a la oposición de ellos! – dijo Stavros con satisfacción -. Alexos estaba furioso y Evanthia no quería ni verme, y aún hoy no quiere ni verme. ¿Pero qué podían hacer frente a los hechos consumados? Las apariencias son algo muy importante para esta familia.

- ¿Y entonces?

Entonces la felicidad se mezclaba con la desdicha. Ariadne pensaba que debíamos estar agradecidos por poder ver a nuestro hijo. Si lo hubiésemos dado en adopción, jamás lo hubiésemos encontrado, jamás lo hubiésemos conocido... Pero algunas veces pienso que tal vez habría sido menos doloroso. Evanthia no lo quería, no lo trataba como a un hijo, y el resto de la familia estaba resentido con él, ya que heredaría en primer lugar.

- Y aún están resentidos – murmuró Leah afectada.

- Sin embargo él ha multiplicado cien veces su riqueza. Alexos... era un hombre bueno. Se ocupó de Nik. Pero pensaba que Ariadne era una persona débil, y por ello fue muy duro con su hijo. Pero Ariadne no es débil. Ella llevaba más o menos bien la situación, hasta que vio que Nik empezó a evitarla, y entonces nos dimos cuenta de que sabía algo.

- Hace cinco años, has dicho...

- Debe haber sido un *shock* terrible, pero hemos esperado tanto que sospechara algo o descubriera algo... No se trataba de que se lo dijéramos si él no sospechaba nada. Ariadne les había prometido a sus padres que nunca se lo diría. Ése había sido el precio. Pero jamás se nos hubiese ocurrido que Nik se pudiera comportar tan despiadadamente con ella al enterarse de quiénes eran sus padres.

Leah se preguntaba qué sentiría Nik realmente. ¿A quién protegía? ¿A su abuela o a Ariadne?

- Debemos encontrar una solución a todo esto, para que Ariadne se quede con la conciencia tranquila. Por ello te pido que hables con Nik y averigües si sabe toda la verdad. Porque es evidente que él no se va a acercar a nosotros.

- Sí.

- Ella lo quiere mucho. Siempre lo excusa. Pero ya es un hombre. ¿Por qué está así con ella y no conmigo? Tampoco disimula su cariño por Ponia. Si no fuera por la promesa que le hice a su madre, ya le hubiera plantado cara.

- No creo que Nik sepa que tú eres su padre.

- Es un poco egoísta por mi parte meterte en semejante lío... – dijo Stavros al descubrir las huellas de la preocupación en el rostro de Leah.

- No.

Estuvo tentada de decirle que ella ya era parte de ese gran lío desde mucho antes. ¿Habría tenido Max ese certificado en sus manos? ¿Se haría mención en él acerca de quién era su padre? Lo que estaba claro era que había descubierto quién era su madre. Pero no había hecho más preguntas.

Leah suspiró hondo.

- Hablaré con él cuando volvamos a Londres, aquí no.

- Sea como sea, te estoy muy agradecido.

Cuando Stavros se alejó de ella, Leah sintió el peso que le había dejado. No se trataba de una noticia fácil de dar. Y Nik era imprevisible.

Nik la miraba desde el otro lado del salón. Leah se preguntaba si se habría dado cuenta de que había tenido una larga e íntima conversación con Stavros. Se sentía culpable por guardar tantos secretos sobre su vida. Hubiera corrido a contarle todo, pero tenía que encontrar el momento oportuno. Y si bien Leah le había devuelto la mirada a Nik, él ya no la miraba, y en cambio se daba la vuelta para sonreír a algo que había dicho Eleni.

## CAPITULO 10

Al volver a Londres, Nik debía irse al poco rato, tan pronto como se cambiase de ropa. Tenía mucho trabajo.

- Hablaremos cuando vuelva.

¿Por qué tenía la impresión de que él la trataba como si ella fuera culpable de algo? ¿Cómo reaccionaría ante el hecho de que ella supiera tantas cosas? Al fin y al cabo él no confiaba lo suficientemente en ella como para habérselo contado. Pero, ¿qué cosas sabría él?

Leah fue al salón. Allí estaba su escritorio, herencia de su madre. Le echó una ojeada. Estaba igual que siempre. Los cajones vacíos. La llave decorativamente sujeta con una cadena a la hoja plegable que servía de escritorio propiamente dicho. El carpintero que lo habría restaurado había cometido el error de poner a la llave una cadena muy corta que impedía cerrar el escritorio, por eso no lo usaba.

De pronto se dio cuenta de que la llave se parecía a aquella que le habían dado en el banco para abrir la caja fuerte. Rompió la cadena, haciéndose daño en el intento. La llave había sido bañada en oro para hacer juego con la cadena, pero se veían aún los números grabados en ella. Ni siquiera encajaba bien en la cerradura. Seguramente correspondía a otra caja. Durante cinco años Max podría haber ocultado el pasaporte a la libertad de Nik en su propia casa. Una última ironía de Nik.

Leah fue hacia el ala de la casa que ocupaba Nik. Él se estaba poniendo una camisa limpia en el dormitorio, tan embebido en sus pensamientos que apenas se dio cuenta de la presencia de Leah.

- Nik... – le dijo ella temerosa.

Por un momento, Leah pensó en esconder la llave. Pero debía tener la valentía de dársela y afrontar las consecuencias. Entonces levantó la mano y tiró la llave en la cama.

- Después de todo no ha sido una condena a cadena perpetua... – se oyó decir.

Nik pareció no entender. Miró alternativamente la llave y a Leah.

- Es la llave de otra caja fuerte. Es posible que contenga lo que buscas.

- ¡Cristo! – exclamó antes de levantar la llave -. ¡Todo este tiempo buscándola! ¡No lo puedo creerlo!

Leah se fue hacia la ventana. Se trataba de la tierra prometida de la libertad. Podía ser el principio o el fin de su matrimonio.

- Hay algo más de lo que tenemos que hablar.

- ¿No podemos esperar para hablar de ello? No voy a poder parar hasta que vaya a París y pruebe esta llave.

- Me temo que no. Ya ves, ocurre que sé lo que hay en la caja. Tu certificado de nacimiento – le dijo Leah.

La expresión de Nik se tensó.

- ¿Y dónde has conseguido esa información?

- Ciertamente no la he conseguido por ti. Stavros me la confió.

- ¿Stavros? – Nik pareció muy sorprendido.

- Me pidió que actuase como intermediaria. Creyó que yo era de tu confianza. Así que ahora sé que Ariadne es tu madre natural.

- ¿Stavros está enterado de esto? – le dijo él con gesto grave.

- Mira, no es asunto mío – le aclaró Leah, porque Nik parecía recalárselo con la mirada.

- ¿Cuánto hace que lo sabe?

Leah comprendió que Nik no sabía que Stavros era su padre, pero ella no quería ser quien se lo dijera.

- ¡*Theos mou!* Si él lo sabe no había peligro de que su matrimonio se rompiera – dijo él frustrado.

Y con esas palabras, Nik le había dicho muchas cosas. Nik pensaba que Stavros no estaría en condiciones de aceptar un pasado oscuro de su esposa. Un marido griego no podría tolerarlo. Así que Nik estaba protegiendo a Ariadne. Y se sentía frustrado por saber que su sacrificio había sido inútil.

- Stavros sabe todo acerca de tus padres. Quiere hablar contigo. Está preocupado por Ariadne. El hecho de que continúe siendo un secreto le está perjudicando.

Nik murmuró algo en griego, y se tapó la cara con las dos manos.

- ¿Entonces por qué no me ha hablado personalmente?

- Le prometió a Ariadne que no hablaría contigo del asunto, así como ella les había prometido a sus padres que lo mantendría en secreto.

- Ella se avergüenza de mí.

- No creo. Si no fueras tan terco y tan orgulloso te hubieras enterado de toda la historia por ti mismo – le dijo Leah temblando.

Nik la miró con rabia.

- La primera vez que la vi después de enterarme, intenté hablar con ella. Pero ella se puso a llorar y salió corriendo. Estaba histérica y aterrada.

Y debía tener miedo de enfrentarse a Nik. Porque él se habría sentido absolutamente traicionado por una mentira que había durado veinte años. Entonces, en lugar de aparentar estar herido habría aparentado estar enfadado. Y Ariadne no habría sabido cómo actuar frente a él.

Con frialdad pasmosa, Nik emprendió la marcha preguntando antes:

- Entonces, ¿qué más hay que hablar? ¿Sobre nuestro matrimonio? Eso es muy sencillo. Te quedas o te vas. Trata de tomar una decisión ante de que esté de vuelta de París – dijo él con frialdad.

Leah se quedó en silencio. Lo vio ponerse la chaqueta. Estaba anonadada. Nunca se había sentido tan humillada.

Hubiese sido mejor que brindara con champaña y que bailase para festejarlo, en lugar de reaccionar con tal indiferencia.

Al fin y al cabo Nik ya no tenía motivos para seguir fingiendo. Y sin embargo las escenas eróticas del día anterior, la pasión que habían compartido, o que ella había creído que habían compartido... Pero Nik le había dicho un día que le daba miedo el amor. Había crecido sin amor y había aprendido a vivir sin él. Y así se había ido haciendo Nik, un hombre incapaz de compartir nada, incapaz de sentir para no arriesgar ni un ápice de orgullo.

El papel que Max le había obligado a representar había llegado a su final.

Leah sintió escalofríos. Nik le servía en bandeja la libertad que había peleado semanas atrás, él no iba a esperar para desembarazarse de la hija de Max. Entre lágrimas, pensó que no valía la pena sufrir por un desgraciado como él.

Ha estado muy bien cariño.

Cuando Leah levantó los dedos del piano el atractivo americano que se apoyaba en él no disimuló su admiración hacia ella.

¿Conoces una que es así? -silbó una canción un poco desafinada, y volvió a su asiento, después de que ella le respondiera con una sonrisa.

A esa hora el bar solía estar lleno de gente, y algunos le pedían sus canciones preferidas. No le pagaban bien, pero se las arreglaba para vivir, y además en breve tenía un par de entrevistas de trabajo.

Por lo tanto sobrevivía. Llevaba un mes apartada de la vida de Nik. Había aprendido a estar ocupada todo el tiempo, y así estaba tan cansada que dormía toda la noche sin pensar en nada. Se había apuntado a un curso de informática, miraba los avisos de trabajo del primero al último, y había escrito a varios de los que parecían estar a su alcance. Y todos los días rogaba que fuera un día en el que no pensara en Nik. Pero lamentablemente el tocar el piano no le servía de mucho en ese sentido.

Por lo tanto cuando Leah alzó la vista y vio a Nik a unos pasos de ella, pensó al principio que no era una imagen real, sino una mala pasada de su fantasía. Siguió tocando, pero sus ojos no se apartaron de él.

- Toca para mí – dijo Nik.

Leah había dejado de tocar el piano sin siquiera darse cuenta. Su corazón dio un vuelco. ¿Cómo y por qué le había seguido el rastro?

- Por favor... – murmuró; sonaba extraña esa palabra en él.

- ¿Qué quieres que toque? – preguntó Leah como si se tratase de un cliente cualquiera.

- Cualquier cosa.

- ¿No puedes decir el nombre de algún compositor?

- Chopin.

Tocó algo de Bethoven, porque sabía que le daría igual. Nik se quedó al lado del piano todo el tiempo, algo que a Leah le molestó.

- ¿Qué quieres? – dijo ella, tensa, mientras veía al dueño del establecimiento que los miraba, con recelo por la confianza que se estaba tomando el cliente.

El camarero me ha dicho que a las nueve tienes un descanso.

- No para compartirlo contigo.

Nik había dejado un estuche de joyería forrado en piel sobre el piano.

- Es el collar de tu abuela.

- ¡Lo he vendido!

- Te lo estoy devolviendo.

- ¡No lo quiero! ¡Y quiero que te vayas y que me dejes sola!

- ¿Es este caballero un amigo tuyo, señorita Harrington? – el encargado se había acercado a ellos.

- No.

- Si estuviera en su lugar no haría caso a esa mentira – le advirtió Nik al encargado-. Su pianista es mi esposa.

- ¿Es cierto eso?

Leah hubiera querido gritar que era una farsa, pero estaba segura de que Nik iba a seguir su disputa. Por fin asintió con la cabeza.

- Y está a punto de hacer una pausa... – agregó Nik.

Leah atravesó el salón hasta la mesa reservada para su uso personal, cerca del bar. Nik se sentó frente a ella y la miró inexpresivamente. Había perdido peso, se le notaba en los rasgos sobresalientes de su cara.

- ¿Cómo me has encontrado?

- Con esfuerzo.

- ¿Qué quieres?

- Quería que vieses esto – Nik sacó un papel del bolsillo, y lo extendió ante ella - . Tienes derecho a ello, ¿no?

Era el certificado. Ella no sabía si reírse o llorar. Un certificado en el que ponía que un tal Nikos Andreakis había nacido hace treinta años, hijo de Ariadne, en una clínica suiza.

No pone nada del padre. Cuando se lo pregunté a Evanthia me dijo que era un hombre casado, a quien mi madre no había querido nombrar. También me dijeron que Stavros no tenía ni idea de que Ariadne tuviese un hijo ilegítimo. Me recordaron también las ventajas que había tenido el que se mantuviera en secreto. La vida que hubiese tenido de no haber permanecido dentro de la familia. También me dijeron que tenía el deber de mantenerme callado y no avergonzar a Ariadne con el recuerdo de la relación que nos unía – dijo Nik con severidad.

- ¡Qué cruel!

- Hasta el día en que Max me mostró esto, yo no tenía la menor idea de que no era hijo de Evanthia. El engaño me destruyó. En todos esos años nadie me había dicho nada. Quise hablar con Ariadne. Quería respuestas a mis preguntas. Tenía derecho a ellas. Pero ella salió corriendo. Y al hacer eso me confirmó lo que Evanthia me había dicho. Por lo tanto no me acerqué nunca más a ella. Se ponía tan nerviosa...

- Tú la protegiste.

- Por supuesto – dijo él guardando el certificado.

- ¿Has hablado con ella ahora?

- Sí. Y con Stavros. Gracias por haberme aconsejado que lo hiciera.

- Pensé que era mejor que no te lo dijera yo.

- Estoy muy contento con Stavros. Siempre me hubiese gustado tener un padre que me amenazara si disgustaba a mi madre.

Leah lo miraba sin decir nada.

- ¡Al fin sé a quién salgo! – le dedicó una sonrisa que llegó al alma de Leah-. Me gusta. Siempre me ha gustado.

- Me alegro de que se haya resuelto todo – murmuró Leah. Sentía que él quería dedicarle a ella un final feliz, después de que Max hubiese empezado la historia como una pesadilla.

Se hizo un silencio. Nik miró el reloj.

- No quiero entretenerme más – dijo ella, preguntándose si él oiría el latido de su corazón.

- He comprado una casa en el campo. He puesto a la venta la casa de Londres.

Parecía un buen principio, aunque no entendía su elección. Ella siempre había deseado vivir en el campo, en cambio él no.

- He pensado que quizás quieras venir a... bueno a verla.

- ¿Por qué?

- Se me ha ocurrido simplemente – contestó él, llevándose la bebida a la boca, que estaba intacta hasta ese momento.

Hubo silencio nuevamente.

- Has encontrado trabajo – dijo él nervioso.
- No pienso estar aquí toda la vida. Estoy empezando. Y saco lo justo para vivir.

Si te preocupa eso...

- ¿Por qué iba a preocuparme?
- Quizás te hubiera gustado que no pudiera salir adelante.
- Quizás – él no lo negó.
- ¿Has tenido noticias de mi abogado ya?

Hubo un silencio sepulcral.

- Has tirado todos mis calcetines – dijo Nik apesadumbrado.
- Era una especie de declaración de principios.
- Sí, me he dado por enterado.

- Fue una tontería – dijo ella dibujando el borde del vaso con el dedo -. ¿Cómo está Eleni? – le preguntó sin poder reprimirlo.

- Feliz... su marido volvió a buscarla el mismo día de la cena. Ella ha prometido trabajar un poco menos, y él ha prometido aprender a cocinar o algo por el estilo.

- ¿Era eso de lo que estabais hablando aquella noche?

- Sobre todo me estaba diciendo cosas sobre mí. Que le había roto el corazón hace cinco años, y que ni siquiera me había dado cuenta. Y que si me hubiera casado con ella y le hubiese hecho lo que te hice a ti, me habría castrado.

Eleni se había vengado de él ahora que ya no le importaba.

Volvió el silencio.

- ¿Quieres dormir conmigo esta noche?

Leah no podía creer lo que le preguntaba. Pero él la miró desafiante, como para que no tuviera la menor duda de sus propósitos.

- No voy a contestar semejante proposición.

- ¿Por qué no?

- ¡Estoy en proceso de divorciarme de ti!

- No ha habido ninguna mujer. Ni siquiera he mirado a otra. No deseo a otra mujer. Te deseo a ti.

- Entonces tienes un problema – dijo ella temblando como una hoja. Y en realidad lo deseaba tanto, que se odiaba.

Nik le tomó la mano, evitando que ella se alejara de él.

- No debería haberlo preguntado... No era realmente lo que quería decir.

- ¡Pero es exactamente lo que estabas pensando! – exclamó Leah, quitando la mano apresada por la de él.

Leah se sintió indignada ante la actitud descarada de él. La deseaba aún, pero aunque se lo pidiera de rodillas no accedería.

Por el rabillo del ojo lo vio levantarse y abandonar el bar. Leah hubiese querido llorar desconsoladamente, pero había un público que la estaba esperando y un trabajo que realizar.

Eran las cuatro de la madrugada de esa noche cuando se durmió por fin.

A las ocho alguien llamó a la puerta de su casa de manera insistente. Leah hizo un esfuerzo y se levantó a abrir. Un ramo de rosas rojas fue depositado en sus manos. Era Nik que aprovechándose de que Leah estaba medio dormida, había entrado y cerrado la puerta.

- ¿Y qué esperas que haga con esto? – dijo ella consciente del aspecto horrible que tenía, frente a él que parecía sacado de un anuncio de trajes italianos.

- Las pones en agua...

- ¿Qué pasa contigo? – preguntó ella.

Él la miró unos segundos, y luego se apartó en silencio.

- Fueron muy pocas las mujeres con las que me acosté en estos años. Con la mayoría en el primer año, durante el último con ninguna.

¿Qué reacción esperaba él después de semejante información?

Pero no pudo pensar en nada. Simplemente le pegó con el ramo por la espalda varias veces, compulsivamente, hasta que el ramo se le cayó de las manos. Él no hizo amago alguno de defenderse.

Entonces Leah hundió su cara en sus manos y sufrió un ataque de llanto repentino. Nik la tomó las manos.

- Por favor, ven a casa.

- ¡No puedo!

- No te preguntaré lo que has estado haciendo durante este mes. Te lo prometo. No volveré a mencionarte a Woods. Puedo hacerlo. Dejaré de ser celoso. Crees que no puedo, pero sí puedo.

Leah separó sus labios secos en medio del llanto.

- ¿Estabas celoso?

- Me devoraban los celos. ¿Qué crees que soy, una piedra? – dijo con firmeza -. Cuando vi esas fotos me quise morir. No pude soportarlo. Y sabía que si no era capaz de tolerarlo, te perdería. Y te he perdido al final. Pero ya me he sobrepuesto.

- Nik... la garganta de Leah se espesaba.

- Esa noche en Atenas sabía que estabas pensando en él. Y pensé que no podría vivir con ello.

- Estaba pensando en ti. Stavros acababa de decirme lo de su parentesco, y me sentía muy culpable porque sabía que tú lo debías saber.

- No sabía que habías estado hablando con Stavros. Y cuando me diste esa llave al día siguiente, de la forma en que lo hiciste, supe que la recompensa que esperabas era tu libertad. No podía obligarte a seguir a mi lado. Y menos si estabas enamorada de Woods. No tenía sentido. La decisión de quedarte tenía que ser tuya, y realmente no quería estar presente cuando la tomaras.

De ese modo Nik admitía un acto de cobardía que jamás hubiese esperado de él.

Ahora de daba cuenta de que la inseguridad la había llevado a malinterpretar sus palabras y sus hechos. Porque la que había estado luchando por escapar de ese matrimonio había sido ella, y él en cambio la había presionado para que siguiera con él. Y en el momento que apareció la llave, era lógico que él pensara que ella tenía que tomar una decisión.

Leah tragó saliva, le costaba hablar.

- No estoy enamorada de Paul.

- Esas fotos dicen algo muy diferente – dijo él soltándole las manos y yendo hacia la ventana.

- Las fotos pueden engañar. Ni siquiera lo he visto desde el día que estuvo en la casa. Y ese mismo día se terminó todo. No fue más que una aventura, un pasatiempo, como quieras llamarlo. Estaba muy sola, aburrida y supongo que quería lo que jamás había tenido.

- Lo que podrías haber tenido conmigo si yo no hubiese sido tan orgulloso y tan mezquino como para ofrecértelo – Nik volvió hacia ella y agregó -. Tú has sido más sincera conmigo de lo que me merezco, *pethi mou*. Si te he perdido ha sido por mi



culpa. Me enamoré de ti la primera vez que te vi. Tú no te equivocaste con mis sentimientos. Fue como si la luz me golpease de pronto. Y cuando me pude recuperar del shock, lo único que quería hacer es salir corriendo.

- ¿Pero...?

- Pero tú debiste atarme los tobillos, porque no fui capaz de irme. Tú eras muy joven. Yo no estaba preparado para el matrimonio. Pero me daba miedo que otro hombre estuviera en condiciones de darte lo que yo no podía. Y si yo me iba de tu lado no iba a haber oportunidad de que estuvieras a mi alrededor cuando yo decidiera volver.

- No puedo creer que esos eran tus sentimientos – dijo Leah, temerosa de creer lo que él decía, que después de todo, no se hubiera equivocado cuando había creído que la atracción irresistible había sido mutua.

- Mis sentimientos eran esos. Pero no sabía cómo manejarlos, y además creo que estaba resentido por el poder de atracción que ejercías sobre mí. Pero luego, Max cambió todo. De pronto no tuve elección. Nunca, nadie, me había hecho hacer nada que yo no quisiera. Me sentí totalmente impotente. Me sentía como un caballo de raza que tu padre había comprado para ti. Atrapado por una adolescente. ¡Y me juré que no te daría nada que yo no quisiera darte!

Leah pensó en cómo se habría sentido. Y pensó amargamente en su padre, que les había destruido la posibilidad de ser felices.

- Lo comprendo – dijo Leah.

- Pasaron dos años de nuestro matrimonio hasta que empecé a desearte nuevamente – Nik hizo una pausa -. No, no lo demostré. ¡Me hubiese dejado matar antes que acercarme a ti! Mi orgullo no me permitía doblegarme más aún al chantaje de Max. Tú eras una mujer a quien yo jamás tocaría.

- Sí –dijo ella.

- No te tuve en cuenta. Era una lucha entre Max y yo, y tú estabas en medio. Tú eras mi esposa. Yo no podía tocarte. Pero ningún otro podía tampoco. Pero cuando murió Max yo ya había decidido que seguirías siendo mi esposa, y entonces, al ser una elección propia, nuestro matrimonio sería real. Ya sabes, a mí no se me ocurría que tú pudieras tener otras ideas. Habías aceptado la situación por tanto tiempo... – terminó Nik con una sombra de desconcierto y vergüenza a la vez.

- Tú pensabas que con tu palabra bastaba... – Leah pensó que era muy arrogante, pero por lo menos era sincero.

- Yo pensaba que tú me amabas, y que por ello habías seguido a mi lado.

- ¿Pensabas que era la fiel Penélope?

- Fue muy vanidoso de mi parte. Cuando te oí hablar por teléfono con Woods, me quise morir. Querías dejarme, y tuve que tomar medidas extraordinarias para que no te fueras. Realmente no pensaba que ese certificado fuera aún una amenaza para mí.

- ¿No? – Leah estaba pasmada ante tal afirmación.

- Simplemente lo utilicé para retenerte, y obligarte a que le dieras una oportunidad a nuestro matrimonio. Y no tenía derecho de hacerlo. El orgullo y el resentimiento me había impedido hacerlo en vida de Max. Pero no quería enfrentarme a la posibilidad de perderte.

- No querías que ninguna otra persona te comprara calcetines... – dijo ella sonriendo, mientras se movía por la habitación.

- Hasta ahora había tenido calcetines suficientes para el resto de mi vida.

Hubo un silencio largo, Nik entonces carraspeó y siguió.

- Cuando dije que envidiaba la fortaleza de Ponia en no ceder a las presiones de la familia de Dion Kiriakos para que dejaran la relación...

- ¿Dion es Kiriakos?- interrumpió Leah.

- Es el hermano menor de Eleni. ¿No te has dado cuenta?

Leah negó con la cabeza.

- Ponia no dejó que el orgullo interfiriera entre ella y sus sentimientos. Yo sí.

Nik se dio cuenta de lo que quería decirle con eso. Y de lo que le costaba decirlo. Era una lucha interior, que se habría ahorrado con él «Quieres dormir conmigo esta noche».

- Puedes escribirlo si te resulta más fácil – dijo ella titubeando, pero con la felicidad aflorando a sus ojos.

- Cuando volví de París y tú ya no estabas, fue como encontrarme en un desierto. Había jugado y había perdido. Tú te habías escapado por fin del campo de concentración. Necesito que vuelvas a casa.

- La has puesto en venta – le dijo con crueldad que acababa de estrenar.

- Da igual que no me ames – la miró con desesperación, las manos entrelazadas fuertemente, subrayando la tensión interior en él -. Yo te amo tanto...

- Yo también te amo, pero no estaba dispuesta a volver hasta que no lo dijeras.

Nik la abrazó. Era hermoso volver a estar en sus brazos, y durante un rato largo no hubo más que silencio entre ellos, y besos, y un largo abrazo en el que parecían fundidos.

- Te he echado de menos todos los días a todas horas – le juró él -. Pensé que te había perdido.

Después de un rato en que parecían no poder desprenderse, Leah le preguntó:

- ¿Cómo te sentiste cuando tiré los calcetines?

- Si no hubieses estado enfadada conmigo, no te habrías tomado el trabajo de hacerlo. Eso me dio esperanzas – le confesó él con una sonrisa.

- ¡Has tenido suerte de que no te hiciera pedazos los trajes!

- Eso me hubiera dado más esperanzas todavía, pero creo que debo decirte que no tengo intenciones de aprender a cocinar – murmuró el burlón.

- Tienes otros talentos – le dijo Leah, acariciándole el vello del pecho.

- ¿Eso crees? – sonrió él.

- Lo sé. ¿Para qué vas a perder el tiempo en la cocina cuando eres tan bueno en la sala de juntas?

- Pequeña bruja –protestó él con ternura, y la volvió a besar.

- Quiero ver esa casa que has comprado – le dijo ella.

- La he comprado para ti.

- ¿De verdad?

La besó nuevamente.

Fue ese día, pero muy tarde ya, cuando fueron a ver la casa donde empezarían una nueva vida juntos, lejos del pasado, lejos de todo menos del amor que compartían.

**FIN**